

Ediciones de la Correspondencia Militar.

PUBLICACIONES DE LA REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR

RECUERDOS DE LAS GLORIAS ESPAÑOLAS

SITIO Y BATALLA DE PAVIA

Y

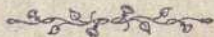
PRISION DEL REY DE FRANCIA, FRANCISCO I

ESTUDIO HISTORICO-MILITAR

POR EL

TENIENTE CORONEL, CAPITAN DE INFANTERIA

D. Manuel Diaz y Rodriguez



BARCELONA:

Revista Científico-Militar

GANUDA, NÚMEROS 41 y 43, 1.º

1883

5568

RECU

PRENTA

RECUERDOS DE LAS GLORIAS ESPAÑOLAS



PRENTA DE D. JUAN OLIVERES Á CARGO DE URBANO ARIAS.



4555

4568

3

104

PUBLICACIONES DE LA REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR

RECUERDOS DE LAS GLORIAS ESPAÑOLAS

SITIO, BATALLA DE PAVIA

Y PRISION DEL REY DE FRANCIA

FRANCISCO PRIMERO

ESTUDIO HISTÓRICO-MILITAR

por

EL TENIENTE CORONEL GRADUADO, CAPITAN DE INFANTERÍA

D. Manuel Diaz y Rodriguez.



BARCELONA:

Redaccion y Administracion, calle de la Canada, números 41 y 43, piso 1.º

1883.

A la Redaccion de la Correspon-
dencia Militar

P. S. P

g. b. somer

Manuel Diaz

AL

EXMO. SR. DIRECTOR GENERAL DE INFANTERIA

D. Tomás O'Ryan y Vázquez

TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES, CONDECORADO CON LAS GRANDES CRUCES DE SAN HERMENEGILDO, MÉRITO MILITAR ROJA É ISABEL LA CATÓLICA; CON LA DE PRIMERA CLASE DE SAN FERNANDO Y MEDALLAS DE ÁFRICA Y DE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL; CON LAS EXTRANJERAS DE SAN MAURICIO Y SAN LÁZARO DE ITALIA, DE LA CONCEPCION DE VILLAVICIOSA DE PORTUGAL, MEDJIDIÉ DE TURQUIA, MEDALLA INGLESA DE CRIMEA Y OFICIAL DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA.

EXMO. SEÑOR:

A V. E. que con tan deferente consideracion se dignó fijarse en este imperfecto trabajo, animándome á mayores empresas, me atrevo á dedicárselo, temiendo sólo que no sea digno del honor de llevar en sus primeras páginas, un nombre tan respetable como conocido en la literatura militar.

Dignese V. E. acogerlo como una débil muestra de la alta consideracion y el profundo respeto de su admirador y subordinado.

MANUEL DIAZ Y RODRIGUEZ.

Número 1. = Hay un sello que dice. = Junta Superior Consultiva de Guerra. = Número treinta y dos = Excelentísimo Sr. = En cumplimiento de la Real Orden fecha catorce de Noviembre del año próximo pasado, se dió cuenta á la Junta del espediente relativo á la obra **Sitio y batalla de Pavía** de que es autor el Teniente Coronel, graduado, Capitan de Infantería Don Manuel Diaz y Rodríguez, la cual pasó á manos del Teniente General, Don Rafael Juarez de Negron á fin de que como ponente formulase dictámen. Evacuado éste en los términos que V. E. podrá ver por la copia que adjunta tengo el honor de acompañarle y visto por la Junta, acordó ésta por unanimidad y conforme con el parecer del ponente, que al citado Oficial puede concedérsele una mencion honorífica como comprendido en el caso tercero de la Real Orden de Setiembre de mil ochocientos setenta y ocho. = Lo que tengo el honor de manifestar á V. E. para la resolucion que sea del agrado de S. M. el Rey (q. D. g), siendo adjunta la obra y documentos de referencia. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid veinte y nueve de Abril de mil ochocientos ochenta. = Escelentísimo Señor. = El Presidente, = Joaquin Jovellar. = Excelentísimo Señor Ministro de la Guerra. = Es copia. = Campos. = Hay un sello que dice: Ministerio de la Guerra. Batallon Cazadores de Manila núm. 20. = Número 590. = El Escelentísimo Señor Director General del arma, en

oficio núm 200 de 30 de Junio próximo pasado, me dice. —El Excelentísimo Señor Ministro de la Guerra con fecha 10 del actual, me dice—Excelentísimo Señor.—En vista de la instancia que con fecha veinte y nueve de Mayo último cursó V. E. á este Ministerio, promovida por el Teniente Coronel graduado Capitan del Batallon Cazadores de Manila, núm. 20, Don Manuel Díaz Rodriguez, en solicitud de que se le facilite copia del informe emitido por la Junta Superior Consultiva de Guerra sobre la obra que escribió con el título **Sitio y batalla de Pavía**, S. M. el Rey (q. D. g.) se ha servido acceder á dicha pretension, para lo cual es adjunta la espresada copia número uno, como igualmente la del vocal ponente á que se refiere aquella, número dos, á fin de que llegen á poder del interesado.—De Real Orden lo digo á V. E. para su conocimiento y demás efectos.—Lo que traslado á V. S. con inclusion del documento que solicita para que llegue á poder del interesado.—Lo que con inclusion del documento que se cita traslado á V. para su conocimiento y efectos que le convengan.—Dios guarde á V. muchos años. Madrid 2 de Julio 1882 —El C. T. Coronel 1.^{er} Jefe.—Lorenzo de Visa.—Señor Don Manuel Díaz y Rodriguez, Teniente Coronel, Capitan Ayudante de este Batallon.

Hay un sello que dice:—Junta Superior Consultiva de Guerra.—Excmo. Señor.—Es indudable que el Teniente Coronel graduado Capitan del Batallon Cazadores de Manila Don Manuel Diaz y Rodriguez, al describir el sitio y batalla de Pavía como uno de los recuerdos más gloriosos de nuestra Historia militar, y en el que con mayor esplendor resalta el valor y patriotismo de nuestros soldados, el orgullo y la hidalguía de nuestro carácter, y la pericia y constancia de los caudillos que con tanto acierto como prudencia supieron conducir á la victoria aquellos tercios inmortales, que á fuerza de audacia y heroismo aniquilaron en poco tiempo uno de los Ejércitos más fuertes que en aquella época podía reunirse, y desde luego el más florido de cuantos hasta entónces se habían conocido, puesto que estaba mandado por el mismo Rey de Francia, auxiliado por otros Reyes y Príncipes, sirviéndole de Estado Mayor, digámoslo así, los Generales más célebres y distinguidos de su época, seguidos de toda la Nobleza de Francia, que con raras excepciones, la que no sucumbió en el campo de batalla, fué cogida prisionera con su Monarca á la cabeza; es indudable, repito, que el Teniente Coronel Capitan Don Manuel Diaz y Rodriguez, no hubiera podido presentar un cuadro tan acabado, detallado y bien coordinado de la para siempre célebre batalla de Pavía, sin haber registrado y estudiado con minuciosa escrupulo-

sidad cuanto acerca de ella se menciona en los diferentes autores que han escrito la Historia de nuestro país, en las Crónicas y en las distintas descripciones más ó ménos verídicas ó apasionadas hechas por nacionales y extranjeros, y en unapalabra: cuanto propios y extraños han consignado sobre el hecho que nos ocupa. Esto revela constancia y aplicacion á toda prueba, aficion grande á los estudios que pueden ilustrarle, y principalmente un deseo visible de instruirse para desempeñar con acierto los altos puestos que en su carrera pueda alcanzar, si la suerte lo tiene destinado para ello, pues es innegable, que á formar el buen soldado contribuye en gran parte el estudio de la Historia militar de todos los países y de todos los tiempos; el de las campañas de los grandes Capitanes y la lectura de la vida, anécdotas y hechos de los mismos, sin cuyo conocimiento puede asegurarse, sin temor de equivocacion, que nadie será buen General por muchas, grandes y relevantes que sus cualidades sean en otro concepto, pues sólo los que tienen presente las prontas y pasmosas resoluciones de los hombres extraordinarios en los apuros y súbitos peligros que surgen en la guerra, son capaces de adoptarlos en casos análogos: á los que los desconocen nada se les ocurre y el fracaso es seguro.—Pero donde más resalta lo concienzudo y profundo del estudio hecho por el Teniente Coronel Capitan D. Manuel Diaz y Rodriguez, y su instinto profesional, es en las consideraciones políticas y militares que sobre la batalla hace en la página 162 de su escrito, donde con la mayor exactitud presenta de relieve las faltas cometidas por ambos ejér-

citos, principalmente las del francés, que siendo tan bravo como el de los Imperiales, estando perfectamente alimentado y atendido, y contando con mayor fuerza, experimentó, sin embargo, una de las derrotas más grandes que registra la Historia de las Naciones, debida á más del valor de los españoles, á la astucia, prevision constante y pericia de los Generales Imperiales, que con sin igual atencion acechaban y supieron aprovechar los descuidos, falta de puntualidad y escasa vigilancia con que el enemigo practicaba el servicio, animándolos tal abandono á acometer la temeraria empresa de buscar á sus contrarios dentro del Parque que los amparaba, para lo cual emplearon toda la noche, vispera de la batalla, en arietar las cercas que los cubría, hasta abrir la brecha ó boquete que les dió paso, sin que el enemigo se apercibiera de tan prolongada y ruidosa operacion, sino cuando la luz del día se los mostró dentro y frente á frente, acontecimiento que por sus resultados funestos debieran tener presente todo buen militar para precaverse de las desastrosas consecuencias que acarrea el abandono y desprecio de los principios militares, con frecuencia relegados al olvido por casi todos los obligados á vigilar y atender á la seguridad de los ejércitos, como lo prueban hechos recientes de las últimas campañas, en las que hemos visto al Ejército francés víctima de iguales faltas á las cometidas en Pavia, y sufrir idénticas ó más fatales consecuencias que las que le originó aquella memorable jornada, pudiendo asegurarse no han de ser las últimas, sino que sufrirán otras nuevas como sigan prescindiendo del estudio detenido del servicio de

campaña y desconozcan las prácticas salvadoras de precaucion y vigilancia, únicas capaces de evitar esas catástrofes llamadas sorpresas, atraidas, casi siempre, por la impericia ó el descuido.—Es sensible que apesar de la aplicacion y buenas disposiciones del Teniente Coronel Capitan D. Manuel Diaz y Rodriguez, la Real órden de Setiembre del 78. lo ciña á la recompensa marcada en su base 3.^a ó sea Mencion honorífica, pues áun cuando el trabajo que examinamos, es en su mayor parte de recopilacion, lo hace, sin embargo, tan extensa, tan detenida y minuciosa, que puede asegurarse no ha dejado de ver concienzudamente y con detenimiento cuantos autores han tratado del particular, comentándolos con acierto y haciendo atinadisimas reflexiones históricas y militares sobre el resultado de la batalla, lo cual revela disposicion militar elevada y algo de superioridad sobre mucha parte de la juventud á cuya clase pertenece; V. E. y la Junta resolverá con mayor acierto lo más justo.—Madrid 26 de Marzo de 1880.—Rafael Negron.—Es copia.—El Brigadier Secretario.—Cárlos de Fridrich.—Visto Bueno.—Jovellar.—Es copia.—Campos.—Hay un sello que dice: Ministerio de la Guerra.

SITIO, BATALLA DE PAVÍA

Y

PRISION DEL REY DE FRANCIA FRANCISCO PRIMERO

INTRODUCCION

Las lecciones y ejemplos de lo pasado, sirvieron de norma para obrar en todas las épocas, vaticinando lo porvenir, y la historia, esa gran maestra de la humanidad, está llena de ejemplos dignos de ser imitados por los hijos de esta nacion, patria del valor y de la hidalguía, presentando una continua epopeya de brillantes triunfos, y una prueba de la constancia en la adversidad de sus heróicos hijos. Si no hace mucho fué España la dueña y señora de dos mundos cuya extension no alcanzaba á dominar la fantasía y vino á ménos al sólo impulso de su misma grandeza, hoy puede ufana volver á levantar alta la frente é inhiesta su bandera, regenerada ya de las luchas intestinas, que no han podido amenguar su creciente desarrollo y vitalidad, y prepararse á superiores empresas, en las que además del honor de vencedora, adquiera la preponderancia en Europa que ántes tenía y que jamás debió perder.

La que un tiempo dió leyes al Universo, llevando á todas partes la civilizacion y la guerra, la patria de Pelayo y del Cid, de los Alfonsos y Guzmanes, volverá á ser la primera en el mundo, despertando el entusiasmo de sus hijos y la constancia heredada de sus mayores; para ellos no habrá entónces más que querer para ser, y contra todas las eventualidades, volverá el general «No importa» de la guerra de la Independencia, que tantas victorias alcanzó sobre el enemigo.

Aún existe en los corazones españoles el brio, nobleza y abnegacion que distingue en la historia á este país, laten aceleradamente al recuerdo de sus heróicos triunfos, y aunque escrita con torpe pluma esta hermosa página de nuestras glorias militares, no es dudoso que sembrada en buen terreno, con otros escritos de la misma índole, harán reverdecer muchas veces los no marchitos laureles de nuestras victorias contra el extranjero.

Si consideramos lo que representa esta narracion en los adelantos del arte militar, observaremos que en aquella época empieza el uso de las armas de fuego, y sus desconocidos efectos se notan, viendo como se inclina la victoria al lado de los que las emplean más oportunamente en los momentos supremos del combate. Pueden examinarse de igual modo los adelantos de la fortificacion, si notamos su manera de aplicar la de campaña, adaptándola á las necesidades de la guerra, así en los campos de batalla, como en los campamentos de los ejércitos y los sitios de las plazas. La infantería, que ántes ocupaba un lugar secundario y pobre, está ya próxima á

tenerse como arma principal, quitando el lugar preferente á la caballería que va dejando de ser, gracias al empleo de la pólvora, la esclusiva dominadora del combate, la encargada de conseguir el triunfo arrollándolo todo, porque las brillantes armaduras de sus jinetes, no les libran ya de caer atravesados por las pelotas de hierro, lanzadas por los arcabuces de mecha de la ántes despreciable infantería, contra la cual de nada sirve tampoco la mayor pujanza de su brazo, ni presentarse cubiertos de templado acero así el caballero como su caballo.

De ninguna enseñanza serviría la historia, si en ella no pudiese verse, la causa de las derrotas, el origen de los sucesos, los detalles en los hechos y las pruebas de sus resultados: podrá enseñarse el arte de atacar y defender las plazas, en los colegios militares, así como la táctica de las diferentes armas y su disposición en el orden de combate; pero no se enseña el arte de la gran guerra, porque todavía no ha sido creado ni puede serlo; porque es imposible sujetar las brillantes concepciones, los destellos de vivísima inteligencia que los constituyen, á los estrechos límites de reglas y preceptos segun las circunstancias de cada caso: mas, si la historia da á conocer los planes de campaña de los mejores capitanes y su resultado; alcanzarán las personas estudiosas la perfeccion mayor que puede adquirirse, y los oficiales aplicados podrán apreciar las faltas que originaron los reveses y el modo de precaverse de cometerlas. La campaña de Pavía puede ser fértil en lecciones útiles, si es estudiada con el detenimiento que merece y examinados con acierto

los resultados de las combinaciones tácticas que allí se emplearon.

Napoleon decia «He estudiado mucho la historia, pero falto de guia, conozco que perdi lastimosamente mucho tiempo en lecturas inútiles.»

No es posible que esta imperfecta narracion contenga la enseñanza que pueden dar tan sólo profundos estudios y las lecciones de la experiencia; pero si debemos afirmar, que no es perdido el tiempo que se emplee en su lectura, y hoy que el gobierno de la Nacion mira con preferente cuidado la instruccion en el ejército y parece desea inclinar á los oficiales á estudios esencialmente militares, presentamos este corto trabajo á la consideracion de nuestros compañeros, sintiendo sólo las grandes omisiones que encontrarán sin duda alguna; pero deben considerar, que obramos como la pequeña hormiga, que trasporta su grano de trigo con trabajo á la provision comun, que si está allí sólo no puede siquiera ser notado; pero se completaría este trabajo si cada uno quisiera exponer el fruto de su experiencia, de sus meditaciones y su talento al criterio de los demás.

Todos estamos obligados á levantar el edificio de la gloria y el porvenir de España; allegue cada cual sus materiales y las piedras en que alzarse deben sus sólidos cimientos, y hoy que la voz del cañon no resuena en los campos de batalla, dediquémonos cuantos vestimos el uniforme de soldado, á estudiar los medios de vencer, templando el acero de Marte, para emplearlo en otra ocasion, elevando nuestra carrera por la ilustracion y el trabajo.

SITIO Y BATALLA DE PAVÍA

I

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

(AÑOS DE 1520 AL 1524)

Como de derecho le correspondía, por ser hijo de doña Juana la Loca y de D Felipe, fué aclamado rey de España D. Carlos de Austria, y tras una breve regencia del Cardenal Jimenez de Cisneros, vino á tomar posesion de sus reinos bajo el nombre de Carlos I, disgustando á sus nuevos súbditos. porque distribuyó entre las gentes de Flandes que traia las rentas y destinos de la Nacion.

Despues de ocho siglos de constante lucha, España se reúne bajo su cetro por vez primera, extendiéndose su poder y grandeza tambien á Italia, los Países-Bajos y quizás á Alemania donde ya dirigía sus miras, puesto que, muerto Maximiliano el 11 de Enero de 1519, iba á ser aclamado por los Estados confederados para ceñir la corona de Carlo-Magno, á la cual aspiraba tambien Francisco I, rey de Francia, alegando que siendo electivo el imperio, amenazaba convertirse en hereditario, por ha-

ber dado la casa de Austria seis emperadores, de los cuales los tres últimos gobernaron ochenta años seguidos: prodigado el oro por una y otra parte, venció el mejor derecho, y Cárlos marchó á Aix-la-Chapelle, donde fué coronado el 23 de Octubre de 1520 con gran solemnidad por los arzobispos de Colonia y de Treveris. Disgustó mucho á Francisco I el desaire sufrido, y considerando el poder inmenso alcanzado por Cárlos, su juventud y el ser desconocido aún como guerrero y político, declaróse su adversario y esperó ocasion para que las armas decidieran á cual de los dos correspondía la direccion de os destinos de Europa. Pensaba inclinar á su favor al rey de Inglaterra Enrique VIII, pero sabido por Cárlos que éste y su ministro el cardenal Wolsey tenían proyectado el casamiento del Delfin de Francia con la hija del de Inglaterra y concertada una entrevista, adelantóse á todos los proyectos, y cuando marchó de España á Flandes, pasó por Inglaterra, lisongeando su inesperada visita, tanto al rey Enrique como á su favorito, al que prometió su apoyo para alcanzar el pontificado, que eran las aspiraciones constantes de Wolsey.

En la llanura llamada «Campo de la Tela de Oro» se verificó la faustosa entrevista de Francisco I y Enrique VIII, marchando luégo este último á Gravelines á devolver su visita á Cárlos, siendo tan provechosa al emperador, que hizo con él estrecha alianza, con lo cual quedó solo al rey de Francia el recurso de ganar á su favor al papa Leon X; pero aunque pactaron repartirse el reino de Nápoles, celebró éste un tratado secreto con el emperador; por el cual acordaron reunir sus fuerzas

para arrojar de Italia á los franceses, dando el Milanesado al duque Francisco Sforza, y devolviendo el emperador á la Iglesia los ducados de Parma y Plasencia, aumentando el tributo que como feudo se pagaba á la Silla Apostólica.

No faltaban pretextos para principiar la lucha, pero ninguno de los dos rivales queria dar el primer paso. Los franceses ocupaban el Milanesado y podia reclamarse su devolucion, porque era un feudo de la corona de Alemania; y por otro lado no habian cesado aún las pretensiones al reino de Navarra por parte de Francia. Finalmente, no pudiendo Francisco I sufrir más tiempo, se aprovechó de la primera ocasion que se presentó, favoreciendo á Roberto de la Marca, duque de Bonillou, que estaba al servicio del emperador; y habiendo sufrido un desaire en su pretension á la pertenencia de un castillo en el ducado de Luxemburgo, se despidió de Carlos, y pasando á Francia levantó gentes y se metió por las tierras del ducado que pertenecían al Imperio. Entónces el emperador mandó, contra el rebelde Roberto, al duque de Nassau, y un mensaje á Francisco I, acusándole de haber roto la paz, y aunque éste se escusaba de lo ocurrido, no dejó de fomentar la guerra, á pesar de la mediacion y conferencias interpuestas, para evitarla, desde Calais, por Enrique de Inglaterra; estallando ésta al fin abiertamente. sostenida por el duque de Nassau por parte del emperador, y manteniéndola por la de Francia, La Marca, Bayardo y el condestable de Borbon.

Las germanias de Valencia y las comunidades de Castilla, cuyas guerras civiles originó en España el desa-

cierto y avaricia de los gobernadores flamencos, que por esta época entretenían las fuerzas del país, brindaban á Francisco I á intentar la conquista de Navarra, favoreciendo las pretensiones de Enrique de Albret. Para ello mandó á Andrés de Foix, señor de Lesparre, hermano de Lautrec, virey de Milan, con un fuerte ejército. Navarra estaba desguarnecida de tropas y no les fué difícil á los franceses apoderarse de Pamplona, que había abandonado el duque de Nájera, por falta de medios de defensa; y pasando el Ebro sitiaron á Logroño, hasta donde llegaron casi sin resistencia. Por fortuna, terminaba entónces la guerra de las Comunidades; y aquel mismo ejército que con la derrota de Villalar quitó sus libertades á Castilla, fué confiado al duque de Nájera, y se componía de doce mil infantes y quinientos caballos castellanos, que cortaron los atrevidos vuelos del francés, obligándole á levantar el sitio de Logroño, y por medio de maniobras rápidas, se vió forzado á aceptar la batalla entre Esquiroz y Noain, ántes de que llegasen los refuerzos que el de Albret conducía. Se dió esta batalla el 30 de Junio de 1521 y empezó con algunas ventajas por parte de los invasores; mas el condestable Velasco, cargó con la flor de su caballería y animó á los infantes que ya daban muestras de debilidad, en tanto que nuestra izquierda se apoderaba de la artillería enemiga y acuchillaba á los gascones. Entónces cedió por todas partes la impetuosidad francesa; en vano Lesparre trata de contener á los suyos, él mismo cae prisionero, y ya no hay sino esterminio y matanza. Seis mil franceses quedaron tendidos sobre el campo y los demás se acogieron

presurosamente á su país, donde rehechos, tomaron algunos meses más tarde á Fuenterrabía y los fuertes del Peñon y Maya, cuyos puntos fueron recuperados por capitulación de sus conquistadores, en los años siguientes.

Para arrojar de Italia á los franceses, según los deseos del emperador y del Papa, se llevó la guerra al Milanésado, donde mandaba Lautrec, que tratándolo como país conquistado, hacia odioso el dominio francés con sus exacciones y violencias. El mando de las tropas imperiales y pontificias, se dió á Prospero Colonna, antiguo compañero del gran capitán, educado en su escuela, general anciano, prudente y consumado, el cual organizó en poco tiempo un ejército de 1,200 lanzas, 6,000 italianos, 4,000 lansquenetes alemanes, 4,000 suizos y 2,000 veteranos españoles. Lautrec, que era un oficial de cualidades brillantes, reunía por la parte de Francia 10,000 suizos, 5,000 milaneses y algunos auxiliares de su patria, de la cual esperaba recursos y apoyo.

Hasta entónces la campaña no habia tenido más importancia que la de escasas operaciones y cortos hechos de armas, con lo que se conseguia ir conteniendo los progresos de las tropas confederadas; pero por un ardid de guerra quedó tan sumamente debilitado el francés, que Colonna atravesó el Adda y obligó á Lautrec á refugiarse tras los muros de Milan: consistió el ardid en que la Dieta Helvética intimara á los suizos de ambos ejércitos la orden de retirarse, para no verse obligados á pelear en bandos opuestos; pero este mandato comunicado á los franceses, no llegó á los imperiales, por haber sido in-

terceptado ántes, y detenidos los mensajeros por Colonna. Estando ya frente á Milan, recibió un aviso el marqués de Pescara de tener poco guardada una de las puertas, por la cual se introdujo en la plaza, siguiéndole todo el ejército. Las guardias abandonaron precipitadamente el recinto, y Lautrec solo tuvo tiempo para dejar guarnecida la ciudadela, huyendo á territorio Veneciano con su reducido ejército. Despues que Milan cayó en poder de los imperiales, sucedió lo mismo con otras muchas ciudades. Parma y Plasencia volvieron á pertenecer á la Santa Sede; de suerte que solo Crémona, el castillo de Milan y algunos puntos sin importancia, fueron los que á Lautrec quedaron en toda la Lombardia.

Leon X, que ya se hallaba enfermo, al tener noticia de estas victorias, murió de alegría según unos, ó envenenado por los partidarios del francés según otros; y fué llamado á la Silla de San Pedro el regente de España, que habia sido preceptor del emperador, con su mismo nombre de Adriano; verificóse su eleccion el 9 de Enero de 1522 y con ella crecieron el poderío de Carlos y los celos de Francisco primero, que se preparó á arrancarle sus últimas conquistas en Lombardia. Mandó algun dinero á Lautrec y reclutó de nuevo diez mil suizos, con los que hubiera puesto en grande aprieto á los de Milan, si los suizos á quienes se debian algunas pagas, al saber la detencion que hizo Gonzalo Moron de una escolta que llevaba dinero á Francia, no hubieran pedido con grandes gritos las pagas ó el combate. En vano se les expuso la imposibilidad de pagarles por falta de numerario y la temeridad del ataque á las fuertes posiciones que Colonna-

na ocupaba en la Bicoca. Los suizos se empeñaban en dar la batalla para salir de aquella situacion y fué preciso llevarles á la pelea. Como era natural, fueron completamente derrotados en toda la línea, y los que quedaron vivos se volvieron á sus cantones de Helvecia sin reclamar nada, y abandonado de nuevo, regresó Lautrec á Francia, dejando guarniciones en muchos puntos, que fueron luégo rindiéndose á merced del vencedor, sin más excepcion que la ciudadela de Crémona.

Alentado Colonna con el éxito de aquellas dos campañas, se dirigió á Génova á expulsar á los franceses, facilitándole el éxito los partidos que dividian la ciudad; dicho punto era muy importante para éstos, como base para la reconquista del Milanésado; así quedó la Francia despojada de sus conquistas y arrojada fuera de Italia, con lo cual no se conformaba su rey.

El emperador, entretanto, pasó á visitar al de Inglaterra y desenojar al ministro Wolsey, lo que consiguió, haciéndole entrar tambien en sus combinaciones contra Francia. Sólo estaba Francisco contra España, Italia, Inglaterra y Alemania por la nueva confederacion. Los ingleses con 16,000 hombres se internaron los primeros desde Calais, que les pertenecía, por la Picardía, uniéndose á los flamencos, mientras una escuadra devastaba las costas de Normandía y la Bretaña.

No hicieron nada provechoso los ingleses y terminaron la campaña sin conseguir ventajas; retirándose ante el duque de Vendome, general francés que gobernaba la Picardía.

Miéntas Francisco I preparaba un buen ejército para

reconquistar las posiciones perdidas en Italia, el duque de Borbon, resentido por haberle despojado de sus bienes y Estados la reina madre, conspiraba con el emperador y el rey de Inglaterra, para ayudarles á apoderarse de Francia, invadiéndola á un tiempo por los Pirineos y la Picardía, tan pronto como Francisco traspusiera con el ejército los Alpes. Avisado de esto el rey pasó á verse con el condestable, el que se fingió enfermo para no tener que acompañarle á Italia. Costábale tanto trabajo creer en la traicion del primer principe de la sangre, que á pesar de las razones que tenía para no dudar del hecho, se dejó convencer por las protestas de inocencia del Duque y por la palabra que le dió. Tomó el monarca de nuevo el camino de Lyon, siguiéndole el condestable al principio, pero torció el camino, atravesó el Ródano y refugióse en Italia, sin que alcanzasen á evitarlo las tardías precauciones que tomó el Rey, quien temiendo perder su reino si faltaba de él, renunció á conducir la expedicion, pero no á la invasion del Milanesado que debia efectuar su favorito Bonnavet, enemigo personal del de Borbon; este favorito y almirante de Francia, era un valeroso y apuesto caballero; pero distaba mucho de ser un general entendido como demostraron pronto sus hechos.

Cuarenta mil franceses atravesaron el Tesino, dejando franco el camino de Milan, mas la incalificable inaccion de Bonnavet, permitió á Colonna y Moron, que no contaban siquiera con la mitad de esta fuerza, atrincherarse en la plaza y almacenar víveres para resistir un sitio ó un golpe de mano. Bonnavet bloqueó la plaza sin fruto hasta que la estacion le obligó á replegarse á cuarteles

de invierno sobre el Tesino, sin más resultado que el tomar á Lodí, con lo que el prestigio de las armas francesas quedó muy mal parado, pues eran de esperar mayores resultados.

Ocurrió por este tiempo la muerte de Adriano, en 14 de Setiembre de 1523, y fué electo como Pontífice el cardenal Julio de Médicis, que tomó el nombre de Clemente VII.

En cumplimiento á lo estipulado, invadieron los ingleses de nuevo á Francia, con los flamencos, dirigiéndose á Picardia, bajo la direccion del duque de Suffolk; los españoles entraron por la parte de Guiena, y por la Borgoña los alemanes.

Teniendo Francisco I sus mejores tropas distraidas en el Milanesado, parecia imposible que pudiera salvar su reino de esta formidable invasion; mas á pesar de todo, los esfuerzos de la nacion y el talento é intrepidez de sus generales, rechazaron tan furiosa acometida. La Tremouillé, con un puñado de hombres, contuvo á los ingleses y flamencos que ya se hallaban cerca de París, y les hizo retirar faltos de víveres, temiendo se colocase á su espalda y les cortase la retirada, un corto refuerzo que Francisco I enviaba. El duque de Guisa con gran firmeza, rechazó de Borgoña á los alemanes; y Lautrec á los españoles que amenazaban á Bayona sin resultado alguno. Las armas francesas se cubrieron de gloria dentro de su territorio en la campaña de 1523, rechazando tres ejércitos poderosos, casi sin elementos, y consiguiendo triunfos inesperados; miéntras que en Italia, Bonnivet, con medios y recursos suficientes, malgastaba los esfuerzos de su pátria y correspondía mal á la confianza depositada

en él por su rey. El papa Clemente VII dedicó sus esfuerzos á predicar la paz, y no pudiendo lograr nada se declaró neutral; en tanto los aliados, para empezar la campaña de 1524, reunieron en Milan un fuerte ejército, cuyo mando recibió el duque de Lannoy, virey de Nápoles, por muerte del octogenario Colonna aunque la direccion de las operaciones se encomendaron tambien al duque de Borbon y al valeroso marqués de Pescara. En vista de esto intentó Bonnivet la retirada á Francia, más apenas empezaba á cruzar el rio Sessia, cuando se vió acometido á un tiempo por Pescara y Borbon con el primer cuerpo de imperiales: defendióse bizarramente Bonnivet, hasta que gravemente herido, tuvo que retirarse, encomendando á Bayardo la direccion del ejército y el encargo de salvarle, deteniendo al enemigo mientras verificaba su retirada. El caballero sin miedo y sin tacha sacrificó su gendarmería, pero logró que escapara ileso el ejército, perdiendo tambien su vida, que allí murió el tipo de los campeones y la flor de la caballería francesa.

Los historiadores de sus hazañas dicen, que cuando las fuerzas le faltaban ya para sostenerse á caballo, sintiéndose herido de muerte, dispuso le arrimasen á un árbol dando frente al enemigo. Así le encontró el duque de Borbon que mandaba la vanguardia, y mostrando compadecerse de él al verle desangrado y moribundo le dirigió algunas palabras de consuelo y afecto, á lo que contestó el arrogante caballero: «Muero con la tranquilidad del hombre honrado que siempre cumplió con su deber, no me tengais lástima, los dignos de compasion son aquellos que combaten contra su rey, su patria y sus jura-

mentos; y levantando la espada con trémula mano, besó la cruz de su puño y espiró. El marqués de Pescara, pagando un tributo de respeto al valor caballeresco de su adversario, hizo embalsamar el cadáver, al que se hicieron honores como á los de príncipe de casa real. Después del desastre llegó á Francia Bonnivet con los restos del ejército de Italia, en donde ya no le quedaba una ciudad ni un aliado; por lo que el emperador y el rey de Inglaterra, aprovechando la expulsión de Italia de los franceses, y por complacer los deseos del de Borbon, llevaron la guerra al territorio francés; esta vez sólo se verificó la invasión por los Alpes, y sometida la Provenza fácilmente, el marqués de Pescara, contrariando los deseos del duque de Borbon que deseaba internarse, y siguiendo las instrucciones del emperador, puso sitio á Marsella el día 7 de Agosto de 1524.

El rey Francisco hizo devastar con tiempo los alrededores de la plaza, introdujo una buena guarnición y rodeó la ciudad de un segundo muro en que trabajaron sin descanso todos sus habitantes, de los que 9,000 tomaron las armas.

Asediaron los imperiales á Marsella según las reglas del arte militar, atacándola con gran vigor, pero la natural fortaleza de sus murallas y las ventajas de su posición sobre el mar, por donde recibían los sitiados cuanto necesitaban, así como el esfuerzo de la guarnición compuesta de cinco mil veteranos que habían venido de Italia, mandados por el gobernador Renzo di Cer, hacían infructuosas las tentativas cada vez más fuertes de los sitiadores, que trabajaban con un ardor creciente. El es-

piritu de emulacion en ambos bandos dió lugar á algunas proezas, entre las que merece ser recordada la siguiente, que refiere un autor militar.

Junto á las trincheras levantadas por el marqués del Vasto se presentó un soldado que habia salido de la plaza armado, con su morrion, espada ceñida y una gruesa pica. Era gentil y apuesto, de marcial continente y en sus facciones se demostraban claramente sus juveniles bríos; y acercándose á los sitiadores, levantó la voz diciendo que deseaba probar el temple y fuerzas de cualquier español. Apénas escuchó el reto Luis Pizaño, cabo de infantería, que tenia el cuerpo lleno de cicatrices y que reunia á su robustez y agilidad las mejores cualidades de soldado valeroso, pidió permiso á su jefe para castigar la audacia del italiano, y concedido que le fué, llegaron á las manos, quedando la victoria largo tiempo indecisa hasta que el español logró algunas ventajas sobre su adversario. Los demás españoles entusiasmados batían palmas desde sus trincheras, celebrando los esfuerzos heróicos de su compatriota; mas en aquellos momentos una bala de arcabuz, partiendo de los muros de la plaza, arrancó á Pizaño todas las muelas, y arrasándole la mejilla derecha le vino á salir cerca de la oreja. El sufrido y valeroso español no se amilana con la fuerza del dolor; éste le hace más bien redoblar su furor, y estrechando al italiano, le derriba en tierra y le arranca la vida con el filo de su espada. Salió otro italiano á vengar la muerte de su compañero ó socorrerle; pero tuvo que huir precipitadamente para evitar la misma suerte, dejando su pica como trofeo al vencedor. Este héroe digno

de figurar entre los de Homero, recogió las armas de sus enemigos y cubierto de sangre, desfigurado horriblemente, pero lleno de satisfacción y orgulloso con la esplendente gloria que acababa de alcanzar, se retiró á su campo en el que fué asistido y curado.

El valor de las tropas, la constancia y pericia de sus jefes con los infinitos medios empleados contra Marsella, producian tan escaso resultado, que poco ó nada se veia adelantar. Lo fuerte de las posiciones y el denuedo de los defensores ofrecian cada vez más incentivo á las tropas empeñadas en su conquista, y al cabo la constancia alemana con la tenacidad española hubieran logrado sus afanes, si los acontecimientos imprevistos que sobrevinieron, no hubiesen cambiado completamente el aspecto de la guerra. Un prisionero de los de dentro de la ciudad, dijo á Pescara: que aunque la tomasen no podrian sostenerse en ella, pues la mar estaba por Andrea Doria servidor entónces de Francisco, y la tierra les era contraria por lo que pronto moririan de hambre, «y por la gracia que me habeis hecho dándome la vida, os quiero avisar de lo que no sabeis, porque nadie os dice la verdad, y es que el rey de Francia, no haciendo caso de vosotros, os deja aquí como gente perdida y él, con poderoso ejército, va camino de Milan, pensando hallar aquel Estado desprevenido y hacerse dueño de él y de toda Italia.» Esta última parte no era cierta, pero si era un hecho que la nobleza de Francia, con la que Borbon se habia atrevido á contar, se hallaba reunida en Avignon á su soberano, quien con un lucido ejército amenazaba ponerse en marcha con direccion á Marsella; los im-

periales sin víveres y sin dinero, fatigados por un inútil asedio de cuarenta días, al verse amenazados por las fuerzas de Avignon, regresaron precipitadamente á Italia; así concluyó esta invasión que, limitada á un sólo punto, envalentonó á los franceses dándoles el sentimiento de su propia fuerza.

Después del triunfo, no pensó más Francisco I que en recuperar lo perdido en Italia; no escuchando los consejos de sus más expertos generales, y á marchas forzadas franqueó los Alpes por el Mont-Cenis, el 25 de Octubre de 1524, marchando seguidamente á Milan, verificando en once días esta atrevida marcha, cuya celeridad es notable, especialmente para aquella época: desorientados los imperiales con tan rápida maniobra, se limitaron á encerrarse en las plazas fuertes, porque todo el ejército que reunía el emperador no llegaba á diez y seis mil hombres, y estos desmoralizados, sin pagas, vestuario, ni municiones.

Milan no se hallaba en estado de defensa: Pescara y Lannoy, que se habían refugiado allí con los restos del ejército de Provenza, lo abandonaron al mismo tiempo que Tremouillé entraba por la parte opuesta con la vanguardia francesa. La ciudadela quedó, sin embargo, guarnecida por los imperiales, cuyo ejército se retiró sobre el Adda, fortificándose en Lodi; y el español Antonio de Leiva, se refugió en Pavia con seis mil hombres.

Los imperiales estaban perdidos irremisiblemente; pero la abnegación y valor de las tropas y las faltas estratégicas del rey de Francia, dispusieron las cosas de dife-

rente modo, pues dejó tiempo para fortificarse detrás del Adda á tan mermado ejército, y en vez de seguir á Lodi aprovechando la desmoralización de la sorpresa, ordenó á la Tremouillé el cuidado de asediar el castillo de Milán, mientras que con el grueso del ejército, no queriendo dejar enemigos á la espalda, pasó á sitiar la importante plaza de Pavía, apareciendo bajo sus muros el 28 de Octubre de 1524; allí le esperaba para ilustrar su nombre, su gobernador Antonio de Leiva, que habia de añadir una página ilustre á la historia militar de nuestra patria.

II

CAMPAÑA DE LOMBARDIA

SITIO DE PAVÍA

(Años 1524-1525)

Casi enclavada en la extremidad meridional del semicírculo que describen los Alpes en torno de la Lombardía, á cuatro leguas de Milán, está situada la ciudad de Pavía, que puede considerarse como llave verdadera del Milanésado. Cerca de ella corre el Tesino, uno de cuyos brazos pasa lamiendo sus muros, que eran muy débiles por aquella parte á causa de lo defendida que estaba por el río. Al Oeste se extiende el famoso parque de Pavía de los antiguos Visconti, que tiene veinte mil pies de diámetro,

orlado de una riquísima vejetacion y defendido por una sólida cerca. Las antiguas fortificaciones de la plaza, imponentes de suyo, habian sido aumentadas, y su guarnicion compuesta de españoles y alemanes, aunque no muy dócil al freno de la disciplina, podia, sin embargo, contarse como un ejército, atendido el temple de alma de su jefe el español Antonio de Leiva. El rey de Francia, que creia arrebatarse la plaza por un golpe de mano, no perdonó medio ni concierto para penetrar en ella: mandó construir con rapidez numerosas baterías que tuviesen fulminando un fuego destructor; tomó y guarnicion en todos los lugares próximos á Pavia rodeó con fosos y vallados; su ejército robustecido muchos refuerzos, tenia entónces de cincuenta á sesenta mil hombres, y desde la época de Carlo-Magno no habia visto otro tan numeroso en Italia. El duque de Ferrara, solicitado por el rey, condujo al campo su numerosa y excelente artillería. Despues de combatir con ella los muros durante algunos dias y abierta la brecha, ordenó el asalto, que se efectuó de una manera furiosa, pero despues de siete horas de terrible lucha fueron los franceses precipitados de los muros, dejando entre sus escombros tres mil infantes y trescientos hombres de armas, contándose entre los muertos el Señor de Longueville. Se dió este asalto frustrado el 7 de Noviembre, y al siguiente dia jugaron las piezas contra la plaza, sin interrupcion más de ocho horas: contestaban con su artillería los de dentro, usando también los mosquetes, y con el estruendo de ambas partes, parecía iba á undirse el mundo, segun la expresion de un testigo presencial.

Redobló Francisco I sus precauciones para aislar la plaza y continuó el sitio con extraordinario vigor, no siendo menor el empleado para la defensa. Observando que Pavia se surtía de unos molinos próximos á la poblacion, fueron tomados y completamente destruidos, pero Leiva que tenia ya previsto este caso, habia mandado construir molinos le mano que bastaran para subvenir á las necesidades de la ciudad.

Derribados, además de los molinos, todos los edificios de madera y talados hasta quedar rasos los alrededores, se aún á los franceses otro medio que ha dado malos resultados en las guerras antiguas y modernas: fué el de privar á los sitiados de agua, pues la plaza no tenia otra sino la del rio que pasa lamiendo sus murallas; diéronse pues, con gran arte á colocar estacas, para que rellenando con tierra los huecos entre sus líneas paralelas, se formase un nuevo cauce que torciese en la direccion del rio, desde media legua ántes de llegar á la ciudad; si lo hubieran conseguido, difícil le hubiera sido sostenerse á los imperiales. que al cabo se habrian visto obligados á rendirse; pero al efectuar estos trabajos no contaron los franceses con la estacion de invierno por que se atravesaba, que era en aquel año de las más crudas, efecto de ella y cuando los trabajos iban ya bastante adelantados, una terrible crecida del Tesino ocasionada por las lluvias de los dias anteriores, destruyó completamente todas las obras y las estacas salieron rio abajo sin poderse recoger ninguna, quedando inutilizado el trabajo de treinta dias en ménos de una hora. En vista de este resultado, desistieron los franceses del intento de

torcer el curso del rio, á lo que se oponia la estacion, y pensaron en otros medios y ardidés.

Los sitiados, entretanto, desdeñándose en esperar detrás de sus muros á un enemigo que despreciaban, hacian muchas salidas coronadas casi siempre con un éxito feliz. En una de ellas se lanzaron sobre el campamento de los italianos, en medio del dia, y matando é hiriendo enemigos, y despues de hacerles más de quinientas bajas, se volvieron á la plaza con muy pocas por su parte. Con la misma suerte é irresistible empuje verificaron otra salida contra los grisonés, cuyos fuertes atrincheramientos estaban en un arrabal extra-muros de la ciudad, llamado de San Salvador, y no volvieron á la plaza sino despues de dejar seiscientos hombres tendidos en el campo y tomado tres piezas de artillería con las que regresaron en triunfo: estos golpes afectaron demasiado á los franceses, que temian con fundamento la habilidad de Antonio de Leiva y el arrojo de sus aguerridas tropas, mas ¿podrian sostenerse tan bellas cualidades, contra un fuerte y astuto enemigo que, además de su ventaja en fuerzas y recursos, se valia de los más arteros medios? Recurrió en efecto al poco noble de sobornar, si era posible, alguno de los jefes de la plaza, valiéndose para ello de emisarios disfrazados, que penetraron en ella con algunas sumas de dinero, esperando ponerse en inteligencia con algun jefe que pudiese entregar alguna puerta para entrar por sorpresa, cosa que no era fácil, pues la vigilancia era grande: Pronto encontraron ocasion los emisarios, y puestos de acuerdo con el jefe de los alemanes, éste recibió de los espías franceses algun dinero por pre-

mío á la traicion que meditaba, y que consistió en fomentar el descontento de sus tropas por las pagas que les adeudaban, poniendo en tal extremo á la plaza que estuvo todo para perderse. Estalló entre los alemanes una formidable insurreccion, declarando con brutal insolencia que estaban resueltos á no pelear, ya que no se les abonaban los sueldos que ganaban con su sangre, y pues que el emperador con tanta ingratitude les dejaba morir de hambre y miseria, iban á buscar reparacion lucrativa entregando la plaza á los franceses. Avisado Leiva de lo que ocurría, presentóse entre ellos cuando mayores eran las voces y el escándalo, y ante el aspecto fiero de aquél veterano de cien batallas se contuvieron los amotinados. Entónces aquella voz que tantas veces oyeron en los combates, les echa en cara su deslealtad, y traza con brillantes colores el cuadro de sus anteriores triunfos, que iban á mancillarse por un momento de obcecacion, y quedó con esto desecha la tormenta. La muerte del coronel tudesco burló todos los planes sucesivos de traicion, y la circunstancia de ocurrir poco despues de una comida que en su casa le dió Leiva, hicieron recaer sobre el general, sospechas de envenenamiento: pudo sin embargo ser casual la muerte, originada por cualquier exceso ántes ó despues del convite; pues aunque la utilidad del crimen haga verosimil la presuncion del hecho, la historia, falta de datos suficientes, nunca debe arrojar este borron para que empañe la reputacion de un militar tan valiente como caballero.

No era posible, en verdad, un público y ejemplar castigo, porque más de la mitad de la guarnicion que era

alemana, habría protegido á su jefe y la plaza se hubiera perdido sin remedio alguno.

No dando resultado satisfactorio ninguna de las tentativas de los sitiadores, idearon hacer minas para introducirse en la plaza, y se pusieron á trabajar en ellas; pero no se atrevieron á seguirlas hasta el interior, por que á su vez los imperiales empezaron á hacer contraminas en la misma direccion, y no convenia á los franceses aventurar sus fuerzas de esta manera. Pensaban con razon que las provisiones y el dinero tendrian su término y no tardaría en presentarse el hambre con todos sus horrores. Se cerró más aún el bloqueo, redoblando la vigilancia, dejando al tiempo que se encargase de todo

Sin embargo, los generales veteranos como la Tremouille, la Paliza y otros, aconsejaron á Francisco I levántase el sitio y marchase contra los imperiales ántes de que se rehiciesen, porque les inquietaba mucho la idea de verse envueltos, colocados entre la plaza y el ejército imperial. Estos consejos prudentes no hallaron eco alguno en el corazon del rey, que apoyado por Bonnivet su favorito, respondió que «un rey de Francia nunca retrocedia ante sus enemigos, ni abandonaba las plazas que habia resuelto tomar.»

El sitio siguió pues, y Leiva dentro de la plaza oponia una constante y heróica resistencia á todos los esfuerzos del francés, recomponiendo las fortificaciones que destruia la artillería contraria, arreglando los parapetos que no estaban en buen estado y revistando sus gentes que hacian el servicio en la muralla con esquisita vigilancia. Siendo los alemanes gente muy discola cuando les falta-

ban sus pagas, y absoluta la carencia de dinero, temiendo otro motin como el pasado, se vió Leiva en la precision de recoger la plata de las iglesias, y con ella la de los particulares, jefes del ejército y la suya propia, se acuñaron las monedas que fué posible, á las que se puso una inscripcion que decia: «Los Cesarianos cercados en Pavia» «año de 1524»

Pescara y Lannoy se hallaban en Lodi fortificándose lo mejor que podian y, casi tan cercados como los de Pavia, no se atrevian á separarse siquiera una legua de aquel punto. Tan ignorados parecian de todos, que los partidarios del francés pusieron en Roma en son de mofa unos pasquines que decian «El que supiere del ejército imperial que se ha perdido en las montañas de Génova, puede manifestarlo y se le dará un buen hallazgo; los que sepan de él y no lo digan se les acusará por hurto y sobre ellos se espedirán cédulas de escomunion.» Pero no iban á tardar en demostrar que aún vivian los que tan muertos parecian y se pregonaban por perdidos, pues el marqués de Pescara tenia ideado un golpe de mano y lo ejecutó con una destreza admirable.

Llamó al anochecer de cierto dia á todos sus capitanes y les dijo que recogiesen enseguida toda la infantería en la plaza del castillo, sin toque alguno de tambor ni trompeta y con el menor ruido que fuera dable. Se hallaba el pais todo cubierto de nieve, y él se presentó en la fortaleza á las nueve de la noche: el frio era intenso, por suceder esto en los últimos dias de Noviembre. Hizo el marqués de Pescara que solamente los soldados españoles y hasta el número de dos mil, se pusieran las camisas blan-

cas sobre las armaduras y ropas exteriores; luego mandó bajar el puente levadizo y dispuso que uno á uno fueran saliendo sólo en el número indicado, por una puertecilla ó portillo excusado y estrecho que daba al campo. Nadie sabia el motivo de aquella marcha nocturna, mas como todos se agolpasen para salir ántes, dispuestos á seguir á su general donde quiera que pensara llevarles, el marqués les dijo. «Salid despacio, hijos, que para todos habrá en el despojo, porque debeis saber que tenemos tres reyes á quienes vencer en Italia, que son el francés, el de Navarra y el de Escócia.» Cuando ya hubo salido toda la gente y quedado tambien más de la necesaria para la guarnicion del castillo, siguió la marcha delante de todos Pescara, á quien acompañaba en aquella expedicion su sobrino el marqués del Vasto que á su lado marchaba. La nieve, el lodo y la oscuridad hacian la jornada en extremo penosa, los soldados tropezaban, caian, se quedaban sin calzado por quedarse enterado entre el lodo; pero ninguno hablaba ni daba la menor señal de disgusto é impaciencia, siguiendo todos su marcha con el mayor sigilo. Dos horas próximamente faltarian para amanecer, cuando se detuvieron un poco indecisos y temerosos, viendo interpuesto delante de su camino un rio que iba á ser preciso vadear. El marqués mandó colocar en la parte superior una fila de caballos para que rompiesen la corriente y se lanzó el primero al agua para ganar la opuesta orilla; su ejemplo y dos palabras de ánimo bastaron para que todos se arrojasen á aquella agua casi helada que les subia más arriba de la cintura, no habiendo vacilacion en seguirle por parte de

nadie. Todos continuaron luego su marcha hasta que, rayando el alba, se encontraron cerca de los muros de Melzi ó Melzo, pequeña aldea murada situada á tres leguas escasas de Pavía, á cuyo lugar se dirigia la expedicion, lo que hasta entónces no supieron ninguno de los que la componian á excepcion de su jefe. Se hallaba aquel punto bien guarnecido y sus centinelas en la muralla; observando uno de ellos moverse algunos objetos blancos, y creyendo sentir otro algun ruido, avisaron al jefe del puesto, el cual no distinguió nada, porque aún eran bastante espesas las brumas de la mañana, por lo cual recomendó á los atalayas redoblasen su vigilancia, diciéndoles que el ruido y movimiento que creian observar debía ser el de los árboles que, cubiertos de nieve, se movian á impulso del viento, y hecha esta apreciacion regresó junto al hogar, pues la temperatura no era muy benigna y no agradaba estar fuera.

En tanto que avanzaban los españoles, se oyó dentro de la plaza el toque de un clarin que indicaba á montar, y volviéndose á sus gentes el marqués de Pescara, les dijo con mucha gracia: «ya que esos caballeros quieren cabalgar, á nosotros los infantes, nos corresponde calzarles las espuelas.» Y llegando á un punto donde la vigilancia estaba más descuidada y no habia centinela, les alentó á escalar el muro, cruzando varios el agua fria y cenagosa del foso que hasta los hombros les llegaba; pero como no llevaron escalas, les fué preciso subirse de unos en otros para alcanzar el muro, y cuando lo montaron los primeros alargaron sus picas á los demás para que les sirviese de escala; de este modo subieron treinta próxi-

mamente y considerándose ya bastantes se corrieron dando la vuelta al muro, hasta llegar á un portillo, cuya descuidada guardia degollaron, y seguidamente dieron entrada á todos los expedicionarios que esperaban el resultado por la parte de afuera.

Los españoles entraron precipitadamente como furiosa avalancha, con el ímpetu de un río que se desborda, y en las calles se oyeron repetidos sus gritos de guerra de ¡España y Santiago! Entre tanto sonaban en la plaza las trompetas francesas llamando á las armas con toques desesperados, y en ella desembocaron los españoles, á cuya cabeza marchaba y entró el primero el alférez Santillana, quien se encontró con Gerónimo Tribulcis jefe de las fuerzas reales de aquella guarnicion. Perteneceia Santillana á la compañía del capitán Rivera y era el que más se habia señalado en la batalla de Bicoca, siendo su fama de valiente tan grande, que no habia en Italia quien no conociera sus hazañas. Peleó bravamente con Santillana el conde Gerónimo Tribulcis, hasta que, herido por aquél mortalmente, tuvo que rendirse; su gente se defendió todavía largo tiempo en la plaza y la iglesia, pero aturdidos ya y sin direccion alguna, cuando habian muerto muchos en la defensa, cercados y sin poder huir ninguno de los demás, fueron todos hechos prisioneros por los españoles; dispuso el marqués de Pescara regresar á Lodi sin tardanza, por el mismo camino, llevando consigo toda la guarnicion prisionera, que consistia en doscientos hombres de armas y otros tantos infantes, que eran una carga para el ejército; y queriendo dar una leccion á Francisco I, los puso al día siguiente en libertad

sin rescate alguno, diciendo á sus soldados que lo hacia para que, sirviéndole de ejemplo, templase aquél la rudeza y el mal trato que usaba con los soldados imperiales que cogió prisioneros cuando la retirada del ejército de Marsella á Milan y que en su poder estaban, lo mismo hizo con los demás Capitanes y Oficialés, pero Gerónimo Tribulcis que era el jefe principal de los que se cogieran, no pudo seguir igual suerte, porque habia muerto á consecuencia de las heridas que recibió batiéndose con Santillana.

Se ha visto ya en los antecedentes históricos, que el almirante Bonnavet fué derrotado por los españoles en los orillas del Sessia y obligado á internarse en Francia, y como ántes habia censurado á Lautrec, por haber sufrido igual suerte, llególe su vez á él, y para excusar su desgracia, no dejaba de ponderar la fiereza y bravura de sus enemigos en sus conversaciones con el rey, que siempre respondia que tenia intencion de venir á Italia para juzgar por sí mismo y ver si él sabia vencerlos ó no.

Reducidos los españoles á la inaccion por su escaso número y sin emprender operacion alguna, no cesaba Francisco I de preguntar al almirante para mortificar su amor propio, tratándoles con desprecio. ¿Decidme Bonnavet, dónde se hallan esos famosos leones que vos tanto celebrábais? A lo cual el almirante le contestaba «Señor, duermen»; pero sabiéndose poco despues en el campo francés la sorpresa de Melzo, entónces el almirante, presentándose al rey, le dijo: «Muchas veces, Señor, me habeis preguntado por los españoles que me vencieron, y yo siempre os he dicho que dormian; y efec-

tivamente esta mañana se han levantado en camisa y os han llevado toda la gente que teníais en Melzo; mirad, señor, bien lo que haceis, puesto que si los dejais vestir, no será acaso difícil que nos lleven á todos nosotros.»

Picóle al rey Francisco la estratajema y envió un mensajero á Pescara ofreciéndole doscientos mil escudos, siempre que saliera con el ejército, y se presentase á dar la batalla, pero éste con castellano orgullo le respondió: «Decid á vuestro Rey, que si dineros tiene los vaya guardando, pues yo bien se que pronto los vá á necesitar para su rescate», y no tardó en verse luego que lo que pareció una baladronada, era una profecía cuyo cumplimiento llegó para honor y gloria de la española gente, que conquistó inmarcesible laurel en la jornada

Tan pronto llegaron á Roma las noticias de la encamisada ó sorpresa de Melzo; los partidarios del Emperador que tambien los tenia buenos, entre ellos el Duque de Sesa y los Colonnas, contestaron á la burla que el pasquin francés habia hecho con otro que decia: «Los que el campo del Emperador tenian por perdido, sepan que al fin ha parecido en camisa, muy helado y con doscientos hombres de armas y otros tantos infantes presos. Cuando esto hacen en camisa ya pueden prepararse los que quieran esperar á que salgan al campo vestidos y armados.»

La suerte de Pavia iba á estar resuelta si el ejército Imperial no la socorria, pero esto no era posible aún, por la escasez de gente de que disponia entónces; poco tardó en presentarse otra empresa parecida á la de Melzo,

y el intrépido Pescara la llevó también á cabo pronta y rápidamente para no dejar decaer el ardor de sus tropas: Apenas llegó á su noticia que el importante punto de Casciano, estaba defendido por una guarnicion corta, compuesta de cincuenta hombres de armas y cuatrocientos infantes, marchó á combatirle con su infanteria y le arrebató de manos del enemigo á las pocas horas de abrir trinchera.

No se sabe que admirar más en este bravo campeon, si su decision y talento, ó la fortuna que fué en aquella gloriosa campaña la constante compañera de sus empresas; pronto para ejecutar lo que su imaginacion concebía, enérgico, audaz y activo; compañero del soldado en sus escacéses, sabia entusiasmarle hasta lo sublime y á su lado se llevaron á cabo los hechos de abnegacion más hermosos junto á los del valor más heróico; valiente hasta la exageracion tenia en las ocasiones solemnes, el dón especial de distinguir los puntos decisivos del combate y emplear otras veces las diferentes armas en un sentido táctico variado, innovando y alterando el órden de combate hasta entónces usado, lo que le dió la victoria en muchas ocasiones; y era uno de los más brillantes capitanes que ilustrarian con su gloria los anales históricos del Emperador Cárlos V, si tan pronto no le hubiese arrebatado la muerte luego.

El Papa Clemente VII, con achaque de medianero, mandaba emisarios al campo de Cárlos y al de Francisco para inclinarse en favor de quien tuviese más probabilidades de victoria, resultando de su comparacion que entreteniendo á ambos con buenas palabras, con capa de

neutralidad, concluyó por favorecer al francés, envolviendo en su conducta á la república de Florencia, con lo cual quitó al Emperador sus mejores aliados.

Largo y tenaz, continuaba el sitio de Pavía sin que los franceses adelantasen absolutamente nada, gracias á la entereza y valor de su gobernador Antonio de Leiva; pero dominado todo el país con un ejército numeroso y brillante, de cincuenta á sesenta mil hombres, dirigidos por los más aguerridos capitanes, era general la opinion de que más ó ménos pronto destruirían los restos de los imperiales y la plaza tendria que rendirse forzosamente; pero esta misma confianza la salvó, porque envanecido Francisco I con su poder y creyendo que nada era bastante á resistirle, empezó á distraer locamente su ejército en expediciones lejanas é imprudentes, y debilitando la masa principal de sus fuerzas que se hallaba sobre Pavía, mandó á Génova con el fin de reconocer el país al marqués de Saluzzo, con seis mil hombres, y con diez mil á Juan Stuardo, duque de Albania, para que reconquistase á Nápoles. Estas expediciones las consideraron Lannoy y Pescara, tan favorables á sus miras y tan poco peligrosas, que no quisieron destacar ni un soldado para impedir las, diciendo que la suerte tanto de Nápoles como de los demás Estados de Italia, iba muy pronto á ventilarse ante los muros de Pavía, pues de vencer en este punto quedaria asegurado todo lo demás, por ser evidente que donde se hallara el ejército francés con su rey, estaba el nudo y el punto llave, objetivo de la campaña; cuya opinion demostraba su competencia en el difícil arte de la guerra.

Dícese que en estas desmembraciones, seguía el rey la opinión de su favorito Bonnivet y menospreciaba las observaciones de sus más veteranos generales, que como la Tremouillé y la Paliza no les parecía buena la perspectiva de encontrarse entre la plaza y el ejército imperial que podía ser reforzado; pero Francisco había jurado no dejar el sitio hasta rendir á Pavía, y no bastaron todas las razones del mundo para hacerle desistir de su propósito. Pronto iba Francia á pagar los descuidos de su rey, pues mientras que aquel ejército se reducía por las expediciones que había enviado, se reforzaba el de los imperiales con doce mil alemanes ó tudescos que reclutó el duque de Borbon, con ayuda del infante D. Fernando, hermano del emperador, y que con algunos españoles se incorporaron á Lodi, constituyendo un corto, pero proporcionado ejército que ya podía medirse con el francés.

Surgió pronto la dificultad más grave entre las tropas del emperador, que hacía ya tiempo experimentaban los sitiados en Pavía, y consistía en la escasez de víveres, municiones y dinero. Ya hemos dicho lo poco sufridos que eran los alemanes, que constituyendo una gran parte de la guarnición, llegaron á amenazar si no se les pagaba con entregar la ciudad; y á los que contenía difícilmente el valor y firmeza de Leiva, que reclamó algún recurso para aliviar en parte tan grave situación, por lo cual resolvieron Pescara y el virey enviarle algún dinero, y para introducirlo en la plaza se valieron de medios que merecen ser consignados, porque demuestran el temple de alma de nuestros antepasados y los ardidés empleados en las guerras de todos los tiempos, de los que es fuerza

precaerse, teniendo siempre gran desconfianza en los vendedores ambulantes y los soldados pasados del bando opuesto.

Fué llevado á cabo el hecho por dos españoles; el alférez Cisneros y un amigo suyo, soldado, Francisco Romero. El alférez habia huido, por temor al castigo de haber dado muerte á un soldado y conseguia el indulto, si llevaba á buen fin la introduccion del proyectado socorro.

Puestos de acuerdo sobre el medio que convenia emplear, quedó arreglado con el marqués de Pescara que irian al campo francés á ofrecer sus servicios al Rey Francisco, diciéndoles que se pasaban á su ejército por razones que llevaban estudiadas. Dos labradores conocidos y fieles que irían á vender víveres á los franceses, debían llevar cosidos entre el paño y forro de sus jubones los tres mil escudos que se iban á mandar á Pavía, y con ellos precisaba entenderse para tomar el dinero é introducirse con él en la plaza, á la primera ocasion que hubiese. Concertado esto, se pusieron sobre el uniforme la banda blanca que distinguía á los franceses y atravesaron sin inconveniente las líneas enemigas; una vez en el cuartel real les fué fácil presentarse á Francisco I, al que ofrecieron sus servicios, que éste aceptó con gusto, agradándole mucho, que se brindaran á servirle sin sueldo hasta acreditar que sabían ganarlo con su espada.

Varios días, confundidos con los franceses se batieron con los de la plaza en los combates y escaramuzas que se trababan diariamente, siendo en una de estas herido el

alférez, lo que causó á su compañero gran disgusto; pero afortunadamente el daño fué poco, y siguieron esperando ocasion y estudiando el terreno, y con el pretexto de comprarles algo, veían todos los dias á los labradores con quienes obraban de acuerdo. Pronto creyeron llegada la hora propicia, y lamentándose del frio, cambiaron sus rotos y viejos jubones por los mejores de los labriegos en que iba el dinero, dándoles públicamente algo por el cambio y diciéndoles aparte al oido: «Si mañana antes del medio dia oís tres cañonazos seguidos en la plaza, y veis elevarse una bandera roja, marchad enseguida á decir al marqués de Pescara que el socorro está ya en poder de Antonio de Leiva; si no oís ni veís la señal anunciada, decidle que hemos muerto.» Cuando anocheció fueron á una de las minas que partiendo del campo terminaba cerca de los muros de Pavía, y con precaucion cuidando no causar alarma, degollaron al centinela que habia custodiando la boca, y corriendo por dentro de ella vinieron á salir á un punto del muro en que se hallaba de centinela un español, por una afortunada casualidad; empezaron á hablarle haciendo señas, y avisado el capitan Pedrarias Dávila célebre luego en Panamá, que era jefe de aquel puesto, al ver á dos hombres solos, no tuvo reparo en abrirles la puerta.

Al siguiente dia izada la bandera roja, anunció el cañon de Pavía con tres estampidos que el socorro estaba en poder de Leiva y los labriegos marcharon enseguida muy satisfechos á llevar á Lodi la noticia. Muy bien recibido fué el socorro aunque insuficiente, y más adelante, cuando de nuevo necesitó la plaza, se valieron de diferente medio, que fué el siguiente:

Algunos soldados imperiales que hablaban
mente los idiomas francés é italiano, se pro
una gran cuba de vino, y disfrazados de aldeanos
aquellas cercanías se introdujeron en el camp
bajo pretexto de venderlo. Los sitiados á
previno por medio de un paisano amigo que
pudo penetrar en la plaza, y que sabian el día que
bian llegar los supuestos mercaderes, hicieron un
lida; y aquellos entónces rompiendo su tonel, sacaron
otro pequeño que dentro traían en el cual se hallaba
dinero, y confundidos con los que atacaban entraron
la plaza con el apetecido socorro y aumentando la gu
nicion con sus personas.

Aunque estos alivios mitigasen por el momento la
seria, era muy poco lo que se disfrutaba de ellos, porq
siendo mucha la gente y pocos los recursos que se re
bian, bastaban sólo tres ó cuatro dias para volver á
situacion anterior. Tanto Leiva como sus tropas con
nuaban haciendo prodigios de valor; pero hasta lo
blime tiene su limite, y todo debia ceder ante la misera
que es el mas poderoso enemigo. Como sucede en to
los sitios de plazas, en este se habian agotado ya las p
visiones de los sitiados y se alimentaban con repugna
tes alimañas y nocivos manjares que costaba mucho
nero adquirir, siendo de temer que se desarrolle
peste ó cualquier epidemia de las que acompañan e
desventuras.

Con arreglo á las costumbres de aquellos romanc
tiempos, y siendo el rey Francisco muy aficionado á
hechos y rasgos de la andante caballería; retó por regu

duques de Pescara, mas ahora no ofrecia di-
cretaba el desafio, á que tantos á tantos y
los fosos se batieran en campo igual, y para
gente le daba veinte dias de plazo. Pescara
que habia pedido permiso á su general eu-
rey de Nápoles, y que juntaria 18,000 hombres
de diez dias, con los que saldria á pelear en campo
esto respondió la Tremouillé á nombre del rey, di-
hallaba lo estaba conforme con batirse de igual á igual si
entraron en campo llano y sin fosos; pero que aunque el pla-
do la guerra el que quisiera, le aseguraba que con la gente de
no se habia de juntar nunca, en fé de lo cual lo
ba y firmaba.
los, porque en esta inútil palabrería se iba el tiempo en daño
ne se re- los imperiales, que escaseaban hasta de lo más preci-
volver á que este último documento en que parece se ale-
opas con la idea del combate con iguales fuerzas, está fechado
asta lo de Enero de 1525, es inútil decir que no llegó á ve-
la mise-arse tal batalla ó paso de armas, sino que de allí á
de en toc forzados en parte por la necesidad, decidiéronse La-
ya las p Pescara y Borbon á levantar el campo y marchar
repugnante combate decisivo, que tenia suspensa la atencion de
mucho por que de él dependia la suerte de Italia, qui-
arrolla. Bien la de Francia, é iba sobre todo á decidirse
pañan e de los dos soberanos rivales habia de obtener pre-
erancia bastante para dar sus leyes al mundo.
omanc decidirse la marcha surgieron las dificultades inhe-
ionado á la organizacion de las tropas en el siglo XIV,
) por regl

viniendo á entorpecerlo todo la falta de medios para pagar al ménos á los alemanes, que no era posible hacer levantasen el campo sin darles algun dinero del que se les debia hacia ya tiempo.

Viéndose en tal apuro, llamó el marqués de Pescara á su alojamiento á todos los capitanes españoles, y entonces se conoció lo mucho que en la guerra vale ganarse el cariño de los inferiores, y el prestigio que adquiere y consideraciones que tienen éstos á un buen general.

Con sentidas frases y enérgico estilo les explicó la situacion, demostrando el conflicto en que se hallaban con los alemanes, sin tener dinero que darles ni aún esperanzas de recibir socorros de España, ni de Nápoles, porque los franceses que les habían reducido á tal extremo, habían tomado todos los caminos y tenían interceptadas las vías de comunicacion: les dijo que él habia escrito á Venecia y mandado empeñar ó vender sus Estados; pero que por temor nadie se había atrevido á comprarlos, que los jefes estaban dispuestos á dar cuanto tenían; mas este recurso era muy insuficiente para remediar tan gran necesidad, y concluyó rogándoles que en ocasion tan crítica, dieran al mundo un espectáculo de sublime patriotismo y desprendimiento, de los que presenta pocos ejemplos la historia, cual era, no sólo servir y batirse sin sueldo, sino que cada cual diese lo que tuviera para poder pagar algo á los alemanes, que pensaran en la gloria que iban á alcanzar, y que allí les tenia el mayor monarca del mundo.

Era esto cosa nueva y peregrina, tratándose de tropas

mercenarias; pero en el corazón español existe siempre latente la sed de gloria, y la esperanza que les dió de alcanzarla en la próxima batalla, con un rico botín, les decidiría, con lo cual despidió á los capitanes rogándoles le dieran pronto la respuesta. No se hizo esperar la contestacion de los soldados, que fué sublime, y para comprender su mérito, preciso sería trasladarse con un vuelo de la imaginacion á aquella época en que el soldado peleaba por la paga, y no le importaban, al faltar ésta, ni el patriotismo ni la honra nacional, salvo excepciones entre las que siempre figuraron los españoles. Despues de agradecer á su general con expresivas palabras la confianza que en ellos tenia, dijeron, que se prestaban con gusto á marchar al enemigo sin pagas, aunque necesitaran vender la camisa para comer, y tambien darian de buena gana lo que pudiese reunir cada uno para pagar á los alemanes, ¡admirable conducta, que entusiasmó al marqués de Pescara, hasta el extremo de derramar lágrimas de placer, enorgullecido de mandar á los hijos de una nacion en que tales cosas suceden!

Procedióse enseguida á la recaudacion de lo que tan liberalmente se habia ofrecido, y alegre el marqués de ver la buena voluntad y excelente comportamiento de los soldados, les mandó á sus alojamientos muy agradecido, y ordenó á los capitanes recogiesen la parte de dinero que diesen sus compañías, tomándolo con cuenta y razon del que daba cada uno, para que despues el señor Angiliberto, escribano de raciones y contador del ejército, tuviera cuidado de devolverlo á sus dueños cuando hubiese fondos para ello.

En el mismo día llevaron los capitanes al marqués el dinero reunido, así suyo como de las compañías, y con esto y el de los caballeros, jefes superiores, hubo suficiente para dar un escudo de socorro á cada tudesco, (12,000 escudos) y arreglar algunas cosas necesarias para la artillería y municiones, tales como carros, ruedas, sogas, azadones y otras cosas de esta especie, pues eran muchas y grandes las necesidades de un ejército hasta en aquella época; con esto ya se pudo levantar el campo, operacion que se ordenó para el siguiente día que era 24 de Enero.

Hecho llamamiento general á las tropas acantonadas en las cercanías, se encomendó con una corta fuerza al duque de Milán, Francisco Sforza, el gobierno y cuidado de Lodi y sus fortificaciones, con el encargo de cubrir la plaza de Crémona; y movióse el campo, formando las coronelías y compañías, que desfilaran en el orden siguiente, con un atronador ruido de trompetas, tambores y clarines.

Mandaba la vanguardia D. Fernando de Castriolo (ó Castrionte), marqués de Civita de Sant Angelo; y ésta se componia de caballería lijera, exclusivamente, con el fin de descubrir el campo, escaramuzar, y dar tiempo á la formacion del ejército, si como era probable se presentara de pronto el enemigo. El marqués, era un caballero griego, apreciado por sus conocimientos militares, y buen partidario del emperador. Detrás de esta fuerza avanzada, iba el virey Lannoy, jefe de todo el ejército, precedido de un rey de armas, y llevando delante de sí las insignias de su alto cargo. Iban trás él el duque de

Borbon y el caballero Hernando de Alarcon, que con sus gentes á caballo componian setecientas lanzas y otra gente de armas muy lucida. A continuacion, el marqués de Pescara con su sobrino el del Vasto, que ya aspiraba á rivalizar con él en hazañas y talento militar, y con ellos la hueste española, compuesta de seis mil hombres á pié, de aquellos que fueron la base para formar los tercios, que lograron ser la primera infantería del mundo. Detrás seguia la italiana, conducida por sus capitanes Cesero y Papapode, en la que formaban dos mil hombres próximamente; iba luego la artillería que se habia podido utilizar, sacada del castillo de Lodi, compuesta de seis malas piezas de hierro, entre ellas dos bombardillas, seguian á ésta los bagages y equipages, cerrando la marcha los alemanes, formando una fuerte columna, provistos de hermosas picas y mandados por el coronel Jorge Trousberg (ó Freusperg), caballero tudesco, muy partidario del emperador, que reunia á su génio militar una larga experiencia en las guerras de Italia.

Tomó el ejército del emperador el camino de Milan, amenazándolo vigorosamente con el objeto de atraer sobre sí las fuerzas francesas, sacándolas de su campo atrincherado; pero viendo que el rey permanecia inmóvil delante de Pavía, cambiaron luego de direccion y marcharon á aquella plaza, pernoctando la primer noche en Marignano, lugar célebre para Francisco I, porque en el ganó su primera batalla contra los suizos, deshaciendo las espesas falanges de su infantería, con la potente y terrible artillería, que parecia indicar debia adelgazarse el órden de combate; mas sin embargo de la

experiencia de esta batalla, llamada de los gigantes, el orden delgado y el abierto necesitaron más de tres siglos para su introduccion en la táctica; que no se desprende sino con gran dificultad de las costumbres y usos que han requerido siglos enteros para tomar carta de naturaleza en la guerra.

Al siguiente dia continuó la marcha y torciendo á la izquierda, detúvose el ejército á combatir la villa fortificada de Santangelo ó Santo Angelo, situada sobre las márgenes del rio Lambro, defendida por una guarnicion de doscientos infantes y ochocientos caballos, gente lucida y bien provista de municiones y víveres. La posesion de este punto era para los imperiales de la mayor importancia, porque interceptaba todas las comunicaciones entre Lodi y Pavía; y se encargó el marqués de Pescara de tomarlo con los españoles. Colocarónse las escasas piezas en bateria, apuntando todas á un lugar designado en el muro, en donde se logró abrir una buena brecha; y tan pronto estuvo franqueable, se precipitó en ella Pescara, siendo el primero que penetró en la plaza á la cabeza de su valerosa y escogida infantería, é iba delante de todos con la espada teñida en sangre, dando el grito de ¡España! ¡España! y llevaba, segun la crónica, embrazada una rodela, en que estaba pintada la muerte, que efectivamente recibian cuantos intentaban resistirle y salian á cortarle el paso. A pesar de todo, el ataque fué breve y poco encarnizado, la guarnicion buscó un asilo en la ciudadela; pero creyendo en ella imposible la resistencia por falta de víveres y agua, se entregaron al dia siguiente á merced del vencedor. El

grueso de las tropas imperiales habia pasado el Lambro por un puente de barcas, y se atrincheró fuertemente creyendo que los franceses acudirian á socorrer tan importante puesto; hasta que, ya tomado, prosiguió la marcha con las precauciones que exigia la proximidad del enemigo, el día 30 de enero. Avanzaban las tropas, en cuanto lo permitia el terreno, desplegadas siempre en orden de batalla, y por esta circunstancia y la del mal estado de los caminos, la marcha era muy lenta, y de un momento á otro se esperaba recibir algun ataque repentino del enemigo, continuando de este modo y tan despacio, que hasta el 7 de febrero no coronaban las alturas de San Alesio, donde establecieron su cuartel general, dando vista al campo francés, y regocijando á los cercados de Pavía, que se consideraban libres del sitio, al ver flotar tan cerca del Tesino las banderas imperiales.

Los franceses saludaron la aproximacion del ejército de Carlos V, con un terrible fuego de artillería, con bala y metralla, cuyos proyectiles se embotaron en los árboles seculares y espesos producidos por la frondosa vejetacion de aquellos sitios, y que no tuvieron la precaucion de cortar, no causando por tanto, daño alguno.

Enseguida reunió el rey Francisco su consejo de generales, para acordar lo más conveniente en vista de las circunstancias. La mayor parte opinaron por atrincherarse, pero no en aquel punto, sinó en otro mejor defendido, y esperar allí tranquilos y convencidos que la falta de recursos, la desesperacion y el hambre, acabaran de disolver aquella masa de gente; consejo cuerdo porque esto hubiera ocurrido de seguro. El Rey y el almirante

Bonnivet, rehusaron tomarlo, exponiendo á la consideracion de todos, el papel desairado que iba á hacer levantando el sitio, para retirarse huyendo á atrincherarse en cualquier posicion, con lo que manifestaria temer á un enemigo inferior en fuerzas, en lo cual tenian razon tambien.

Decidido, pues, á permanecer delante de Pavía, hubo que cambiar la disposicion de las tropas, de manera que impidiesen el paso del Tesino al ejército imperial. Cubriendo siempre los puntos principales de San Salvador y San Franco, en que siguieron los grisones. El rey trasladó su cuartel desde San Paolo, al centro del parque, al palacio de los antiguos Visconti sus señores, ocupando la casa de Mirabello y trayendo junto á sí la vanguardia que mandaba su cuñado el duque de Alenzon. De este modo el ejército francés, apoyando los extremos de sus grandes alas en el Tesino, abrazaba estrechamente los muros de Pavía y no podian recibir recurso alguno los sitiados, cortado el puente que lo atravesaba desde la ciudad, como lo estaba entónces. Esta disposicion, aunque buena para un bloqueo, tenia un grave inconveniente ante un enemigo atrevido, porque extendidos los franceses en una larga línea, no podian ser fuertes en un punto cualquiera para repeler á los imperiales si les atacaban de pronto con un golpe de fuerzas superiores; y para precaverse de un peligro tan eminente como probable, el rey atrincheró fuertemente su campo, derribó una pequeña parte del muro del parque, para poder enlazar la vanguardia con sus demás tropas; hizo abrir fosos profundos y construir empalizadas y baterías, que con

sus cañones enfilaban los caminos de Milan y Lodi; la guarnicion que habia en la primera de dichas plazas, que se componia de nueve mil infantes y trescientas lanzas, recibió orden de incorporarse más de la mitad, á las órdenes de Joanin de Médicis, á los sitiadores, quedando los demás bajo la proteccion de su fuerte ciudadela; en tan vigorosa áctitud, esperaba el rey Francisco confiadamente, pensando que nada debia temer de los imperiales, hallándose bien surtido de todo y parapetado.

Los reparos y fortificaciones de las avanzadas, estaban á ménos de una milla, los tiros de arcabuz eran eficaces y temibles en ambos campos, y las trincheras hechas tambien con esmero por los imperiales entre el terreno comprendido desde San Lázaro al Pó, procurando impedir á los franceses el paso de este gran rio, y al mismo tiempo protegiendo sus excelentes comunicaciones por Santo Angelo y Belgibioso; todos los dias se sostenian escaramuzas en las avanzadas, en las que el fuego de los arcabuces no cesaba nunca, atacándolas á veces y llevando los españoles la mejor parte, hasta que un dia entraron dentro del parque en una arremetida y les quitaron hasta las provisiones que para comer tenian.

Los sitiados que con tanto júbilo habian saludado las banderas del emperador, flotando en las márgenes del Tesino, se hallaban en gran apuro por falta de municiones y en especial de pólvora, y con la contraseña acordada de antemano, disparando dos cañonazos, lo hizo Leiva saber al virey.

Lannoy mandó enseguida llamar á Salamanca, capitán de caballos ligeros y le ordenó que él y los suyos monta-

sen y vinieran á formar frente á su tienda. Cuando los tuvo reunidos, hizo dar á cada uno un cuero de pólvora, para que trataran de meterla en Pavía. Dicho capitán, y su tropa, hicieron cuanto era posible por obedecer, y á pesar de poner mucho de su parte, buscando el medio de penetrar en la plaza, no pudieron salir con su intento, pues todos fueron cogidos prisioneros por los franceses. Pero el virrey no desmayó por esto y mandó llamar á otro capitán de caballos ligeros, llamado Francisco del Arco, para darle la misma comisión; y teniendo en cuenta éste lo ocurrido y lo mucho que á todos interesaba el buen cumplimiento de su encargo, tomó los zurrones de pólvora, de los que cada uno tenía cincuenta ó sesenta libras y los mandó colocar á la grupa de cada uno de sus cincuenta jinetes, saliendo del campo del emperador, apartándose mucho, así como del de los franceses, y después de un largo rodeo vino á tomar el camino real que desde Milan vá á Pavía. Ya en él, iban como quien nada tiene que temer por estar entre los suyos; cantando unos en lengua francesa y otros en la italiana, riendo al propio tiempo muy fuerte para desorientar las guardias francesas, y estando en el campo del rey, no fueron conocidos con la oscuridad de la noche, hasta que pasaron por medio de las tiendas, metiendo espuelas sus caballos y corriendo hácia Pavía. Cuando fué reconocido el error y vieron ser españoles los que por amigos habían tomado, intentaron detenerlos, pero ya era tarde, pues iban bastante de prisa cerca de la plaza, á cuya puerta llegaron sin contratiempo, abriéndoles cuanto fueron reconocidos para que no les cogiesen algún prisionero. Cuan-

do estuvieron dentro de Pavía, se presentaron á Leiva y le dieron la pólvora, siendo muy bien recibidos de todos. Esto fué á los catorce de febrero, un martes pasada la media noche, dice Cerezeda, siendo muy alabada tan atrevida empresa; pero el rey de Francia tuvo gran pesar y movido de enojo llamó á un aleman de los de su ejército, y encargóle pasara al campo del emperador y prometiese muchas mercedes á sus compatriotas que quisieran pasarse á servirle. Ejecutó el aleman el encargo del rey, y viniendo al campo imperial habló con algunos de los de su nacion, quienes, portándose lealmente, le prendieron y llevaron ante el virey; y éste tratándolo como espia, acusado además de seduccion á tropas, lo mandó descuartizar é hizo poner sus miembros mutilados sobre unos árboles próximos á las avanzadas francesas, para que el escarmiento fuese notorio y visto por los enemigos.

Los de la plaza, no dejaban de hostigar y hacer salidas, unas veces de noche y otras á la luz del dia, llevando siempre la confusion y la alarma al campo enemigo, y combinando con los de fuera sangrientas escaramuzas, que con pocas pérdidas les ocasionaban mucho quebranto y sobresalto.

La veleidosa fortuna despues de haber tratado duramente á los españoles, reduciéndoles á la defensiva por mucho tiempo, parecia ya querer inclinarse á su favor, pues por entónces desembarcaron dos mil infantes que venian de Francia para reforzar á Francisco I, pertenecientes á la fuerza italiana que tan bizarramente habia defendido á Marsella; pero sabiéndolo Gaspar de Maino,

milanés, que al principio de la guerra fué nombrado gobernador de Alejandria, salió con parte de los mil se-
tecientos hombres que componian sus gentes á esperar
la expedicion en el paso de los rios Bórmida y Urbé,
donde les acometió, matando é hiriendo muchos y persi-
guiéndoles hasta Castelao, donde entraron con la mayor
confusion, dejando á sus perseguidores diez banderas y
obligándoles á rendirse con las condiciones de la guerra;
y quitándoles las armas y caballos, detuvieron prisione-
ros sólo á los principales capitanes, dejando en liber-
tad á los demás.

La expedicion mandada contra Crémona, de la que
tantas ventajas esperaba el rey Francisco, no pudo tener
un éxito más fatal, porque al saberla el gobernador
Francisco Sforzia, mandó desde Lodi una corta fuerza para
estorbarla, á las órdenes del capitán napolitano Alejandro
Bentiboglio, quien la batió, haciendo retirarse á los
franceses á la ciudad de Casa Mayor, donde pretendieron
resistir; pero les fué tomada por asalto, quedando todos
prisioneros ó muertos, contándose entre los primeros
Juan Ludovico Palavicino y las personas principales que
le acompañaban.

Esto compensaba en parte las desgracias de los impe-
riales, entre las que merece especial mencion la ocurrida
el 24 de enero de aquel año, en que D. Hugo de Mon-
cada, acudió con su escuadra á atacar á Varazze, puerto
genovés, situado entre Génova y Sabona, á siete millas
del último de estos puntos, en el cual habia guarnicion
de franceses, los que observando se dirigian sobre ellos,
se prepararon á esperar el ataque, y abordando las gale-

ras á tierra, salieron sus tropas de desembarco contra los que estaban tras los muros de Varazze, «pero viendo los franceses, dice Cereceda, la poca gente que D. Hugo llevaba, salen de la villa al campo, comienzan á escaramuzarles y cuando estaban mas empeñados en el combate, Andrea Doria y Fray Juanas, capitanes de la flota francesa, que se hallaban muy próximos á aquel sitio, vinieron con sus armadas en favor de los franceses, observando los capitanes de las galeras de D. Hugo que no podian resistir á aquellas dos escuadras, por ser más pujantes que la suya, y que si esperaban allí iban á perderse todos con sus buques; queriendo salvar al ménos estos últimos alzaron velas y se fueron, dejando en tierra á D. Hugo con su gente, que era muy poca y fué atacada por los franceses de la villa, de los puntos cercanos que fueron viniendo y de los que salieron de las escuadras, cargando sobre ellos tanta gente contraria, que al fin D. Hugo fué cogido prisionero por Yurante, capitán de Corsos, así como los demás capitanes y jente que cayó toda prisionera, á excepcion de los muchos que murieron, combatiendo fieramente antes de rendirse.»

Los jefes de ambas escuadras volvieron á embarcar su gente, pensando poder apresar las galeras de Moncada; pero por más que forzaron remos y vela no las pudieron alcanzar. El marqués de Saluzzo, que se hallaba de jefe principal en aquellos sitios, mandó trasladar á Francia á Don Hugo de Moncada con los demás prisioneros.

La fortuna, después de esto, empezó á faltar á los franceses á pesar de la superioridad numérica que te-

nian. Un punto importante para ellos, cayó en poder de los imperiales, como lo era la ciudadela de Chiavenna, que por una estratagema les fué tomada sin pérdida alguna, y no obteniendo ninguna ventaja, perdieron las ilusiones de un principio; y léjos de mirar con desden al enemigo como antes, le temian y respetaban tomando precauciones sin número para evitar nuevos reveses. Cuando los españoles descubrian alguna falta se aprovechaban de ella; así sucedió en la posicion avanzada de San Lázaro sobre el Vernachia, riachuelo que marcaba la línea divisoria de los dos ejércitos; dispuesto el establecimiento de una batería con la escasa artilleria que tenían los imperiales, obligaron á abandonar á los franceses tan importante posicion, cuyos fuegos flanqueaban y les hacian gran daño á los primeros. En los pequeños combates que diariamente sostenian desde sus avanzadas, más diestros los arcabuceros españoles que los mosqueteros franceses, les llevaban siempre una inmensa ventaja.

El marqués de Pescara tomó á su cargo molestar continuamente al enemigo, para lo cual usaba el sistema de reposar de día é incomodarle de noche con rebatos, alarmas y ataques falsos, procurando á toda costa no dejarlos descansar ni dormir con tranquilidad; pero sucedió que teniéndoles así seis ó siete noches seguidas, cuando ya no llegaban á inquietarse les acometió una noche de veras, y penetrando dentro de sus bastiones hasta la plaza principal de armas, matándoles mucha gente, recogió algunos efectos y botin, saliéndose seguidamente los españoles casi sin perder un soldado; estas

algaras y rebatos eran muy comunes entre los héroes de la reconquista, que no habian olvidado aún el modo de hacer la guerra usado por moros y cristianos en su país.

Los testigos de aquellos sucesos los refieren de tan elocuente manera, que de ellos tomamos la descripción del modo como se efectuó la última sorpresa; dicen que se hallaban tan próximos á sus trincheras los reparos del campo francés, que se hacian la guerra á tiros de arcabuz, y como ya hemos dicho antes, sucedió alguna vez entrar en el parque de donde les quitaron las provisiones que tenían. Otro dia penetró en él Santa Cruz, que era capitán de arcabucería española, á la cabeza de su compañía, por un portillo que se había hecho en el muro, y tomó una casa donde se hallaban unos hombres de armas, franceses; trabándose allí tal combate que los franceses necesitaron traer su artillería para poder echar á Santa Cruz de la casa; pero visto á tiempo por el marqués de Pescara la mucha fuerza que contra ellos venía, le mandó que se retirase como él lo verificó sin pérdida alguna y con gran daño de los franceses. En este estado siguieron las alarmas diarias hasta que cierta noche se dió una, en la que los franceses sufrieron mucho.

El marqués de Pescara y el capitán Don Alonso de Córdoba iban ya tarde y bien oscuro, reconociendo las guardias de su campo y las avanzadas francesas; y preguntando á uno de los suyos, el cual era soldado de los de Villaturriel, si habia advertido alguna novedad en el campo francés, contestó este centinela no haber notado cosa alguna. También le preguntó donde estaba la fran-

cesa, y el soldado señaló enfrente al centinela echado de pechos sobre su bastion, y como el marqués y el capitán Córdoba creyeran que no se movía, se aproximaron y le hallaron dormido, y cogiéndole entónces con mucho sigilo, le apretaron la garganta para que no gritase y llevándolo fuera de su trinchera, le pidieron el santo y la seña que tenían en su campo aquella noche. Despues de haberla dado, lo entregaron á la compañía de Villaturriel que estaba allí de guardia; de lo cual, dice Cereceda, arcabucero de la misma, «yo quedé casi espantado en ver la presteza con que se hizo una cosa tan árdua.» Despues con gran prisa mandaron encamisar todo el campo, y formando una fuerza de mil cuatro cientos hombres de infantería española y algunos alemanes, entraron por el sitio donde habían cogido al centinela y apresaron la guardia que estaba muy confiada, y enseguida se arrojó esta reducida y valiente tropa sobre el cuartel que ocupaban los italianos. La sorpresa enervó el valor de aquellos auxiliares, y olvidando la antigua reputacion que habían adquirido á las órdenes de los Médicis, se entregaron á una fuga desordenada.

Don Alonso de Córdoba, con una parte de sus arcabuceros, marchó á dar la alarma por diversos sitios; era un cuadro pavoroso, aterrador y guerrero el que se presentaba.

Los dolorosos gritos de los heridos, los apagados ayes de los moribundos, las noticias que con voz entrecortada anunciaban los fugitivos italianos, hicieron creer á los franceses en la realidad de la alarma; todo el ejército se formó entónces en orden de batalla, pero los in-

trépidos españoles avanzan siempre arrollando cuanto se opone á su paso; llegaron al punto donde estaban colocadas diferentes piezas de artillería; enclavaron y arrojaron otras al foso, no pudiéndolas llevar por no traer útiles con que allanar las trincheras y parapetos que delante tenían; los arcabuceros, á una señal convenida, desplegaron su gente y ciñeron con un círculo de fuego casi todo el campamento enemigo. Profundamente lóbrega estaba la noche, y los franceses, que en todas partes percibían detonaciones y el siniestro resplandor de los arcabuces, creían tener sobre sí á todo el ejército imperial.

Las descargas de los arcabuceros siembran el terror y la muerte entre los enemigos, que atemorizados é inciertos, no sabiendo á donde dirigirse, ni contra quien volverse, porque la oscuridad protegía á sus intrépidos agresores, son víctimas de la más dolorosa ansiedad. Si el ejército imperial hubiera secundado los esfuerzos de aquella heroica columna, la guerra se habría decidido en la noche que nos ocupa, la del 19 al 20 de Febrero. El desaliento de los franceses era muy profundo, pero aquel puñado de españoles podía ser aniquilado en el momento que la primera luz del día descubriera al enemigo su número y audacia. El virey y los demás jefes, creyendo observar preparativos y ruido extraordinario en el campo francés, hicieron tocar una trompeta que era la señal convenida con Pescara, para que se retirase al oirla, y tan prudente como denodado regresó al campamento con los suyos lleno de gloria y de botín.

Tan terrible sorpresa quebrantó mucho los bríos del

enemigo; algunos historiadores hacen subir su pérdida á dos mil hombres, y otros más moderados á quinientos. De los vencedores sólo murió un soldado que cayó en una cisterna. Dicen que era tanto el empeño de muchos en buscar la tienda del rey de Francia, que con la gran prisa que traían dejaban de herir y matar á muchos señores y caballeros, esperando la ventura de tan alta presa; pero no adelantaron nada porque el rey estaba muy desviado de allí, en el palacio de Mirabello.

Previnieronse para lo sucesivo los franceses, sin poder evitar que á su pesar se repitiesen las alarmas nocturnas, y mandó el monarca reforzar las fortificaciones, decidiendo excusar la batalla, fundando su esperanza en que la falta de víveres y dinero se haría sentir tan imperiosamente en Pavía, como en el ejército del emperador.

Llegó en efecto allí á ser tal la escasez, que no sólo faltaba lo necesario para la vida, al soldado, sinó que tampoco tenía por donde pudiese venir, y andaban famélicos y sin fuerza. Era en vano mandar grandes partidas con jefes experimentados para que trajesen que comer; todo estaba agotado en los alrededores; la guerra había hecho huir lejos á la mayor parte de los habitantes, y regresaban las tropas desfallecidas, de los campos y aldeas, llenas de cansancio y sin haber hallado una res. Recibía con ímprobo trabajo cada soldado un pequeño panecillo, que hasta llegó á faltar en los últimos días; el ejército imperial se redujo á la mitad de su efectivo con las partidas y dispersion que hubo de hacerse para el racionamiento, apesar de hallarse en la abundante Lombardía, considerada como el granero de Italia.

Viendo Lannoy que pasaba el tiempo y tan peligrosa situación era insostenible, decidió celebrar consejo con sus capitanes. Allí se oyeron pareceres diversos, unos proponían ir á Crèmona, donde pensaban hallar provisiones y recursos, quien opinaba era mejor dirigirse á Milan, que pensaban recuperar por un golpe de mano, finalmente, otros deseaban marchar sobre Nápoles, á batir los diez mil franceses, mandados allá por el rey Francisco, con el duque de Albania.

El marqués de Pescara acudió á los recursos de su oratoria, que tan buen resultado habían tenido en otras ocasiones. Doliéndose de aquella diversidad de opiniones en tal asunto que á todos interesaba, les dijo considerasen que todo estaba contra el emperador, pero le quedaba el valor de sus soldados; todo su poder no basta para proporcionaros un bocado de pán, pero en el campo francés reina la abundancia, allí todo sobra, miéntas aquí falta hasta lo preciso; si nos retiramos, la escasez será mayor por el desprestigio que esto nos ocasionaría; por tanto, si quereis honra y fama, si deseais alimento y ambicionais botin, en frente los teneis, ataquemos sus posiciones, y sepa yo de una vez lo que decidís y el partido que debemos tomar, pues éste es el que dicta el honor de nuestras armas. «No haya dilacion y marchemos al enemigo», dijeron todos rebotando entusiasmo; «dad al punto vuestras órdenes que todos moriremos, si es preciso, en la demanda, y ved que ya nos parece un siglo cada instante que tardamos en medir nuestro brío con el de los franceses.» Aunque Pescara no era el jefe, entónces se le confirió el mando para desarrollar su plan, y los resortes del ejér-

cito se movieron á su voz; sin embargo, la batalla parece fué mandada por igual entre los tres caudillos, ayudándole Lannoy y el duque de Borbon; esto sucedió así, pues segun consta en las crónicas, aquella misma noche se dieron órdenes á todos los cuarteles que constituían el ejército, sobre la manera de combatir al siguiente dia, siendo notables estas disposiciones. «Todos se sacarían la camisa poniéndosela sobre el uniforme; los que tuvieren más de una darían las otras á los alemanes, que muchos no tenían, y si no alcanzaban que hiciesen con lienzos de sábanas ó tela de las tiendas, un jubon ó capotillo blanco, enfundándose tambien los sombreros y cascos con tela, y á falta de ésta con papel del mismo color, para ser más conocidos durante el combate, presumiendo que este empezaría de noche; «sobre las camisas debían llevar las bandas encarnadas distintivo de los imperiales, pues los del rey las llevaban blancas. Sobre el traje de los jefes, y divisas de los caudillos, hay la relacion de un testigo presencial por demás curiosa, de la cual tomamos este corto párrafo. «Las camisas, dice, iban cogidas las mangas sobre el codo, y las haldas á las cinturas, y todos con bandas de tafetan colorado sobre las camisas, la infantería alemana llevaba sobre el coselete é camisa una capilla de fraile franciscano, de que mucho reían el visorey é aquellos señores.» «El dicho visorey iba muy bien armado con unas armas doradas y blancas; en el almete un penacho muy hermoso colorado y amarillo, llevaba un sayo de brocado é raso carmesí muy lucido, sobre un caballo ruano muy bien encubertado é todo de la misma divisa. El señor Hernando Alarcon iba bien armado, con

una sobrevestas de terciopelo negro, sin otra divisa ninguna. El marqués de Civita de Santangelo llevaba sobre la armadura un sayo carmesí pelo y los paramentos del caballo lo mismo. El duque de Borbon tenía puesto un sayo de brocado, sobre un fuerte arnés blanco, sin otra divisa ninguna. El marqués del Vasto, uno de los más apuestos caballeros que en nuestro tiempo fué visto, iba armado de unas armas de vevos azules, doradas y muy labradas; una pluma muy hermosa blanca y encarnada en el almete y un sayo de tela de plata, montando un caballo castaño, y sobre la armadura una camisa muy rica con un collar de muchas piedras y perlas, y por último el marqués de Pescara iba armado de una celada borgoñona y sobre un hermoso caballo tordillo que llamaba el mantuano, no llevaba otra divisa sino la comun y unas calzas de grana, jubon carmesí raso, con una rica camisa de oro y perlas» (...) Se ordenó también por el marqués de Pescara que á las once de la noche se prendiese fuego á todas las tiendas y barracas que constituían el campo, á fin de ver si los franceses, suponiendo que huían, abandonaban los atrincheramientos para perseguirles.

También ordenó que se formase á media noche el ejército con el mayor sigilo, y desde que oscureció hasta dicha hora lo emplearon los soldados católicos en confesarse muy devotamente con los capellanes de las compañías, despidiéronse unos de otros, abrazándose por si no volvían más á verse, é hicieron multitud de encargos á los amigos para que noticiasen su suerte á las familias ausentes si sucumbían en la lucha; hasta el capitán Alonso Córdoba se casó aquella noche con una mujer que le se-

guía en el ejército, con la que hacía tiempo estaba amanecado y de la cual tenía dos hijos. El demás tiempo se invirtió, hasta la hora de formar, en colocar las camisas y arreglar el uniforme, según la orden que se había dado.

A la media noche se movió el campo de los imperiales con dirección al parque, que estaba á una milla de donde tenían su asiento. Llegados allí se detuvieron hasta que se derribase parte de la tapia, para proporcionar la entrada, no queriendo dirigirse á las puertas porque suponían debían estar guardadas; según dice el arcabucero Cereceda, la operación se llevó á cabo «por los que llevaban la impreña y vaivenes (sic) que son unos maderos de grueso de un delgado hombre, con unas cuerdas de donde se asen ocho ó diez soldados, y dan en el muro con el un cabo del madero, el cual está ferrado, y ésto sirve para una delgada muralla tanto y más que la artillería; el muro del parque es alto como dos veces la estatura de un hombre», y todo él está fabricado de ladrillos; la fértil campiña de dentro era hecha para la caza y recreo de los duques de Milan. La obra fué larga y no terminó hasta un poco antes de amanecer, dejando practicadas dos grandes brechas en la tapia, por cuyo sitio debía entrar el ejército para atacar á los franceses, si no se decidían á abandonar las posiciones, lo que no verificaron aunque debía sentirse el derribo del muro en el silencio de la noche, siendo mucho el abandono en que estaban, pues no tenían guardada la cerca; es verdad que Pescara, por su parte, en seguida que anocheció, dispuso que se flanqueasen con grandes guardias los lados del ejército, formando una red de seguridad puesta con gran cuida-

do, para que los franceses no pudieran informarse de lo que en nuestro campo pasaba; para este delicado servicio empleó tres capitanes de confianza, que fueron Luís de Viacampo, Herrero y Gayoso, hombres muy diestros en la guerra y diligentes, que con sus compañías impidieron toda comunicacion entre las fuerzas de ambos campos, y no pudo pasar ningun espía. No disculpa esto la falta de vigilancia, imprudente abandono y excesiva confianza de los contrarios, no guardando todo el muro del parque, y consiguiendo que los imperiales lograran su intento, al derribar lo que necesitaron sin resistencia alguna, y destinando las dos brechas practicadas una al paso de la infantería y la otra para el de la caballería y artillería.

El plan de Pescara consistía en cortar la línea de los franceses, aislando sus dos brazos principales y quebrantándolos sucesivamente. Para lograr esto precisaba apoderarse de la casa-palacio de Mirabello y penetrar, por consiguiente, dentro del parque con el grueso del ejército; hábil, pero audaz maniobra, que si no se realizaba completamente, los imperiales quedarían privados de su línea de retirada, aconchados sobre los muros de la ciudad, precisados á entregarse ó á morir de hambre. Nadie pensó en tal eventualidad, y todos al contrario esperaban con impaciencia que luciese el sol del nuevo dia para que fuese testigo del combate que había de proporcionar á España, una de las más brillantes páginas que registran sus anales.

Aquella noche fué enviado por Pescara un emisario á Pavía, de cuya comision se encargó un oficial del ejército,

que, disfrazado con la banda blanca, se introdujo en el campo enemigo, logrando con grande exposicion y trabajo, prevenir á Leiva, con un escrito del marqués, que secundara al ejército, durante la batalla, cuando encontrase ocasion oportuna, y con esto formaron dispuestos á combatir con los de dentro de la poblacion, contribuyendo como pudieron al triunfo, apesar de los muchos obstáculos, reparos y fortificaciones que los franceses habian establecido entre la plaza y su campo.

Avisado el rey Francisco del fuego de las hogueras, ruido y movimiento de tropas observado desde su campo, hubiera querido lanzarse al combate al momento; pero temiendo caer en alguna emboscada, dijo á sus compañeros:

«Ya huyen los imperiales, sin duda alguna: preparad vuestras armas y ordenad la gente para salir á perseguirlos en seguida que amanezca, y no hemos de descansar hasta desbaratarlos completamente y arrojarlos fuera de Milan.» Segun esta órden del soberano, se batieron y recogieron las tiendas y el ejército real formó, replegándose todas las avanzadas al abrigo de su campo atrincherado, dispuesto á ejecutar la voluntad de su jefe, terminando sus preparativos de combate la primera luz del nuevo dia.

III

BATALLA DE PAVIA

PRISION DEL REY FRANCISCO I

(24 D^E FEBRERO DE 1525.)

No doraban todavía los rayos del sol naciente las alturas inmediatas de aquel que iba á ser teatro de una lucha de titanes, cuando el ejército imperial empezó á desfilarse por las brechas practicadas en las tapias del parque con la intencion manifiesta de dirigirse á la casa de Mirabello, lo que conocido por los franceses, enfilaron seguidamente tanto á las brechas como á las tropas que habían ya entrado, las cincuenta piezas de artillería que poseían y que fué colocada delante del ejército sobre los parapetos, bastiones y trincheras de tierra que rodeaban el campamento y les servían de resguardo. Comprendiendo Francisco I que se disponían á atacarle, creyó prudente permanecer á cubierto detrás de sus líneas fortificadas; pero contando con el efecto que iba á producir el fuego de sus terribles piezas sobre los imperiales que entraban en el parque, dió orden al duque de Alenzon, que mandaba la vanguardia, de estar preparado con las cuatrocientas lanzas y cinco mil suizos de que se componía, para marchar por la izquierda enemiga cortando su línea por el punto más débil, y tomar al propio tiempo la muralla de la derecha del parque para impedirle la retirada por

allí: no pasó mucho tiempo sin que se decidiese marchara para llevar á término tan acertada operacion.

El ejército imperial iba en el orden siguiente: tres mil hombres alemanes y españoles con el marqués del Vasto, con orden de tomar la casa de Mirabello, que estaba algo desviada de la posicion ocupada entónces por el enemigo, á vanguardia; Hernando de Alarcon con doscientas lanzas; la segunda escuadra ó division del ejército se componía sólo de infantes españoles, en número de cinco mil, con el marqués de Pescara; marchaban luego dos divisiones á pié, de seis mil alemanes cada una, mandadas por el virey y el duque de Borbon; con mil lanzas y la caballería ligera en ambos flancos, de la que se habían formado dos divisiones, siendo cuatro las de infantería en total y dos las de á caballo; la última alemana iba dirigida por Jorge Trousberg, su coronel, y tras él cuatro piezas de artillería y el bagaje, escoltando y protegiendo ambas cosas los dos mil italianos, mandados por sus capitanes Cesaro, Papapode y otros, llevando por jefe principal al marqués de Civita de Santangelo. Las dos piezas de artillería restantes iban de vanguardia con los españoles mandados por Pescara.

El coronel alemán Euzar dirigía la caballería ligera por los flancos, siendo tanto lo que disparaba la contraria artillería que toda la gente de á pié tuvo que echarse en el suelo durante algunos momentos, y para avanzar lo hacían aprovechando las desigualdades del terreno y á toda carrera; pero la caballería recibía mayor daño, pues sus individuos no podían cubrirse sinó muy rara vez.

Los alemanes se quejaban de morir tan sin provecho, lo cual su coronel Jorge Tousberg pasó alentándoles, y para enardecer su valor les dijo que los españoles habían jurado morir mil veces antes de perder ningun punto de la honra ganada y confiaba que ellos harían lo mismo; todos contestaron alzando las manos, prometiendo demostrar su arrojo y «fincada la rodilla en tierra metiendo y sacando sus espadas en las cintas cuanto un palmo por las reconocer; cada uno por sí tomaba un puñado de tierra con su propia mano y la echaba atrás de sus espaldas, dando á entender de ganar honra ó quedar es fechos tierra en el propio lugar.»

Con mucha prontitud, tratando de evitar el desorden de sus gentes antes que los dos ejércitos se juntasen, pasó Pescara con los españoles el Vernachia, riachuelo que cerca de Mirabello corría, y se apoderó con poca resistencia de la casa-palacio de este nombre, situando los dos cañones que había podido llevar consigo en una próxima colina; aprovechando una ondulaciou del terreno, para poner á cubierto á todos sus infantes y aguardar allí al grueso del enemigo, que todavía no había salido de sus posiciones. Grande fué el saco que dieron y botin que aprovecharon allí los españoles, pues encontraron el palacio de Mirabello lleno de mercaderes y comerciantes ambulantes de los que seguían al ejército enemigo.

Formado éste tras sus trincheras, presentaba un aspecto fiero y amenazador; en él se hallaba su rey Francisco dispuesto á lanzarse á la pelea cuando viese oportunidad, acompañado de los príncipes de Escocia y de Navarra, de Bonivert, La Paliza, Tremouillié, el virey de

Borgoña y otros caudillos ilustres y valientes veteranos coronados muchas veces por el laurel de la victoria, todos tan aderezados de brillantes armaduras, lujosos penachos y atavíos, que lo de los nuestros era una cosa muy pobre, en comparacion, y parecía tan numeroso, dice un testigo presencial, que pareció estar allí todo el mundo junto. Su fuerza debería ser de treinta y cinco á cuarenta mil combatientes, segun consta de la distribucion de tropas, que se hizo de este modo.

A las inmediatas órdenes del rey iban dos mil lanzas, y con ellas los capitanes más ilustres de su corte, además de esta excelente gendarmería francesa formaban el cuerpo de batalla, catorce mil alemanes, llamados «las bandas negras», gente valerosa, reputada por invencible, respetada y temida por amigos y enemigos. Diez mil infantes suizos, cinco mil italianos auxiliares y otros cinco mil franceses ó francopines completando las fuerzas de batalla; á esto había que añadir otro cuerpo formado por dos ó tres mil infantes y alguna caballería ligera, que observaba á los cercados en Pavía, é iba pronto á quedar aislado merced á una atrevida maniobra que por toda la batalla le había de separar del resto del ejército.

Las cuatrocientas lanzas y cinco mil suizos, dirigidos por Alenzon, marchaban entretanto ocultos por una alamedilla de espesos árboles á apoderarse de las brechas por donde había entrado en el parque el ejército imperial, con el fin de tomarle por la espalda. Al cortar para dirigirse á dicho sitio, con el objeto de efectuar su movimiento envolvente, se encontraron á la infantería italiana de la retaguardia imperial muy embarazada con el

bagaje, y especialmente con los cuatro cañones que traían, que no podían hacer salir del húmedo terreno por donde iban entónces; empeñóse desde luego un combate encarnizado en el que Alenzon tenía grandes probabilidades de vencer, atendida la desproporción de fuerzas; pero los italianos, animados por Juan de Aldana, su coronel, y los capitanes Cesaro y Papapode se portaron bizarramente, y aquellos dos mil valientes rechazaron por tres veces la furiosa embestida de sus contrarios, hasta que acometidos por cuarta vez con sin igual pujanza, oprimidos por todas partes, se vieron forzados á ceder al número y se dispersaron, huyendo á buscar entre las otras tropas del ejército su salvación, perseguidos y acuchillados por la caballería, en tanto que los suizos vencedores vuelven hácia los imperiales las bocas de sus cuatro piezas, de las cuales se habían apoderado.

La ventaja adquirida era grande y toda de los franceses; este primer desastre al empezar la lucha hubiera sido causa de la ruína y destrucción de los imperiales, si los contrarios hubieran proseguido su movimiento envolvente auxiliados por otras fuerzas; pero como el refuerzo no llegó, y aquellas tropas se hallaban bastante maltratadas por la tenaz resistencia que tuvieron que vencer, decidió Alenzon retirarse con ellas del combate, para organizarse á retaguardia del ejército; operación que efectuó sin ser perseguido, pero quedando luego reducido á proteger la artillería, sin volver más á la lucha, salvándose luego gracias á esto, como veremos más adelante.

La casa de Mirabello que habían tomado los españoles era una buena posición y estaba rodeada de un foso de

agua; sin embargo, Pescara no quiso fortificarse en ella y mandó romper el fuego á las dos piezas que se habían colocado en la próxima eminencia, pero sólo pudieron hacer un disparo cada una, porque habiéndose asustado las yeguas que conducían las municiones huyeron sin que fuera posible detenerlas; todo empezaba mal para los imperiales; pero queriendo Pescara inflamar el valor de los españoles, les dijo: «Soldados, me han dicho que el rey de Francia ha prevenido en su ejército que no dejen español con vida, bajo pena quien tal haga, de perder la suya; sin duda creen que tenemos las manos atadas, y es preciso les demostremos que nuestro brazo sabe manejar el acero y vencerles.» Sus tropas, al oír esto, prometieron no rendirse y morir antes que pedir cuartel, no dándolo tampoco, lo que ensangrentó quizás demasiado la victoria, pero sirvió para acrecentar la furia española, que era lo que deseaba y consiguió Pescara.

La derecha imperial rompió el fuego de arcabuz corriéndose en aquella dirección, cuya operación era de la mayor importancia, porque tenía por objeto separar el cuerpo de observación, de que antes se habló, del resto del ejército, tomando el grueso de éste por su flanco izquierdo y cogiendo también de costado parte de la numerosa artillería que tenían y que vomitaba sin cesar en sus filas el exterminio y la muerte.

Hasta entonces la suerte había sido fatal para los imperiales; pero el valor frío y sereno de Pescara, la retirada imprudente del duque de Alenzon con sus tropas y la temeraria ligereza del rey de Francia, cambiaron el aspecto de las cosas. El virey Lannoy, que se hallaba pró-

ximo al lugar de la derrota de los italianos y observó con este desastre la pérdida de la artillería, creyó que ya no había solución posible, y envió á decir á Pescara que se atrincherase en Mirabello como mejor pudiese, atrayendo sobre sí el ataque de los franceses, pues allí se replegarían, tanto el resto del ejército como los dispersos italianos. No era prudente semejante consejo, porque las piezas de artillería francesa, hubieran pulverizado pronto la casa y atrincheramientos que se construyesen, destruyendo igualmente al ejército allí reconcentrado, y de no suceder esto, encerradas las tropas dentro de un círculo de hierro, hubiesen muerto de hambre ó tenídose que rendir á merced del vencedor. Teniendo esto presente, Pescara contestó en alta voz para que sus tropas le oyesen: «Una vez sacada la espada, sólo nos resta ya morir ó vencer; decid al virey que ataque con su caballería á la francesa, y que confíe en que Dios y nuestro esfuerzo nos han de dar la victoria.» Este hecho lo negó siempre Pescara en sus cartas al emperador, sin duda por no quitar la gloria á su compañero Lannoy, diciendo en ellas que su ataque lo verificó de órden de éste, pero las relaciones de testigos lo refieren como hemos manifestado.

Noticioso en tanto Francisco I del destrozo causado por el duque de Alenzon entre los imperiales, observando el que su artillería hacía en las filas contrarias que acribillaba á cañonazos, de los cuales no podían librarse ni la retaguardia ni el cuerpo de batalla, y tomando por huída desordenada, el paso por un pliegue del terreno que por estar muy al descubierto lo verificaban á la carrera, exclamó lleno de entusiasmo: ¡ les voilà qui fuient!

¡chargeons! ¡helos ahí que huyen! ¡carguemos!

Y todos los cortesanos, caballeros y gendarmes, los italianos, alemanes y suizos, salen de las trincheras en el mayor desorden y colocándose para atacar delante de su artillería, queda ésta por completo anulada y obligada á cesar su mortífero fuego; en tanto que las piezas de gran calibre de Antonio de Leiva rompen el suyo desde Pavía, cogiendo por retaguardia á los suizos, aumentando su confusion la posicion y alcance de ellas, desconocida hasta entónces, pues sus tiros certeros partían de un *caballero* que habia hecho construir en el castillo para que dominara y barriese sin estorbo el terreno comprendido en aquella parte detrás de la tapia del parque.

Los españoles, dispuestos ya para el combate, se lanzaron con más orden é igual intrepidez á recibir la furiosa embestida de los escuadrones reales, cuyo movimiento lo siguieron Lannoy y Borbon con el cuerpo de batalla y Hernando de Alarcon con la vanguardia, oyéndose de allí á poco confiadamente y en campo abierto los gritos de ¡victoria! ¡victoria! ¡Francia! ¡Francia! seguidos de una carga impetuosa de la gendarmería y la nobleza, rechazada con vigor, y en la cual D. Francisco de Castrionte marqués de Civita Santangelo, salió contra el rey de Francia en cuanto le reconoció, acometiéndole con tan mala suerte, que recibió de manos del mismo rey una tremenda estocada por la visera del casco que llevaba alzada, y cargando sobre él los demás caballeros que le acompañaban «le dieron, dice el cronista, tantas heridas, que luego murió.»

«Jamás llegaron á las manos dos ejércitos con mayor

furor, dice Robertson, nunca se vieron soldados animados por la rivalidad, por antipatía nacional, por odio y por cuantas pasiones son capaces de llevar el valor hasta su mayor grado. Por una parte un soberano jóven y valiente apoyado por una nobleza generosa, seguido de súbditos cuyo ímpetu aumentaba la indignacion que les producía tan constante resistencia. Véase por otra parte un ejército mejor disciplinado, dirigido por más expertos generales, que luchaba por necesidad con aquella rabia que la desesperacion inspira. Los imperiales no pudieron, sin embargo, resistir el primer esfuerzo del valor francés, y sus más firmes batallones empezaron á ceder, mas la fortuna cambió bien pronto de cara.»

El marqués de Pescara viendo venir por su frente un numeroso cuerpo de tropas, dijo á sus soldados: «Ea, mis leones de España, hoy es el día de matar esa hambre de honra que siempre tuvisteis, y para esto os ha traído Dios esa multitud de pécoras en que os cebeis. Mirad que aquel escuadron que algo lejos viene hacia acá, me parece que es la gente de Pavía, que con el mismo deseo de ganar honra ha salido y viene á juntarse con nosotros; por tanto marchemos á recibirlos y juntos podemos volver sobre la mano izquierda y entrar por los enemigos.» Marcharon en efecto, pero aquellos eran no los de Pavía, sinó los alemanes de las bandas negras al servicio de la Francia, que los recibieron con una descarga cerrada, pero como volviesen las espaldas para retirarse y cargar segun la costumbre que tenían, dió Pescara la voz de «¡que huyen! ¡Santiago y á ellos!» y no

les dejaron tiempo para volver cara y rehacerse, dispersándolos y haciendo en ellos una matanza horrible: los tambores y trompetas tocaban ataque ó arma, como entónces se decía, y se batían todos con determinado ánimo como si fueran leones furiosos, pospuesto todo el temor de las vidas y poniendo en sus manos el remedio de su honra.

En tanto, los alemanes del emperador trabaron un encarnizado combate con los suizos (esguizaros), y una parte de los españoles figurando atacar á otras tropas enemigas vuelven oportunamente sobre su costado izquierdo y los cogen de flanco, poniéndolos en derrota y desordenando á las demás tropas que venían en su auxilio, con la eficaz ayuda de la artillería de la plaza que los cañoneaba por la espalda desde el caballero mencionado.

Por ambos lados se peleaba con gran bravura, cuando el marqués de Pescara se dirigió al centro de la línea donde con ímpetu irresistible había cargado el rey Francisco, sosteniéndose los alemanes con sus largas picas, con las que les recibieron del modo más firme. Revolvieronse con más brío contra sus apretadas líneas; pero entónces Pescara echó mano de todas sus reservas, empleando hasta el último hombre en el combate, y mandando á su caballería contra la francesa con varios pelotones pequeños de quince á veinte arcabuceros intercalados entre las filas de los escuadrones, que pronto se diseminaron en la lucha. El duque de Borbon, que se hallaba á la izquierda de la línea peleaba con gran furor, como hombre que animado por un odio de tanto tiempo veía llegada la ocasion de su venganza. Como las tropas

imperiales peleaban mezcladas con las francesas y el número de éstas era mayor, dispuso Pescara se destacara por su derecha una banda de trescientos arcabuceros, que empezaron haciendo pronunciarse ya abiertamente en retirada á los suizos, muy quebrantados, que en aquel día olvidaron la reputacion que su país se había granjeado por su denuedo y fidelidad, y desampararon cobardemente su puesto los primeros, para no volver más á él en lo sucesivo.

Los arcabuceros interpolados con la caballería hacían mucho daño al enemigo con el fuego de sus mósquetes, porque á pesar de estar todos mezclados en la pelea se reconocían muy bien los franceses, por no tener la camisa sobre el uniforme, y sólo disparaban á los que carecían de esta divisa. En una de las cargas mataron su caballo al señor de la Paliza, caballero anciano muy estimado, que entregó su espada al capitán de arcabuceros Chuchar, pero luego un arcubero le mató de un tiro, ignorando, tal vez, que se había rendido.

Los otros arcabuceros destacados en el flanco se portaron también admirablemente, y como los que se interpolaron con la caballería, en cuanto distinguían la cruz ó banda blanca, ó caballero sin camisa sobre la armadura daban con él en tierra.

Los suizos en su retirada arrastraron también algunos alemanes de los vencidos por Pescara, con los que, según la crónica, «tomando por más seguros los piés para huir que las manos para se defender, se pusieron en huida» persiguiéndoles ya Leiva que saliendo de la plaza con unos mil hombres, les acometieron como gentes que ha-

bían estado presos y cercados por tan largo tiempo, con sin igual brío, marchando tras ellos á cortar un puente próximo que había sobre el Tesino, á fin de impedir la retirada y que ninguno lograrse su salvacion en la huida; esto no pudo evitarlo el cuerpo de observacion de que se habló al principio, porque el desórden se introdujo en él, haciéndose general á la llegada de los suizos y alemanes, con los que se mezcló, y seguido de cerca por los imperiales que se unieron á las fuerzas salidas de la plaza, creyeron, aunque en vano. encontrar su salvacion en la fuga, porque muchos se arrojaron al rio, otros eran alcanzados y muertos, y los ménos pudieron salvarse ganando la opuesta orilla. antes que el puente fuera cortado. Los trescientos arcabuceros destacados, marcharon contra la artillería contraria que estaba guardada por el duque de Alenzon con doscientas lanzas y cuatro mil infantes, dispersándose por medio de ella, consiguiendo bien poco los hombres de armas que quisieron acuchillarles, porque cubiertos con el terreno los mataban y herían, hasta que lograron hacerles retirar, y entónces avanzando á las piezas se las tomaron á los artilleros que las defendían, matando é hiriendo muchos y desjarretando los caballos de tiro, de los que algunos se hallaban ya enganchados á las piezas para cambiarlas de posicion. Alenzon avanza á defenderlas con su gente y los arcabuceros se vieron obligados á retroceder á corta distancia, haciendo fuego; trató entónces el duque de que pasaran las piezas de artillería un foso de agua, que estaba próximo, para que las pusieran sobre una altura que había del otro lado del arroyo, desde donde podían

utilizarla por dominar algunos puntos del combate, pero como los caballos se habían desjarretado no pudieron moverla, perdiéndolas definitivamente poco después, porque los arcabuceros se fueron acercando, y tomándolas de nuevo, las mismas piezas les sirvieron como obstáculos y parapetos contra los hombres de armas, que quedaron para defenderlas, y á caballo no podían volverse entre ellas sufriendo mucho con el fuego que les hacían desparramados detrás de estos abrigos; luego, Alenzon, empeñado en su defensa mandó tambien mucha arcabucería, pero nada pudieron conseguir; y observando el estado de la batalla, lo difícil que le era rescatar la artillería de que se habían apoderado los arcabuceros, que los suizos y algunos otros iban huyendo derrotados, y Lannoy con su gente, llevaba la mejor parte, segun desde allá se distinguía, haciendo gran matanza con su caballería en la francesa que daba muestras de ceder el campo; mientras los capitanes Córdoba y Ripalda con sus doscientos arcabuceros metidos entre la caballería imperial traían á los franceses aterrados, creyendo con sobrada razon, que la batalla se había perdido, pensó en salvarse con su gente, y ordenó la retirada marchando primero los infantes y quedándose él mismo con las lanzas para ir la cubriendo y contener al enemigo, cosa que no podía conseguir del todo, porque los arcabuceros que le tomaron la artillería le seguían ya reforzados con otras tropas muy de cerca, y le causaban muchas bajas en la escogida gente que formaba la retaguardia; logró á pesar de todo, salvarse por el puente que defendió el capitán Guevara, español desnaturalizado, al servicio de

los franceses. En esto, los arcabuceros que sostenían á la caballería imperial, doblando la rodilla y teniendo cada uno cuatro ó cinco balas, para cargar con más facilidad, abrian brecha en las espesas filas de los alemanes enemigos, cuyas largas picas nada podían contra tan ágiles é intrépidos adversarios. Estos sostuvieron su reputacion de intrépidos sufriendo por largo tiempo el fuego de la arcabuceria; pero viendo que se les exponía á grandes pérdidas, hicieron un movimiento de flanco, queriendo arrollar la derecha enemiga. Lannoy, Borbon, Alarcon y los demás capitanes combaten con bizarría, haciendo cada cual cejar á la hueste que tiene delante. Diesbach, el jefe de los suizos, que no quiso seguirles en su retirada, buscó y halló la muerte en medio de las filas imperiales; y Montmorency, que mandaba una de las alas del ejército francés fué hecho prisionero.

En aquellos decisivos momentos circula entre los españoles la voz de que ha muerto el marqués de Pescara; los soldados, que le idolatraban, se poseen de un furor tan impetuoso, que cargando con la mayor rabia á los alemanes y franceses, acaban por desordenar sus filas, de entre las cuales salió cubierto de sangre y polvo, herido en el rostro y la mano derecha, el dicho marqués, que creía además estarlo mortalmente, porque aún sentía caliente, entre el vestido y la carne, una bala de arcabuz que le había atravesado el coselete. En sus armas conoíanse muchas mellas de alabardas y picas, y su caballo volvía acribillado de cuchilladas y pinchazos, casi exánime y atravesado por dos partes: «¡oh Mantuano, exclamaba, daría mil ducados por salvarte la vida!» pero el

caballo murió poco después de expresar su dueño este deseo. El valor del marqués había superado los límites de la prudencia; mas á pesar de sus heridas montó en otro caballo, arengó aún á los suyos, y recogiendo los arcabuceros que andaban dispersos lanzóse con ellos de nuevo á la pelea.

Como ya hemos dicho, Antonio de Leiva había logrado deshacer á los italianos que le observaban, acometiéndoles con las fuerzas que sacó de Pavía y persiguiendo con ellas á los fugitivos, de suerte que el combate sólo se mantenía ya en el centro en que se hallaba el rey Francisco, y con él sus caballeros, nobles y generales, que hasta última hora estuvieron peleando y contribuyeron á formar con sus propios cuerpos el inmenso monton de cadáveres que se reunió al rededor del rey. Sus más famosos capitanes Tounerre, Bussi d'Amboise y su favorito, el almirante Bonivet, yacían cadáveres, siendo el último el autor ó causa de esta gran calamidad y desastre terrible, y el único cuya muerte no fué sentida. El grito de ¡victoria! fuerte y tremendo, resonaba por todo el campo, recorriendo como un huracan las huestes imperiales; por todas partes se había roto la línea francesa, y el ejército enemigo huía despavorido, arrojando las armas con que no supieron defenderse, y buscando la muerte en las turbulentas aguas del Tesino, cuyos puentes no existían para darles paso.

La matanza fué terrible y sin cuartel en las primeras horas del combate; pero aunque luego les ofrecían á grandes voces las vidas, el miedo cerraba los oídos de los derrotados, y las espumosas aguas de aquel rio, que fué

tambien testigo de una de las batallas más sangrientas de la antigüedad, envolvieron como entónces armas, caballos y hombres en confuso tropel. Algunos, aunque pocos, lograron escapar por el puente que defendió Guevara; otros tomaban el camino de Milan, y extenuados, en el mayor abatimiento y debilidad, eran víctimas hasta de los paisanos y mujeres, campesinos de las cercanías, que se ensañaban en estas débiles y miserables reliquias de aquel fuerte y florido ejército á quien antes trataban como amigo, respetaban y temían. Así cambia la fortuna en un momento la opinion de los villanos.

Cuando todos los valientes campeones que rodeaban al rey de Francia fueron sucumbiendo uno por uno, exclamó éste: «¡Ni siquiera me queda un amigo, para que pueda unir á la suya mi espada!» y volviendo las riendas á su caballo, trató de dirigirse á un portillo hecho en el muro del Parque para buscar la orilla del Tesino, pero halló en él al capitan de arcabuceros Quesada, dispuesto á interrumpirle el paso, por lo cual quiso marchar á otro punto; mas al dirigir de nuevo á su caballo, que ya tenía muchas heridas, recibió éste un balazo de arcabuz, y cayendo en tierra de costado, se cogió el rey una pierna debajo de su corcel de batalla, que oprimida entre éste y el terreno no le fué posible sacar por más esfuerzos que hizo para conseguirlo; llegóse á él en seguida un hombre de armas vizcaíno, llamado Jumes, Juanes ó Juan de Urbietta, vasallo de don Hugo de Moncada, que poniéndole el estoque entre las junturas de su armadura, le dijo que se rindiera. Viéndose el rey en tal peligro, le gritó: «¡La vida, que soy el rey de Francia!» Aunque di-

cho en francés, lo entendió el vizcaíno, y repitiéndole otra vez que se rindiese, dijo el rey: «¡Yo me rindo al emperador!» Pidióle luego la libertad de su señor y el rey se la prometió. En esto alzó los ojos Urbieta y vió cerca de allí al alférez de su compañía rodeado de varios franceses que se batían contra él con la desesperacion que la rabia inspira, y estaba en gran peligro de perder el estandarte; acordóse de sus deberes de soldado y marchó á socorrerle sin pedir prenda de rendido al soberano; sin embargo, le dijo: «¡Si sois el rey de Francia, hacedme merced de acordaros de que he llegado á vos antes que nadie!» y respondióle que lo prometía; alzó el vizcaíno la visera del casco y le enseñó la dentadura para que viese era mellado por faltarle los dos dientes de delante en la parte superior, y dejándole aún en tierra con la pierna bajo su caballo le dijo: «En esta señal me reconoceréis» y marchó á socorer á su alférez. Aproximóse luego al rey otro hombre de armas llamado Diego de Ávila y le pidió que se rindiera, haciendo que le diese prenda en señal de ser su prisionero, y Francisco le dió un estoque que estaba teñido de sangre y una manopla. Apeóse de su caballo Diego de Ávila y procuraba sacarle de debajo del caballo, cuando se llegó allí otro hombre de armas gallego, llamado Pita da Veiga, el cual le ayudó á sacarle de tan molesta posicion, y al levantar al rey le tomó de los hombros la Órden de San Miguel, que con una cadena de oro llevaba pendiente del cuello, y era muy parecida al toison que usaba el emperador Carlos V. Por que le devolviese esta insignia, le ofreció el rey seis mil ducados, pero él sólo quiso traérsela al em-

perador, sin recibir allí del rey dinero ni promesas. Los tres españoles mencionados fueron los primeros que se acercaron, según dichos de los testigos presenciales y certificaciones que luego les firmó el monarca, que si bien al principio no le reconocieron, siempre supusieron, al acercarse á él, por su armadura y porte, que era un caballero de la mayor nobleza. Cuando supieron quién era le trataron con la mayor consideración, lo que no impidió se acercasen varios grupos de soldados alemanes y españoles, dando voces y accionando para quererle matar, sin que bastasen para defenderle con sus personas Diego de Ávila, Pita y Juan de Urbietta, pues algunos le apuntaban con el arcabuz; su existencia corría mucho peligro y quizás hubieran logrado matarle, si en aquel momento no hubiese llegado Pomperant, señor de la Motte, caballero francés, deudo, amigo, y parcial del duque de Borbon, con el cual había venido al servicio del emperador. Al reconocer al rey, dobló la rodilla y le quiso besar la mano, lo que Francisco no permitió, y poniéndose al lado del monarca contra quien se había rebelado, le protegió de la violencia de los soldados, aunque no en tales términos que pudiese impedir que como recuerdo ó reliquia no le quitasen algo de lo que traía sobre su persona; cuantos se hallaban cerca, unos quitaban trozos al yelmo y otros cortaban pedazos del sayo que vestía. La Motte le suplico que se rindiese al duque de Borbon, que no estaba muy lejos; pero Francisco, á pesar del peligro urgente que le rodeaba por todas partes rechazó con ira la proposición que envolvía humillación semejante, y antes que entregarse al vasallo trai-

dor hubiera preferido la muerte á manos de la soldadesca.

Llegaron luego á un lugar en que por casualidad se hallaba Lannoy y el rey se le rindió prisionero, entregando al virey la espada, Diego de Avila que junto á él venía al levantarse la visera del casco se le vió el rostro cubierto de sangre y todos creyeron estaba herido, pero no tenía sino dos leves contusiones en la cabeza, habiéndose puesto con la manop'a la sangre al tocarse para levantar la visera. El virey puso la rodilla en tierra para lavarse la mano, y desanvainó luego su espada que presentó á Francisco á cambio de la que éste había entregado al rendirse, diciéndole con mucha cortesía, que nunca podía permitir que un rey tan noble y poderoso permaneciera desarmado ante un vasallo del emperador; suplicándole la aceptase, á lo que aquel accedió; tambien tuvo que tomar el sayo de armas que el virey traía vestido, y se le proporcionó un caballo para que fuese montado y con la decencia debida.

Cuando se extendió en el campo la noticia de hallarse el rey prisionero, muchos caballeros franceses, de los que quizás hubieran podido ponerse en salvo se dieron á prision voluntariamente á los imperiales ofreciendo grandes rescates, y diciendo: «No quiera Dios, que nosotros volvamos sanos y salvos á Francia, quedando prisionero nuestro rey.» Todos los caballeros principales, jefes y generales del emperador fueron presentándose sucesivamente al regio prisionero, y por atencion hiucaron ante él la rodilla en tierra y le besaban la mano; recibiendo él con buen semblante al marqués de Pescara, al señor Hernando Alarcon, y al marqués del Vasto, manifestán-

dole que había tenido muchos deseos de conocerle, aún que no en aquella situación ni de semejante manera. El duque de Borbon, condestable de Francia, y su pariente, á pesar del implacable odio que le tenía, cuando le llegó su vez, respetando el valor y el infortunio de su antiguo señor, dobló ante él la rodilla diciéndole commovido: «Señor, si mi parecer se hubiese tomado en algunas cosas, no estaríais aquí prisionero después de perdida la batalla, ni la sangre más noble de Francia, se viera hoy derramada y pisada por los campos de Italia.» Pidióle luego la mano para besarla, pero el rey desentendiéndose de esto alzó los ojos al cielo, y le respondió con un gran suspiro: «¡Paciencia, duque, pues ventura falta!» y como la presencia de aquel hombre le hacía daño, observando Pescara que estaba muy afectado con la entrevista, rogó al duque de Borbon la terminase, y éste se retiró en seguida.

Caminaron después á Pavía, y durante su marcha oyó el rey los dichos de varios soldados que le hicieron reír algunas veces, notando el buen humor de todos, especialmente en los españoles, que le hacían olvidar momentáneamente su triste situación. «¡Vaya señor, le decía uno, que en semejantes trances se prueba el valor de los príncipes!» ¡Yo apuesto, decía otro, á que será mejor tratado por el emperador, que lo fuera el emperador en poder suyo!» «A bien, añadía un tercero, que ha caído en manos de la mejor gente del mundo y que todo lo ha de dar por bien empleado.» El rey preguntaba al señor de la Motte lo que querían decir, y cuando aquel le traducía estos dichos y ocurrencias se reía mucho de ellas. Tam

bien se cuenta que acercándose á él un arcabucero español le dijo: « Señor, sepa V. A. que ayer sabiendo que se daría la batalla, hice seis balas de plata y una de oro para mi arcabuz; las de plata para unos musiuers (sic) y la de oro para vos; creo que empleé las cuatro sin otras muchas de plomo que tiré á gente comun; no topé más musiuers y por eso sobraron dos; la de oro veisla aquí y agradecedme la voluntad de os dar la más honrosa muerte que á príncipe se haya dado. Mas, pues Dios no quiso que os viese en la batalla, tomadla para ayuda de vuestro rescate, que ocho ducados que es una onza pesa.» Se añade que el rey la tomó y dijo al soldado que le agradecía el buen deseo, y segun un testigo ocular «esto fué muy reído.» Hemos dado cabida á estas cosas por hallarse escritas en las relaciones é historias de aquella época, por más que parezcan algo inverosímiles.

Llegaron en esto á las puertas de Pavía, donde el rey detuvo su caballo y dirigiéndose al marqués de Pescara le dijo: «Ruégoos, marqués, que vos y estos caballeros me hagais placer de no meterme en la ciudad, que sería grande afrenta para mí no haberla podido tomar y meterme en ella preso.» Estas razones parecieron á todos muy justas, y se decidió aposentarle en un próximo convento fuera de los muros.

Dudábase á quién se daría á guardar la persona del monarca, porque habían contribuido á ganar la batalla y á su prision individuos de tres naciones. Pescara dijo, que siendo los españoles los que más bajas habían tenido con relacion á su número, habiéndose distinguido notablemente, y que eran tres soldados de esta nacion los

que le habían cogido prisionero; debería corresponder este honor á Hernando de Alarcon, valiente capitán español, jefe de doscientas lanzas de su nacion que había estado en vanguardia en el combate. «con esto, dijo, el emperador se considerará bien servido, su nacion orgullosa, satisfecha y agradecida, y todos nosotros honrados y seguros con semejante eleccion.»

Alojábase ya el ejército en el campamento que hasta entónces habían tenido los franceses ocupando y armando sus tiendas y barracas, preparándose á descansar de tan gloriosa jornada, cuando llegaron tres soldados españoles llamados Rui Gomez, Juan de Pernia y Cristóbal Cortesia, los cuales traían prisionero á Enrique de Albret, que se daba el título de rey de Navarra, á quien por largo tiempo habían seguido en la huída hasta que le alcanzaron consiguiendo se les rindiese. Presentóse tambien un campesino de las cercanías, pidiendo recompensa por haber dado muerte al príncipe de Escocia, en testimonio de lo cual enseñaba la rica cadena de oro que aquel acostumbraba á llevar al cuello. Averiguado el caso resultó que efectivamente, el infortunado príncipe había tomado en su fuga como guía al labriego, prometiéndole una brillante recompensa y hacer su fortuna si quería acompañarle á sus Estados, dándole en señal de cumplir su promesa aquella hermosa cadena. Prometió éste servirle y guiarle hasta salir del peligro y le condujo á un barranco cenagoso diciéndole lo atravesara tomándole á la grupa, y al hundirse allí su caballo hasta la cincha, le dió á traicion una tremenda cuchillada en la cabeza dejándole muerto en el acto; esto lo

vieron algunos soldados y paisanos, y enterado Lannoy de tan infame proceder le recompensó cumplidamente mandándole ahorcar; y enviando por el cuerpo del príncipe, le dispuso con gran solemnidad honrosas exequias en Pavía, á las que asistieron los caballeros y jefes del ejército así como los prisioneros de alta jerarquía.

Diez y ocho mil cadáveres cubrían el campo de batalla ó flotaban sobre las ensangrentadas aguas del Tesino; recogieronse por grandes haces los centenares de banderas del vencido enemigo, profusion de armas, caballos, efectos de guerra y un rico y cuantioso botin en dinero, alhajas, equipajes del ejército y de la nobleza; los imperiales en aquel dia se indemnizaron bien de las privaciones y escaseses que habian pasado.

Cuéntase que el capitan Pedro Fernández de Quesada, que fué herido al terminar la batalla y era uno de los que más se distinguieron, llevó á su pueblo, de la parte que le correspondió en el botin, varias telas de terciopelo azul oscuro sembradas de flor de lis de oro, y regalándolo á la villa de Segura de la Sierra, lugar de su nacimiento fronteriza entre los reinos de Toledo, Granada y Andalucía, lucieron en ella por largo tiempo frontales y otros ornamentos contruidos con aquellas telas. Al dia siguiente recibió el Rey en el convento donde estaba preso la visita de Antonio de Leiva, quien al besar su mano, oyó de boca del monarca prisionero los justísimos elogios que su brillante defensa merecía. Esta batalla fué para la Francia una de las más funestas y de peores resultados que registra su historia, porque sucumbió ó cayó prisionera en ella la flor de su nobleza con el rey y

sus mejores generales. Es verdad que sus fronteras quedaban intactas, gracias á que el emperador dió severas órdenes para impedir que aquel reino fuese invadido, cuya conducta no podía ser más generosa y noble, cuando ceñidos con el laurel de la victoria hubiera sido fácil á aquel ejército apoderarse de toda la Francia, privada de su rey, sin dinero en sus arcas, sin ejército y sin oficiales capaces de mandar, cercada por todas partes y creyéndose en vísperas de su total ruína. La pérdida material de la nacion no era quizás mucha, porque el ejército vencido estaba constituido en su mayor parte por los auxiliares alemanes, suizos é italianos, pero tambien perecieron muchos franceses y quedó prisionero el rey con la nobleza, cosa que significaba mucho en aquella época, pues donde se hallaba el rey allí tambien estaba la Francia, que de nuevo iba á verse esquilada con fuertes tributos hasta conseguir la libertad de su señor; el clero luchaba contra la reforma, las gentes del pueblo agobiadas con las contribuciones, y los destinos de aquella gran nacion se hallaban en manos de torpes favoritos y de una regenta caprichosa é inhábil. ¿Cuándo mejor ocasion para Carlos V si hubiese tenido los ambiciosos deseos que le suponen los historiadores extranjeros?

Los imperiales sólo perdieron en la batalla de seiscientos á setecientos hombres, y esto se atribuye á la buena direccion táctica del combate, pues los arcabuceros hacían mucho daño en los contrarios alejando el peligro de los de su bando, siendo indudable que el modo de usar las armas portátiles de fuego, que se hallaban en su primer período fué lo que más contribuyó á la victoria.

Los historiadores franceses, dicen que la batalla duró seis ú ocho horas, es decir hasta la una ó dos de la tarde, pero la matanza solo terminó con el día; esto es muy exagerado porque consta se hicieron prisioneros en gran número, lo cual indica que si el combate fué sin cuartel, despues de la derrota, entró como siempre la clemencia en los vencedores, y no se llevaron las cosas al extremo que se quiere pintar. Esta batalla parece indicar que la infantería con las armas portátiles de fuego adoptadas recientemente, vá á dejar el secundario papel que hasta entónces había desempeñado. La victoria coronará en adelante los esfuerzos de quienes mejor aprecien y mayor uso hagan del fuego combinado de la artillería y arcabucería, siendo á pesar de esto muy importante aún el arma blanca, por la imperfeccion de las otras. La caballería es aún la que ocupa el primer puesto, todo cede ante su empuje, todo lo arrolla y desbarata, aunque sucumbiera cumpliendo su mision, aunque como aquí sucedió caiga deshecha por el certero fuego de las armas portátiles más imperfectas que han existido. La victoria conseguida por los caudillos del emperador, consistió en haberse adelantado á su siglo combinando las diferentes armas y haber innovado el órden de batalla al mezclar la arcabucería con la caballería, y si «los movimientos nuevos espantan á los contrarios ejércitos,» como repiten los escritores militares desde Xenofonte á Napoleon, no debe extrañarse venza en el combate el que con más acierto sabe aplicar en el campo las reglas más elementales del arte de la guerra, reconocidas como excelentes desde los tiempos más remotos.

Tales fueron los incidentes de esta famosa batalla. Cuando corrió la noticia del desastre, la pequeña guarnición de Milan, salió ordenadamente de la población retirándose antes de ser perseguida, logrando pasar á Francia unida á la gente que salvó el duque de Alenzon, huyendo unos y otros por los montes y sitios más difíciles, no sin que fuera en su perseguiimiento mucha caballería ligera y gente desbandada, no pasando á darles alcance con mayores fuerzas porque fué preciso reorganizar las compañías despues de la victoria. El virey y el duque de Borbon trabajaron mucho al otro día de la batalla para volver á poner las tropas en órden, custodiaron convenientemente á los prisioneros y con seguridad, conservando sólo aquellos que pudiesen serles de algun provecho y dando libertad desarmados á los que nada podían dar de rescate. El marqués de Pescara tuvo que quedar en el campo, para curarse las tres heridas que le hicieron los alemanes y suizos en la batalla, que aunque no peligrosas le estorbaban bastante. Luego que las cosas estuvieron en órden, se mandó á Milan una pequeña guarnición, que, ántes de llegar, vió ya ondear en la ciudadela las banderas reunidas del emperador y el duque Francisco Sforza, á quien el vecindario había aclamado cuando los franceses se marcharon. Al día siguiente, fué trasladado el monarca prisionero á Lombardía, al castillo de Sizzighitone, situado á orillas del rio Adda, siempre bajo la salvaguardia personal del caballero Hernando de Alarcon: y habiéndole suplicado el virey de Nápoles mandara poner en libertad al príncipe de Orange y á D. Hugo de Moncada, segun lo prometido,

respecto al último, accedió á ello y escribió cartas á Francia para que les dejasen ir á donde lo tuviesen por conveniente, y dió salvo-conducto escrito de su propia mano, para que los gentiles hombres que traían las noticias de la batalla y cartas de los caudillos pudieran atravesar por Francia.

La guerra de Lombardía terminó con la victoria alcanzada en Pavía: Juan Estuardo, duque de Albania cuando supo lo ocurrido y la prision del rey, se hallaba con su gente cerca de Roma preparándose para entrar en campaña y se vió obligado á efectuar con sus tropas una retirada tan laboriosa como difícil. Los caballeros de Nápoles habían levantado un ejército para resistirle, y el paisanaje de los pueblos, que siempre se inclina á merced del vencedor, empezó á engrosarle en favor del emperador, sirviendo de base para su formacion las escasas tropas que allí había y que las hicieron subir á más de 20,000 hombres, quienes acosaban al enemigo por todas partes, esperando la ocasion para exterminarle; vióse entonces reducido á desbandar todas sus tropas, que por diferentes caminos salieron de Nápoles y ganaron los Estados del papa, dejándose sin embargo algunos rezagados que fueron presos en la retirada. El duque de Sesá, que estaba de embajador en Roma y los coloneses, que siempre fueron muy leales servidores de la casa real de España, habían tambien juntado tropas contra ellos, faltándoles en aquella ocasion hasta sus mejores aliados cuando supieron lo ocurrido, y á su jefe, Stuardo, la prudencia y resolucion para obrar, de manera que sólo procuró escapar, salvando su gente si era posible. Pero los coloneses

que reunieron las tropas del emperador les siguieron acosándoles de tal modo, que le mataron y prendieron muchos de los suyos perdiendo toda la artillería y bagajes. Finalmente unos en Civitavecchia y otros en Ancona (en el Adriático), lograron embarcarse en las naves al servicio de Francia que mandaba Andrea Doria, y al fin se salvaron por mar, llegando sin contratiempos; de suerte, que quince días despues de tan brillante triunfo, terminaba todo por falta de enemigos en el teatro de la guerra, y en todos los Estados de Italia no había quedado con las armas en la mano ni un sólo partidario del rey de Francia, Francisco I.

IV.

CONSECUENCIAS

DE LA BATALLA DE PAVÍA Y ACONTECIMIENTOS POSTERIORES
Á QUE DIÓ LUGAR.

Cuando descansó el ejército algunos días en las inmediaciones de Pavía, fué á alojarse, mientras llegaban órdenes del emperador, en las comarcas de Parma y Plasencia, ciudades del Papa, para ponerle en cuidado y hacer que les ayudase contribuyendo al sostenimiento del ejército como por los convenios pasados estaba obligado.

Los venecianos se exigió también diesen en dinero los hombres que debieron haber dado, y era tan temido entonces en Italia el ejército imperial, que en pocos días pagó el Papa Clemente VII ciento veinte mil ducados, y

cincuenta mil el duque de Ferrara, por no ser considerados ni tratados como enemigos. Las consecuencias de la batalla fueron tan grandes, que el poder del emperador no conoció límites, los venecianos y el Papa temblaron ante su vengadora espada, y en circunstancias tan difíciles no sabían qué resolución tomar, temiendo el justo castigo de los vencedores. ya que seducidos ellos por las brillantes prosperidades del rey de Francia, fascinados por las ventajas y superioridad de medios de acción, habían abandonado contra todo derecho al emperador, violando los tratados que les aliaban y la fé del juramento, no hallando ahora un adversario que pudiera contrarrestar su poder, porque habían sus tropas padecido muy poco en la victoria, y con el fin de aplacar su cólera enviaron embajadores ambas potencias preparándose á conjurar la tormenta que creyeron les amenazaba, por lo cual levantaron un cuerpo de diez mil suizos pagados entre los venecianos y el Papa, por más que la reputación de estas tropas había sufrido mucho detrimento despues de su conducta en Pavía. El remedio era insuficiente y tardío.

En los primeros días de su prision escribió el rey Francisco una carta á su madre, la duquesa de Angulema, regente de Francia y gobernadora del reino, dándole cuenta del desastre. En ella han adquirido celebridad, como si otra cosa no digera, aquellas palabras de «todo se ha perdido ménos el honor,» con las que se enorgullecen los franceses, queriendo sin duda dar á entender con ellas, que nada importa lo demás siempre que el honor se halle en salvo; pero no han adquirido igual popularidad

las demás que seguían «y la vida que se ha salvado». Sismondí en su «Historia de los franceses,» tomo xvi, página 241, dice: «Escribió también á su madre una carta poco importante, de la que nada diríamos si los historiadores cortesanos no la hubiesen transformado en este billete lacónico que se hizo popular. ¡ Todo se ha perdido ménos el honor! Hé aquí el principio de esta carta. «Para que sepais hasta donde ha llegado la fuerza de mi infortunio, de todas las cosas solo me restan el honor y la vida que se ha salvado, etc.» (Pour vous avertir comme se porte le ressart de mon infortune, de toutes choses ne m' est demouré que l' honneur et la vie qui est sauve etc.)

Este monarca, que como caballero y como valiente había sufrido impávido los rigores de la fortuna poniendo buen semblante á su desgracia y sin desmerecer de su dignidad real, no mostró sin embargo en su cautiverio una firmeza tan digna como la que mantuvo en la batalla; y por conducto del comendador don Rodrigo Señalosa, que venía á Madrid á traer los partes y cartas de los generales del emperador dándole cuenta de la victoria, envió á su madre la carta que hemos dicho, con otra para Carlos, á quién le decía entre otras cosas: «Estad cierto que no tengo otro consuelo en mi infortunio sino la esperanza de vuestra bondad, que si quereis usarla conmigo, vos obrareis como príncipe generoso y yo os quedaría siempre agradecido. Así, pues, añadía, si quisierais tener piedad de mí, dándoos la seguridad que merece la prision de un rey de Francia á quien se quiere hacer amigo y no desesperar, podeis hacer una adquisicion, pues en vez de un inútil prisionero tendreis un rey siem-

pre vuestro esclavo.» Este párrafo es el que más le critican los historiadores franceses, pues dicen que rebajó con él su dignidad. («Si vous plait avoir cette honnête pitié et moyenner la sûrete que mérite la prison d'un roi de France, lequel out veut rendre ami et non désespérer, vous pouvez faire un acquet au lieu d'un prisonnier inutile, de rendre a'jamais un roi votre esclave.») Por el mismo conducto que recibió la reina regente la carta de su hija, envió otra al emperador Carlos V que fué recibida del 8 al 10 de Marzo en Madrid con otras del marqués de Pescara, el virey y duque de Borbon. La carta de la gobernadora de Francia decía lo siguiente, «Señor mi buen hijo: Desde que he sabido el infortunio acaecido al rey mi hijo y señor, estoy dándole muchas gracias á Dios de que haya caído en manos del príncipe que más amo en el mundo; esperando que vuestra magnificencia convertirá en su favor los lazos de la sangre, de parentesco y de alianza que hay entre vos y él; y en el caso de que así sea, tengo por cierto que será un gran bien para el porvenir de la cristiandad vuestra amistad y union. Por tanto os ruego humildemente, señor é hijo mío, que penseis en ello y mandeis que sea entretanto tratado como á vuestra honra y la suya cumple; y permitais que sea servido de modo que pueda yo saber con frecuencia de su salud. Haciéndolo así, os quedará reconocida una madre, á quien vos disteis siempre tal nombre, y que otra vez os ruega que ahora en aficion os mostreis padre.—Vuestra muy humilde madre—Luísa.»

Recibió estas cartas con las de sus caudillos dándole cuenta de todo lo ocurrido. No las insertamos todas, por

no hacer pesada la narracion. La principal, y que da más detalles es la del marqués de Pescara que existe en un códice del Escorial y dice así: «Porque las buenas nuevas se han de dar con la mayor brevedad posib'e y mis heridas aunque no peligrosas no me consienten hacer otra cosa y porque presumo que mis cartas anteriores no hayan llegado y esta irá muy pronto, no puedo dejar de decir algó de lo ocurrido á V. M.—Yo hablé con voluntad del duque de Borbon y el virey á la gente, la cual toda prometió servir hasta el 10 de este mes. Así lo han hecho y continuado hasta ayer, y con esta promesa salimos á buscar los enemigos; y de continuo con voluntad y órden de los dichos duque y visorey, yo fui á tomar á Santangelo, el cual ellos pensaban tener bien preparado. Batimoslo é combatimoslo en un día, donde hubo entre muertos y presos 600 hombres de á pié y 400 de á caballo y sesenta hombres de armas; y hecho esto, vinimos á alojar tan cerca del rey de Francia que V. M. holgara de verlo, porque los centinelas de ellos y los nuestros de continuo se hablaban. Una noche, viendo yo algunas banderas, aunque fortificadas fuera del fuerte de todo el ejército, pedí licencia para dar en ellas; el duque y visorey tuviéranlo por muy bueno y así fué con doce banderas españolas y creo que les matamos 800 hombres aunque por otras escribí á V. M. 600. La noche tras esto me llegué al alojamiento de los tudescos con toda la escopetería española, aunque no quise que entrasen, que lo podía hacer. Desde su reparo les matamos unos 300 hombres escopeteros, y algunos días ántes los de Pavia dieron con cinco banderas de Joanin de Médicis, las cua-

les tomaron con muerte de 500 hombres de los suyos. Y aunque de este modo creo pudiéramos hacer al rey de Francia mucho daño con seguridad nuestra, porque los de Pavía no podían más sufrir y todo el ejército moría de hambre, los españoles se desmandaban á buscar de comer, los alemanes se comenzaban á ir, la gente de á caballo se había de sacar con ruego. Visto que ninguno nuestra necesidad tendría remedio; y que deshacer el ejército á vista del enemigo era tan malo como perderlo en la batalla, y que con ella V. M. alcanzaría la deseada victoria, ó nuestras vidas pagarían la deuda en que somos de servirle; el duque de Borbon y visorey quisieron el parecer de nosotros y todos lo fuimos de buscar al enemigo, lo cual se concertó lo mejor que se pudo con los de Pavía, aunque las trincheras, fosos y paredes que entre ellos y los enemigos había, no les dejaron hacer lo que deseaban. Y como el rey de Francia tenía toda su fuerza fuera del sitio donde nosotros estábamos y á lo que nos parecía confiaba mucho del Parque al cual yo de muchas veces había reconocido, fué mi parecer que entrásemos por allí, lo cual pareció muy bien á todos; y así se ordenaron algunos vaibenes de golpe para romper la muralla, y fué tan recia que nos detuvo mucho más de lo que pensábamos; todavía la acabamos de romper á punto del día aunque mi voluntad era hacer el hecho de noche y nos hubo de echar á perder hacerlo de día. Quiso Dios por lo mejor y creo que fué causa principal de nuestra victoria por lo que diré. La orden de nuestro ejército fué enviar tres mil hombres alemanes y españoles con el marqués del Vasto, porque fuesen á guardar una casa

que se llama Mirabello, que estaba dentro del parque de su fuerte aunque desviada del ejército del rey de Francia, pero en ella y mas otras llegaban los mas de su gente de armas. Fué el marqués y con muerte de algunos de los enemigos ganó dicho paso y casa, tras él entraron nuestras batallas, y era tanta la contraria artillería, que para llegar como pensábamos al dicho Mirabello nuestra gente se hubo de apresurar y parecióles á los enemigos que andábamos desechos, y con esto dieron prisa con su llegada trayendo ante sí infinita artillería bien servida y la nuestra con la prisa embarrancada, de manera que de solas tres piezas nos podíamos servir. Andando de esta suerte yo hallé un bagío donde les hice echar á la infantería tudésca y española porque no recibiesen daño. Los franceses se pusieron en la campaña todas las batallas juntas de á pié y de á caballo, caminando lo mas que podían hacia los nuestros. Hice reunir los tres mil hombres del marqués á los míos y pareciéndome que ningun remedio había sino determinarnos de tomar su artillería y apretar con ellos, enviélo á decir al señor virey que estaba á la cabeza de nuestra gente de armas, el cual no deseaba otra cosa, y como valeroso caballero recogiendo toda la gente, vino á dar en las armas enemigas con mucha desigualdad en número; pero su persona se puso tan adelante, y dió tambien ejemplo á los otros que hicieron maravillas. Y visto yo cuanta necesidad había, y que la infantería aún no estaba muy cerca eché toda la escopetería española al costado de dicho visorey é hicieron infinito daño en los contrarios. En este tiempo acudió tambien el duque de Borbon con la batalla; y bien mos-

tró en sus obras la enemistad que tenía al rey de Francia y voluntad de servir á V. M. En este tiempo que nosotros caminábamos, alemanes y españoles todas á la par, vinieron los suizos y alemanes del mismo modo y el marqués del Vasto y yo con los españoles y alemanes nuestros, volvimos sobre los suizos. Plugo á la divina bondad que los unos y los otros en un tiempo fueron rotos, ni más ni ménos que la gente de armas; de suerte que todos y cada uno por su cabo seguimos el vencimiento, el cual fué con mucha muerte de gente suya y poca de gente nuestra, presos el rey de Francia y el que se dice de Navarra Mr. de Sampol, el bastardo de Saboya, el escudero Montmorency Galeazo Vizconti, Federico de Bosino y otros muchos que no me acuerdo; muertos el almirante Bonibet, el Sr. de la Paliza y otros muchos.

Dé V. M. gracias á Dios de quien vienen todas las victorias que así las damos todos acá. Los de Milan y los de otros puntos fueron la vuelta de los montes huyendo; van en su seguimiento muchos caballos ligeros y gente desmandada; y no se pasó luego con el ejército porque todo estaba desunido siguiendo á los enemigos. El duque de Borbon y el virey, harto trabajados en recoger el ejército, y poner en recaudo todos los prisioneros, yo quisiera seguirlos, pero quedé atajado en el camino con tres heridas harto enojosas que los suizos me dieron. Todo se ha hecho muy bien al servicio de V. M., y mucho es lo que debe á esta gente, lo cual le suplico mande tener siempre en su memoria, porque en esta victoria, quitando la persona del duque y visorey, se ha de tener en tanto al menor soldado de este ejército por su determinacion y

voluntad, como el que más ha hecho en ella. V. M. es obligado á reconocerlo, y nosotros á acordáselo. Se dió esta batalla el cumpleaños de V. M. el día de San Matías hoy día de la fecha.—Pavía 24 de Febrero de 1525.—Muy humilde servidor de V. M.—El marqués de Pescara »

A pesar de tan buenas nuevas prohibió el emperador las manifestaciones públicas de alegría, dirigiéndose al saberlas á su oratorio donde estuvo más de dos horas, en las que se llenó su cámara de magnates y señores que vinieron á felicitarle, recibiendo él con la mayor moderacion la noticia y felicitaciones; al día siguiente confesó y comulgó en la iglesia de Atocha; disponiendo una solemne procesion en accion de gracias, á la que asistió con toda la Corte.

Segun el libro de acuerdos del Ayuntamiento de Madrid que comprende desde 1521 (21 de Junio) á igual fecha de 1526, esta corporacion que deseaba fijar la permanencia de la Corte del César en la heroica villa, trató de solemnizar tambien el ruidoso hecho que absorbía entónces la atencion del mundo.

Don Martin Fernández Navarrete, poseia una hoja coetánea en que constan varios acuerdos, siendo el más importante de los que contiene; el tomado el 11 de Marzo de 1525 á los folios 205 vuelto y 206, en los que se lee lo siguiente:

«Alegrías de la victoria é prision del rey de Francia.»
«Dijeron que por quanto ayer viernes diez dias de este dicho mes vinieron las bien aventuradas é grandes nuevas de la victoria que S. M. é su ejército hubo en Italia

contra el rey de Francia, en la cual fué vencida y desbaratada, preso y muerto casi todo el ejército del dicho rey de Francia y su persona presa con muy poco daño de los nuestros, por lo cual y por su vitoria tan admirable y grande que Dios nuestro señor fué servido de dar al emperador nuestro señor y à España, es muy justo que todas las ciudades y pueblos fagan muy grandes y solemnes alegrías y procesiones y den gracias à Dios nuestro señor por tan grande merced y beneficio, especialmente esta muy noble villa de Madrid, en la cual estando é residiendo S. M. le vino esta grande é bien aventurada nueva; é asimismo se le quitó é sanó de la enfermedad de la cuartana de que S. M. hacia tiempo que estaba enfermo. Así á S. M. como á todos los otros príncipes é reyes pasados parece que Dios nuestro señor es servido de facelles mas crecidas é señaladas mercedes estando é residiendo en él, que en otro lugar de estos reinos; y por tanto y porque S. M. lo mandó se hizo una solemne procesion à nuestra señora de Atocha, este dicho dia, en la cual se hicieron ciertos gastos; los cuales acordaron que se pagasen é gastasen como era justo é razonable los cuales son los siguientes:»

«Cera para la fiesta. Que se gastaron 48 libras é media que pesaron 239 velas de cera, las cuales se dejaron á los clérigos é frailes que fueron en dicha procesion á cada uno la suya que montaron á 72 maravedises la libra 3,007 maravedises, etc.»

Siguen otros acuerdos sobre la construccion y provision de vestidos al rey y su servidumbre y dando licencia para introducir los comestibles y vino libres de recho para el servicio del real prisionero.

La nueva del triunfo alcanzado en Pavia por las armas imperiales fué recibida en toda España con alegría y entusiasmo indescriptibles alcanzando inmenso popularidad. Celebráronla los poetas españoles escribiendo al propósito diferentes composiciones, dos de las cuales hemos visto impresas por aquellos días, una de Andrés Ortiz y otra de Alonso Paz. Segun era costumbre en aquella época, para perpetuar la memoria de tan glorioso hecho de armas, se labró una magnífica tapicería, cuyos bordados en seda y oro, representan en tamaño natural el acto de la prision del rey de Francia. Parece que estos paños fueron luego de la pertenencia del príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II, y los legó en su testamento á su maestro D. Honorato Juan, electo por entónces obispo de Osma, en atencion á sus servicios.

Extractada y entresacada de los partes y cartas que el emperador recibió, publicóse á los tres ó cuatro días siguientes la relacion de los sucesos á que ántes nos hemos referido; en dicho documento no existe fecha ni pié de imprenta, constando que sale á luz por orden del Consejo como cosa extraordinaria y para conocimiento del público; ocupa siete hojas y media en 4.º, y la adorna el gran escudo de armas que usaba el emperador Carlos V, y que llena casi del todo su primera página. Este documento, no citado en las antiguas historias, existe en la Biblioteca Nacional, y fué reimpresso en 1839. Consta de una sucinta relacion de los acontecimientos, que difiere en muchos puntos de los que despues escribieron los testigös oculares, una noticia no completa de los personajes franceses prisioneros y muertos, la carta de la reina gobernadora de Fran-

cia al emperador, y concluye asegurando que la cristianidad debe quedar satisfecha y alegre con tan gran victoria, comparándola á la obtenida por Gedeon contra los medianitas; y despues de varias reflexiones, concluye diciendo que con ella podrá el emperador prepararse á lidiar contra los turcos, que pretenden dominarlo todo, despues de concluídas estas guerras que pueden considerarse como civiles por ser entre cristianos; expresa el deseo que bajo tan gran príncipe reciba todo el mundo nuestra fe católica, y se cumplan las palabras de nuestro Redentor: «Fiet unum ovile et unos Pastor» (sic).—Lo firma de órden del Consejo, y lo hizo imprimir el secretario del emperador y gran chanciller.—Alonso Valdés.

Para los triunfos contra infieles quedaron las celebridades y prohibió Carlos bajo las más severas penas que no osora ningun súbdito molestar las fronteras de Francia, acto de la generosidad imperial que no ha sido bastante apreciado en la historia y pasa desapercibido para sus enemigos.

El caballero comendador, capitán D. Rodrigo de Peñalosa, trajo tambien cartas de la regente de Francia para los señores de Nassau y Lachau, rogándoles que personalmente intercediesen con el emperador en favor de su hijo, y éste contestó á la madre de Francisco la siguiente carta:

«Señora: He recibido la carta que me habeis escrito por el comendador Peñalosa y de el tambien supe lo que os hubo dicho acerca de la prision del rey vuestro hijo. Yo doy muchas gracias á nuestro Señor por todo lo que á él le ha placido permitir, por que espero en su divina Pro-

videncia que esto será camino para que en toda la cristiandad pongamos paz, y contra los infieles volvamos la guerra. Sed cierta Señora, que tal jornada como esta, no solo no seré en estorbarla, más aún, tomaré el trabajo de encaminarla, y allí emplearé mi hacienda y aventuraré mi persona. Sed tambien cierta Madama, que si paz universal vuestro hijo y yo hacemos, y tomamos las armas contra los enemigos, todas las cosas pasadas pondré en olvido, como si nunca enemistad entre nosotros hubiese ocurrido. Yo envío al Señor Adrian á visitar á vuestro hijo sobre el infortunio que le ha sucedido del cual, si nos place por el bien universal que de su prision esperamos, por otra parte nos ha pesado por el antiguo deudo que con el tenemos. Tambien lleva Mr. Adrian unas instrucciones bastante bien moderadas y no ménos justas para que os las muestre á vos y al rey vuestro hijo. Y si deseais quitaros de trabajo y sacar á él de cautiverio, ese es el verdadero camino. Debeis pues con brevedad platicar sobre esta nuestra instruccion y tomar luego resolucion de lo que entendais hacer, y respondernos, porque conforme á vuestra respuesta, alargaremos su prision ó abreviaremos su libertad. Entre tanto que esto se platica, he dado encargo al duque de Borbon mi cuñado y mi Virey de Nápoles, para que al rey vuestro hijo se le haga buen tratamiento y que continuamente os hagan saber de su salud y persona, como vos lo deseais y por vuestra carta pedís. Mucha esperanza tengo de que vos señora, trabajareis para llevar todas estas cosas á buen fin, lo cual si así lo hiciéredes, me echareis en mucho cargo y á vuestro hijo hareis gran provecho.—Vuestro servidor.—Cárlos.»

La conducta que observó el emperador fué tan noble como política, arrojó un velo sobre lo sucedido en Italia con sus aliados, y se limitó á exigirles en metálico el contingente á que estaban obligados por su alianza anterior á la guerra.

Por lo referente al rey prisionero, el Consejo á quien consultó Carlos V se dividió en dos pareceres. Opinaba el obispo de Osma que debia porérsele desde luego en libertad sin más condición que la de que no volviese á hacer la guerra; mientras que el duque de Alba, fué de dictámen, que debería sacarse del prisionero todo el partido posible y las condiciones más ventajosas á cambio de su libertad, la que en último caso nunca le sería negada. Adhirióse el emperador á este último partido y entónces despachó á Mr. Adrian de Croi, conde de Roeux, con cartas para la reina madre y para el rey prisionero y con las condiciones é instrucciones mediante las que podría obtener su libertad.

Parecieron estas demasiado fuertes á Francisco I, no pudiendo resolverle los consejos de Lannoy á que fueran aceptadas, y creyó entónces encontraría mejor partido hablando personalmente con el emperador. Segun manifiestan algunos historiadores, sin órden de nadie le trajo Lannoy, y si Cárlos no lo tomó á mal y mandó que desde el puerto de Rosas, donde desembarcó, fuese trasladado á Madrid, fué porque halagaba el orgullo nacional y el suyo propio el paso por España y la permanencia en ella del monarca prisionero. Oznaya, sin embargo, y otros historiadores de aquella época que debían estar bien informados, refieren las cosas de otro modo, y no

afirman como Lafuente que la venida á España fuera sin órden del emperador ni que le sorprendiese la noticia de su arribo al puerto de Rosas; ignoramos de dónde provendrá una afirmacion tan contraria á lo expuesto por aquellos que, viendo tan de cerca los acontecimientos, nos merecen más crédito. Aseguran éstos que Francisco estuvo preso en el castillo de Pizzigitone, hasta despues de recibir por Mr. Adrian de Croi las cartas del emperador y condiciones con las cuales podría obtener su libertad, con las que no se conformó, permaneciendo preso hasta que llegó otro correo del emperador en que mandaba se embarcase en Génova para Nápoles; este correo traía una carta para el virey, que debía acompañar al prisionero, recomendándole en ella que no abriese otro pliego cerrado que le incluía dentro, hasta hallarse bastante lejos y en alta mar; mandábale siguiese las instrucciones que hallase allí. Esto no se supo hasta que llegó el rey á Génova con buena guardia y donde se encontraban las galeras de España y de Nápoles con las de Andrea Doria, que el rey de Francia había mandado venir para que le acompañasen, y que se hallaban rodeadas y cubiertas de paños negros en señal de luto por la prision de su señor: guarnecidas que fueron de soldados españoles, en una de las de España embarcaron al rey de Francia con direccion á Nápoles; pero cuando el virey en alta mar abrió el pliego que contenía las instrucciones del emperador, por las que le ordenaban se trasladase á la Península con el regio prisionero, lo hizo así, y el día 8 de Junio de 1525 fondeaba con la escuadra, segun se ha dicho, en el puerto de Rosas, en Cataluña. Dirigióse por

tierra á Madrid, siendo muy agasajado y bien recibido en Barcelona, Valencia, Guadalajara, Alcalá de Henares y las demás poblaciones del tránsito. Venía acompañándole el virey Lannoy con el caballero Hernando de Alarcon, encargado de su custodia, y á su llegada á Madrid fué aposentado en el Alcázar, siempre bajo la vigilancia del mismo Alarcon. Algunos historiadores afirman que estuvo preso en la torre de los Lujanes, pero los documentos de aquella época no lo dicen, y sí que estuvo en el Alcázar.

Las circunstancias de su prision y miras políticas son ajenas al propósito de este estudio, por tanto, sólo añadiremos á lo dicho, que el 18 de Marzo de 1526 obtuvo su libertad mediante un convenio conocido en la historia bajo el nombre de «Concordia de Madrid,» firmado el 14 de Enero, al que faltó cuando se vió libre, levantando á toda Europa contra el emperador y aliándose hasta con turcos para tratar de abatir su grandeza, lo que nunca logró. El rey *caballero*, reunió un consejo de franceses, súbditos suyos, para que le absolviese de haber faltado á su palabra; perdiendo entónces tambien *el honor*, única cosa que, segun él mismo escribió, le había quedado al entregar su espada vencida en el campo de batalla, y si volvió, gracias á esto, á recobrar su poder y sus reinos, fué á costa de la honra, manchada para siempre, pues no debía prometer lo que no tenía intencion de cumplir.

Cuarenta años despues de estos sucesos, en 1564, duraba fresca la memoria de ellos; cuéntase que habiendo convidado en Westminster Isabel de Inglaterra al embajador español Guzman de Piera á cenar y ver una co-

media y un baile de máscaras, deseosa de darle una prueba de estimacion y distinguirle á expensas del embajador francés que se hallaba presente, mandó, cuando todos estaban en la mesa, que se tocara por la orquesta una pieza de música titulada: «La batalla de Pavía,» afirmando la reina al diplomático español á presencia de todos, que aquello era lo que más le gustaba de todo cuanto se tocaba.

La espada del rey de Francia Francisco I, se conservaba como recuerdo glorioso en la Armería real de Madrid hasta el año de 1808, y hoy se encuentra en París señalada con el número 832 en el Museo de artillería francés, desde que fué regalada al general Murat; y en lugar de la espada queda la Real orden siguiente, que prueba la bajeza de un cortesano y la débil condescendencia de un monarca inexperto; dice así:

«Excmo. Señor: El Rey se ha servido determinar que mañana á las doce del dia se traslade V. E. con el duque del Parque á la casa de S. A. I. el gran Duque de Berg, con el ceremonial y pompa prevenidos, para hacerle entrega de la espada del rey de Francia, Francisco primero, que el emperador Cárlos V ganó en la batalla de Pavía.—Y de orden de S. M. lo participo á V. E. para que dicha entrega se verifique.—Dios guarde la vida de V. E. muchos años.—Palacio 30 de Marzo de 1808.—Pedro Ceballos.—Señor Caballero mayor de esta Real casa.»

La Gaceta de Madrid refiere los hechos del modo siguiente, que copiamos para que puedan ser creídos.

«S. A. I. el gran duque de Berg y de Cleves, había

manifestado al excelentísimo señor Don Pedro de Cevallos primer ministro de Estado y del despacho, que S. M. I. el emperador de los franceses y rey de Italia, gustaría de poseer la espada que Francisco I, rey de Francia, rindió en la famosa batalla de Pavía, reinando en España el invicto emperador Cárlos V, y se guardaba con la debida estimacion en la Armería Real desde el año 1525, encargándole que lo hiciese así presente al rey Nuestro Señor. Informado de ello S. M. que desea aprovechar todas las ocasiones de manifestar á su íntimo aliado el emperador de los franceses el alto aprecio que hace de su augusta persona y la admiracion que le inspiran sus inauditas hazañas, dispuso inmediatamente remitir la mencionada espada á S. M. I. y R.; y para ello creyó desde luego que no podía haber conducto más digno y respetable que el mismo Sermo. Señor gran duque de Berg, que formado á su lado y en su escuela, é ilustre por sus proezas y talentos militares, era más acreedor que nadie á encargarse de tan precioso depósito y á trasladarle á manos de S. M. I. A consecuencia de esto, y de la real órden que se dió al Exmo. Señor Marqués de Astorga, caballero mayor de S. M., se dispuso la conduccion de la espada al alojamiento de S. A. I. con el ceremonial siguiente:

«En el testero de una rica carroza de gala se colocó la espada sobre una bandeja de plata, cubierta con un paño de seda de color punzó, guarnecido de galon ancho brillante y fleco de oro; y al vidrio se pusieron el armero mayor honorario Don Cárlos Montargis y su ayuda Don Manuel Trotier. Esta carroza fué conducida por un tiro

de mulas con guarniciones de gala, y á cada uno de sus lados tres lacayos del rey con grandes libreas como asimismo los cocheros. En otro coche, tambien con su tiro de gala y dos lacayos á pié como los seis ya espresados, iba el Excmo. Señor Caballerizo mayor, acompañado del Excmo. Señor Duque del Parque, etc.....»

Basta ya, que la pluma se escapa de la mano y falta serenidad para seguir dando tan bochornosa conclusion á las glorias ántes descritas; hechos como este ni merecen recuerdo ni necesitan comentarios, avergonzando á cuantos abrigan sentimientos de amor patrio y de orgullo nacional.

Con el número 1776 puede verse aún hoy en la Real Armería, una copia exacta de aquella espada, mandada sacar por el rey Don Francisco de Asís de Borbon, padre de S. M. el actual monarca don Alfonso XII, hecha con delicadeza suma por el eminente artista don Eusebio Zuloaga, arcabucero que fué de la reina Doña Isabel II y teniente mayor de la Real Armería. Es de acero español; tiene de largo una vara ménos una pulgada, y de ancho dos pulgadas ménos dos líneas. Se nota en la hoja la marca B y en la canal esta inscripcion: «Antonius me fecit»; la guarnicion es de oro, y la cruz labrada á buril, conteniendo la siguiente leyenda: «Fecit potentiam in bracchio suo.»

Al lado de la espada figuran un yelmo y un escudo, que se le atribuyen, cuyos objetos parece fueron hallados en Pavía entre el equipaje del mismo rey.

Aunque los franceses posean hoy la verdadera espada que rindió, jamás podrán borrar de la historia lo sucedi-

do, y al ostentarla en su Museo de París, no podrán ocultar, aunque lo pretendan, que aquel trofeo del valor de los españoles, ha estado más de tres siglos en la tierra de los dominadores de ambos hemisferios, que también lo es de la hidalguía.

La pericia en el arte de la guerra de aquellos valerosos antepasados nuestros y su habilidad en política, había llegado á tal grado, que nada era imposible para ellos, y con igual facilidad conquistaban imperios allende los mares, que abatían el orgullo de las naciones más poderosas de Europa.

V.

CONSIDERACIONES

HISTÓRICAS Y MILITARES SOBRE «LA BATALLA DE PAVÍA.»

Si reflexionamos detenidamente sobre los acontecimientos descritos, notaremos que nada de extraño tiene que los franceses experimentaran una de las derrotas mayores que cuenta en su historia ejército alguno; porque fueron de tal magnitud las faltas de su caudillo en la dirección táctica, en las que desde el presente siglo se le llama estratégica, y hasta tan profundo el desprecio hacia los adelantos de su época, que únicamente, teniendo en cuenta el funesto abandono que hicieron de los principios más elementales del arte de la guerra, puede apenas concebirse se fueran acumulando tal número de desaciertos que dieran por resultado que un ejército in-

ferior en número, en posiciones, en artillería y caballería, sin recursos y á la desesperada, pudiese vencer y exterminar á otro superior en todo lo dicho, abundante en recursos de todo género, que se encontraba atrincherado en posiciones ventajosas, donde se le va á buscar para combatir, que contaba con los generales de más prestigio en su nacion, para quienes no era nuevo ni el teatro de aquella guerra, ni el valor de sus enemigos, á los que en otras ocasiones habían disputado con éxito diverso el laurel de la victoria.

Encerrarse en un parque de más de dos leguas de largo, protegido por una tapia de tres ó cuatro varas de altura, no era mala disposicion para el campo francés, siempre que la cerca ó tapia hubiera estado vigilada en toda su extension; que no se hizo esto así lo prueba que fué rota á golpes de ariete ó vaiven durante la noche anterior á la batalla, sin que, á pesar del silencio de las horas de la madrugada en que debía sentirse bien el ruido del derribo, tratara nadie de estorbar la operacion. ¿Sería esto exceso de confianza en sus fuerzas, ó falta absoluta de vigilancia descuidando la propia conservacion? De cualquier modo que se mire, no debieron entrar los imperiales en el parque sin vencer una empeñada resistencia, y el dejarlos introducir tan descuidadamente es la más grave de las faltas que debieran reprocharse.

La segunda consistió en no haber reforzado al duque de Alenzon para que siguiera el movimiento envolvente tan felizmente comenzado; este caudillo nunca debió retirarse por más que se hallara muy quebrantado en fuerzas, y despues de tomada la escasa artillería imperial

con el destrozo hecho á los italianos, era deber suyo proseguir atacando por retaguardia á las demás tropas y pedir con insistencia refuerzos, lo que ejecutado hubiera dado por resultado una victoria completa; pero aquella retirada imprudente que efectuó para rehacerse detrás del ejército, dejó sin efecto las ventajas alcanzadas, y al chocar con los imperiales el grueso de las fuerzas francesas que mandaba el rey en persona, los hallaron ya rehechos, y sin que se conocieran los efectos que momentáneamente ocasionó el descalabro primitivo.

La tercera gravísima falta del ejército de los franceses fué la de atacar colocándose delante de su artillería, porque ésta diezmaba las enemigas filas, y al cesar en su fuego destructor, igualaron las probabilidades de victoria de los dos ejércitos, cesando la superioridad del francés, bien provisto de ella, mientras que los imperiales contaban con sólo dos malas piezas colocadas en una pequeña altura próxima á la casa de Mirabello, pero que no hacían fuego por carecer de municiones, habiéndose espantado y huído los caballos que las conducían á lomo en cuanto oyeron el único disparo que se pudo hacer.

El rey cometió la cuarta falta cargando al frente de su corte, caballeros y gentes de armas, cuando creyó que con su empuje iba á decidirse la lucha por estar desordenado el enemigo, en lo que se equivocó; y debió pensar que el general en jefe de un ejército no debe arriesgar su persona más que cuando comprenda que de ello depende la victoria. Si el rey de Francia hubiera podido escaparse, como lo hizo su cuñado el duque de Alenzon, ni esta batalla hubiera tenido un resultado tan funesto para

Francia, ni tuviera la celebridad é importancia que aún se le concede despues de los siglos que han trascurrido y en los que no ha disminuído.

La segregacion de fuerzas era además una cosa bastante inoportuna teniendo á la vista al enemigo; por tanto, las expediciones lejanas, como la encomendada á Juan Estuardo, duque de Albania, debilitaban al grueso del ejército, constituyendo un mal muy grave y de difícil remedio. Tambien perjudicaron luego otras cosas que al principio servían de proteccion, como fué una de ellas la altura de la tapia del parque, que impedía salir de él con libertad para salvarse despues de la derrota; no pudiendo efectuar los vencidos la retiradã sino por las brechas y portillos del muro, que tomados preventivamente por los vencedores, les dejaban franco solamente el camino sobre el río Tesino, única retirada que ellos veían posible, y en cuyas ondas hallaron la muerte despues de inutilizado por ellos mismos el puente que durante las primeras horas defendió el capitan Guevara al servicio de Francia, destruyéndolo al retirarse para evitar la persecucion de los que, habiendo ya ganado la orilla opuesta, se creían salvados, ó para retrasar la marcha de los encargados de seguir sus huellas, como efectivamente sucedió en aquella jornada.

No se puede decir que todo fuera acertado por parte de los caudillos imperiales; tambien cometieron graves faltas, aunque en menor número, siéndolo ya en sí gravísima, reconocida por tal en condiciones normales, la de marchar contra un enemigo superior, pretendiendo atacarle y vencerle atrincherado en su campo detrás de

escogidas posiciones. Pero como las circunstancias obligaban por faltar los recursos de subsistencias, cuando era, como entónces, la necesidad apremiante; algo hay que fiar al talento y práctica probada de los brillantes generales que cuentan con las faltas del enemigo, y sino las comete, saben al ménos aprovecharse de sus descuidos, conteniendo con sabia prevision sus tardíos esfuerzos; algo puede tambien aventurarse cuando al valor de los soldados se unen las más raras virtudes, como lo era entre los mercenarios imperiales la de combatir sin pagas, dando además cuanto poseían, y en tropas en que existía el entusiasmo verdadero y el patriotismo más puro, no era extraño que la fortuna secundaria siempre las bellas combinaciones del genio.

El marqués de Pescara, alma de aquella guerra, llegó á crearse una celebridad europea, y para no ser tachados de pigmeos, vamos á demostrar que no es solo nuestra la opinion de que en esta campaña se llevaran á cabo importantes innovaciones en el arte de la guerra, y que hubo por parte de los franceses olvido de sus principios, y para ello vamos á transcribir íntegras las opiniones que han emitido sobre aquellos sucesos dos oficiales generales de nuestro siglo, ya difuntos ambos, que figuran entre nuestros modernos eseritores militares, sin dejar luego de seguir exponiendo nuestro parecer, considerando histórica y militarmente tan glorioso hecho de armas para nuestro país.

El brigadier D. Antonio Sanchez Osorio, dice en su obra titulada: «La profesion militar» (pág. 629): «En la batalla de Pavia se desplegó mucho saber en el arte mi-

litar; allí por vez primera colocó el marqués de Pescara en los intervalos de sus fuerzas montadas cuerpos de mosqueteros para que se sostuvieran mutuamente las dos armas y se trasladaran los infantes fácilmente do quier se necesitasen, y estrenose una nueva táctica de caballería. La artillería por este tiempo se perfeccionó mucho, y se establecieron escuelas especiales en Burgos y en Sicilia.»

El general conde de Cleonard forma este brillante juicio de aquella campaña: «La inacción injustificable de Francisco I delante de Milan dando tiempo á que se reorganizasen sus enemigos, descalzos, desnudos, extenuados de hambre y de fatiga; su obstinacion en continuar el cerco de Pavía contra los consejos más vulgares de la prudencia; el rasgo caballeresco, pero muy anti-militar de presentar un ejército en batalla sobre la ligera y falsa suposición de que se retiraba el enemigo, son hechos que habian de producir casi necesariamente un desastre, teniendo en cuenta las cualidades guerreras de los imperiales.»

«La conducta de los generales del emperador ofrece un bello contraste y presenta una idea luminosa para apreciar los adelantos del arte militar en esta época. Su retirada sobre el punto estratégico de Lodi, llave del Adda, uno de los mejores baluartes de Italia, les proporcionaba á la vez el medio de reorganizarse sin temer un ataque súbito de los franceses, de cubrir la plaza de Crémona y de imponer á los venecianos que se aprestaban á reunirse con el rey y que no lograron verificarlo.

«La habilidad de Pescara para ir sosteniendo la moral

de sus tropas con ataques parciales y quebrantando al propio tiempo los puntos de apoyo que tenía el enemigo, estrechándolo poco á poco y circunscribiendo la circunferencia de su accion es tambien digna de elogio, la noble osadía con que sostuvo la idea de dar la batalla, contra los consejos tímidos ó circunspectos de sus colegas, revelando en él esa altiva audacia, privilegio exclusivo del verdadero genio. Sus disposiciones tácticas sobre el campo del combate fueron tambien excelentes, y en igual grado ingenioso y oportuno el medio que empleó para destruir la caballería enemiga, nervio del ejército francés. Por lo demás, se experimenta cierta admiracion mezclada de orgullo, al contemplar la intrepidez y disciplina de aquellas tropas, que, faltas de todo, no prorumpieron en la menor queja, y se siente el deseo de abandonar la pluma para exclamar con el célebre capitán ateniense: «Con soldados que aman más la gloria que su vida, no hay victoria alguna imposible.»

El general Don Alvaro de Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, con quien finalizaremos las ajenas opiniones, en su obra titulada: «Reflexiones militares» elogia tanto la conducta de Antonio de Leiva, como encuentra censurable la de Francisco I. Al primero, cuando sosegó el motin de los alemanes poniendo en venta su plata labrada y la de los oficiales españoles para abonarles sus pagas atrasadas, le compara con Germánico cuando para acallar las sublevadas legiones de Alemania les dió del dinero propio y del de sus amigos las pagas que pedian con las armas en la mano; y con Ifícrates, que no enecontrando dinero para pagar á sus

tropas amotinadas, hizo llegasen á su audiencia dos hombres preparados de antemano á darle públicamente aviso de que ya le enviaban recursos pecuniarios, aquietándose el tumulto con esta noticia.

No debe, por otra parte, aceptarse un combate cuando se espera que por falta de recursos abandonará la empresa el enemigo, ó se dividirá en varios cuerpos á fin de poder vivir sobre el país, en cuyo estado será mucho más fácil derrotar á los contrarios batiéndolos separadamente despues que se hayan dividido.

Pericles, capitan ateniense hijo de Xantipo, era de opinion de que su patria no debía aventurar una batalla contra los lacedemonios y sus coaligados hasta que el ejército de estos se disminuyese por la falta de medios y provisiones que padecían en sus tierras y de lo que en Atenas existía en grande abundancia. De igual modo los veteranos generales La Tremouille, Foix, la Paliza y otros caballeros, trataron de disuadir al rey de Francia, Francisco I, de que esperase el combate sobre Pavía, haciéndole notar que si se retiraba á un campo fuerte, lograría ménos costosa y más cierta victoria; porque, faltos enteramente de dinero los imperiales, no podrían tardar mucho tiempo en repartirse á vivir sobre el país, en cuyo caso se desharía casi del todo su ejército, siendo entónces la ocasion de atacarle y de batirle en detalle. La pérdida de la batalla y la de su propia libertad costó al rey el haber rehusado tan prudente consejo.

Son efectivamente tan triviales estos principios del arte militar, que están indicados desde Vegecio hasta el más moderno de los escritores de la profesion de las ar-

mas; y de nada sirve ciertamente el exponer el porvenir de un ejército al resultado siempre incierto de un combate, cuando se tiene la seguridad de que el contrario, en un período corto, se ha de retirar ó dividirse, ó bien cuando se va ganando en la opinion pública, ó se aumentan diariamente las fuerzas con sostenerse sin presentar la batalla, cosa que nunca debe hacerse si no existe superioridad en estas ó en talento, ó por lo ménos cuando por ambas partes no se hallen equilibradas las ventajas é inconvenientes en los casos de victoria ó descalabro.

Rocquancourt, escritor militar francés, hace un elogio magnífico del duque de Alba, porque tenía entre sus brillantes dotes, la de preveer los resultados que podía tener en el caso de arriesgar la suerte de sus tropas en el combate contra los enemigos. Este general, cuando tuvo noticia de que le censuraban sus oficiales porque se entretenía en maniobrar delante del ejército francés sin darle la batalla, les dijo, cuando aquellas tropas cubrían ya una parte del reino de Nápoles: «que ya que pensaba encontrar la victoria en la retirada de sus enemigos, sería fiel á sus máximas y no les perseguiría y sí únicamente trataría de entretenerlos con maniobras, previendo el porvenir queles esperaba. En una palabra, dijo, no quiero jugar un reino contra una casaca recamada de oro, que es todo cuanto el duque de Guisa puede perder.»

Aunque la guerra es tan antigua como la humanidad, es innegable que en la época á que nos concretamos se daba un gran paso hácia la perfeccion de su arte ó modo de ser; ya que la creacion de los ejércitos permanentes

que guardasen sus reglas y principios solo puede contarse desde los tiempos áun muy próximos del gran cardenal Jimenez de Cisneros. La victoria iba desde entónces á favorecer á los que aplicaran mejor los inmutables principios de la táctica y las reglas del combate, y aprovecharasen además los adelantos de su siglo. Creyóse en la Edad media que la infantería era casi del todo inútil ante las demás armas, creencia que duró hasta que el ejemplo de los suizos, gentes de país montañoso, para los que era imposible reunir mucha caballería, demostró que se habian ingeniado, organizándose para bastarse con sus soldados á pié, á los que hacian aprender una táctica con evoluciones especiales y principios suficientes á contrarestar á los de á caballo; de aquí que creyéndoles una infantería superior, les tomaran á sueldo casi todos los monarcas de las demás naciones, sin comprender hasta más tarde que igual resultado debian darles sus propios súbditos armados y enseñados de igual modo, sobre los cuales siempre existiría el amor á su patria, cuyo sentimiento desarrollado en el corazon del soldado obra grandes prodigios cuando es ella la que peligra y se combate por su gloria ó su engrandecimiento.

Apegados los franceses á sus rutinarias ideas más que las otras naciones de aquel tiempo, conservaban á la caballería el papel principal; poco ó nada significaba la infantería, á quien miraban con absoluto desprecio tanto como á sus armas portátiles de fuego, que, aunque imperfectas, eran ya dignas de tenerse en consideracion, y esto nos proporcionó la ocasion de vencerles, no solo en Pavía, sino tambien ántes en Cerignola, Seminara, el Ga-

rellano y otros puntos en donde si se examinan las causas principales del triunfo no puede ménos de notarse que provino de la combinacion de los adelantos en el armamento con las brillantes maniobras del Gran Capitan y de sus discípulos por quienes fué destrozada más de una vez su numerosa y bien organizada caballería con el fuego de nuestros primeros arcabuces de mecha. La artillería, arma pesada y costosa, la tenían en más estima, y ya hemos visto en Pavía baterías de 40 á 50 cañones, que fijos en un punto al principio de la batalla continuaron allí hasta que aquella terminó.

La artillería francesa deshizo las falanges suizas en Marignano y de aquí provenía la predileccion con que la miraba Francisco I como arma que le proporcionó su primera victoria, y que hubiera dado tambien en la batalla de Pavía grandes resultados si se hubiese dejado libre su accion, pues ya traía harto inquietos á los imperiales su mortífero fuego del que apenas podían librarse con sus hábiles maniobras y ocultándose con el terreno, pero la imperdonable falta de colocarse al atacar delante de las piezas, inutilizó su efecto y fué causa de su pérdida y de la de todo el ejército que defendía.

En España se apreciaba mucho tambien la artillería, puesto que fuimos los primeros en emplearla y ya en el siglo XII Alfonso el XI la usó contra los moros en el sitio de Algeciras; probado está, sin embargo, que la pólvora se conocía en china desde muy antiguo, ó una composicion muy semejante, y que fué introducida en nuestro país por los árabes conquistadores, cuyo invento había de

producir la mayor de las revoluciones en el arte de la guerra y en todos los ramos de la ciencia militar; á pesar de esta predileccion con que se la miraba y del deseo de poseer mucha, la falta de dinero de que adolecieron las tropas imperiales de Italia, que nunca tuvieron bastante ni aún para cubrir las atenciones más precisas de su sustento diario, hacía que siempre fueran inferiores en un arma por demás conocida, y suficientemente apreciada en sus ventajosos resultados, pero que era sin embargo muy costosa y difícil de conservar con tan pocos recursos.

El arte del ingeniero ó sea la fortificacion permanente y la privisional de campaña, tomaron tambien grandes proporciones, notándose en ambas adelantos de consideracion. Imperiales y franceses atrincheraban sus campos ejecutando además muchas obras que aún hoy emplea y recomienda la fortificacion de campaña; ejecutaron trincheras, minas para aproximarse á la plaza por debajo de tierra y para introducirse en ella por este medio, si los sitiados no tomaban sus precauciones para impedirlo. Pedro Navarro inventó las fogatas y en sus manos, algun tiempo ántes, se convirtió la polvora en terrible elemento de destruccion; todo el ejército se dedicaba á la construccion de trincheras, minas, parapetos, caballos de frisa y cestones llenos de tierra. El ingeniero dió á conocer su arte torciendo el curso de los rios y construyendo defensas de todos géneros, pero sólo aparecía el talento en la individualidad, aún era sólo cabeza, el cuerpo no existia, y la ejecucion de sus proyectos, los brazos que los ejecutaban estaban constituídos por las otras armas y con especialidad la infantería.

Hoy todavía, á pesar de las diferencias establecidas, es muy necesario dicho cuerpo ántes y despues del combate; pero durante él sólo puede usar las armas de la infantería entre cuyas filas combate generalmente; sin embargo, en algunos casos, con especialidad en las luchas dentro de las poblaciones, emplea los útiles de su instituto. Hoy existen tambien regimientos montados para la conduccion de los trenes de puentes y aparatos telegráficos, tanto en España como en las demás naciones de Europa.

Conservábanse en medio de la ferocidad con que á veces se combatía los sentimientos más nobles y caballescicos; en España, el orgullo castellano que se difundió en toda la nacion, y por la otra parte la política y finura de los franceses daban lugar á las escenas más extrañas: eran cosa corriente los carteles de desafío, el salir á pelear tantos contra tantos, los hechos de armas como el célebre de Barletta, los pasos, y otros combates personales que probaron el valor de las partes contendientes, de aquí el odio á las armas de fuego que, segun decían aquellos campeones, podían matar traidoramente y desde lejos al hombre de más valor; si la opinion de Bayardo, flor de la francesa caballería, hubiera sido ley, las armas de fuego se hubieran suprimido; dicen que les tenía un odio inveterado, pues quizás preveía que ellas iban á ser la causa de su muerte; efectivamente en la retirada de que á la ligera hemos hablado, en los antecedentes históricos que preceden, una bala de arcabuz le rompió la espina dorsal despues de hacerle añicos el espaldar de su armadura, por lo cual, segun dijimos, sintiéndose morir hizo le arrimasen á un árbol para tener la cara vuelta al enemigo al lanzar su último suspiro.

Llegaron á tal exageracion las fórmulas de política y cortesía, que en la batalla de Rocroi, muy posterior á la descrita, las avanzadas francesas estuvieron largo rato con el sombrero en la mano, suplicando á los españoles tuviesen á bien romper el fuego y éstos á su vez correspondían con iguales muestras de consideracion, que les hacian parecer la gente más amable del mundo hasta que se disparaba el primer tiro. Entónces cambiaba por completo la escena y ya no era sólo la retirada del contrario ó su prision despues de rendido lo que se quería, sino su destrozo, su muerte y exterminio. En la misma batalla antes citada, los franceses deshicieron á nuestros célebres tercios que sucumbieron retirandose diezmados incesantemente por la contraria caballería; perdiendo el terreno palmo á palmo y cerrando las brechas abiertas por las balas en sus filas, continuando batiéndola como una resistente masa de granito hasta que no quedó nadie. Por parte de los españoles se peleaba con el mismo ensañamiento, y Gaston de Foix, llevado en Rávena por su valor hasta las filas de nuestra infantería, después de muerto su caballo, fué atravesado por las mismas filas que intentaba romper, á pesar de los gritos que daban los franceses á los tercios españoles, en los que clara y distintamente se percibían las voces de ¡no matarle, que es el hermano de vuestra reina! (1)

No existe comparacion posible entre los ejércitos actuales y los de aquella época; los soldados mercenarios

(1) Era hermano de Germana de Goix segunda mujer de Fernando el Católico.

iban á las batallas y á los asaltos de ciudades hambrientos de botin y de sangre; la libertad que disfrutaban en campaña solía confundirse con la más desenfrenada licencia; es verdad que las pagas no eran muy corrientes, pero esto no puede disculpar la destruccion, el saqueo, el incendio y la desolacion, compañeros inseparables de los combates de aquella época, cuyos hechos son un extraño contraste con las pruebas de caballeridad é hidalguía de que todos querían hacer alarde, pero estas cosas son disculpables, puesto que entónces eran muy naturales por más que hoy nos parezcan censurables.

Considerando históricamente aquel período tan fecundo en acontecimientos, vemos una desproporcion entre las mudanzas á que ha dado lugar y los esfuerzos que costaron. Entre naciones de gobiernos muy desiguales es donde las conquistas son únicamente dilatadas y rápidas. Cuando Alejandro el Grande, al frente de un pueblo valiente, de sencillas costumbres, instruído en la guerra, por sus admirables instituciones, sujetó un Estado á quien tenía enervado el exceso de lujo y de molicie; cuando Gengis-Kan y Tamerlan, capitaneando ejércitos de robustos bárbaros, se dejaron caer como improvisada avalancha sobre naciones debilitadas por el clima, el comercio y las artes, estos conquistadores parecidos á impetuosos torrentes lo destruyeron todo á su paso, subyugando reinos y provincias en el espacio de tiempo que necesitaban para atravesarlas. Pero los pueblos civilizados é instruídos casi al mismo nivel, cuando entre sí combatían no se hallaban tan expuestos á las calamidades de una conquista repentina; la suerte de los Estados

civilizados no dependía entónces de una sola batalla. Tenían en su constitucion interior cuantiosos recursos, y generalmente más de un Estado vecino se interesaba en su conservacion y le ayudaba en su defensa equilibrando con su auxilio las momentáneas victorias que uno de los dos partidos podía haber alcanzado, como sucedió despues de la victoria obtenida en Pavia. Todas las naciones rivales en aquel tiempo se encontraban aniquiladas, despues de guerras tan largas y sangrientas; sin embargo, ninguna era completamente vencedora ni vencida. Por último se ajustaba forzosamente una paz que dejaba á cada uno casi el mismo poderío y el mismo territorio. Tal fué lo ocurrido en Europa y en el reinado de Carlos V. Ningun príncipe tenía sobre los otros bastante superioridad de fuerzas, para no encontrar resistencia en sus pretensiones, y estorbo á sus conquistas. Ninguna nacion aventajaba á las demás en la ciencia del sistema de gobierno hasta el punto de haber adquirido sobre ella una preeminencia decidida. Cada Estado tenía por su posicion y clima beneficios é inconvenientes, y se distinguían todos por algun carácter particular, por la índole del pueblo ó la naturaleza de su constitucion. Las naciones de Europa eran en aquel siglo, cual hoy día, como una familia numerosa; tenían facciones comunes que las asemejaban y había en cada una diferencias visibles que las distinguían; mas no se veía entre ellas aquella gran diversidad de carácter y de índole que ha puesto á los europeos en todos los períodos de la historia sobre todos los demás habitantes del globo, y parece haber destinado á unos para mandar y á otros para obedecer.

Sin embargo, no puede negarse que los progresos de la casa de Austria fueron de mayor consideracion, más visibles y evidentes que los de las otras potencias; y además de los vastos dominios heredados por Cárlos I de España, de sus antepasados austriacos, españoles y borgoñones, añadió él mismo á ellos la corona imperial; y como si esto y sus conquistas en Italia hubieran sido todavía demasiado poco, se ensancharon los límites del universo y surgió de enmedio de las aguas un mundo completamente desconocido, para someterse á su autoridad engrandeciéndolo su poderío.

Pero dejando aparte las consideraciones históricas, volvámos á la cuestion militar, única que debemos examinar con extension; y aunque sobre uniformes, organizacion, armas é instruccion táctica podríamos decir mucho, nos bastará una ligera idea de lo que eran, para demostrar que hemos adelantado mucho en el tiempo trascurrido desde entónces.

Marcado estaba el uniforme que debían usar las compañías, pero hecho muchas veces el alistamiento como se podía durante la guerra, en épocas y hasta naciones diferentes, no se lograba una completa uniformidad, y esta no subsistió hasta que más adelante se crearon los tercios; sin embargo, notábase más igualdad en las armas ofensivas y defensivas, usando banda encarnada las imperiales y blanca las francesas para distinguirse entre sí.

Las picas eran de madera muy resistente, de tres pulgadas de diámetro próximamente y de tres varas de altura, aunque las había más cortas y más largas; los que combatían con la espada sola, usaban aún escudo ó rode-

la. El arcabuz (acrobuzio) arma manual de tiro primitivo, era solamente un cañon montado sobre un afuste ó caja de madera prolongada hácia la parte posterior, de modo que se le pudiera sostener con una mano mientras se apuntaba y daba fuego; con objeto de hacerle más manejable se suprimió el cañon y se le alargó la recámara, el retroceso era demasiado sensible, sin embargo, y fué preciso adaptarle un gancho hácia la parte posterior, mediante el cual se sujetaba á un obstáculo fijo, que era el que lo soportaba, llamándose por este motivo arcabuces de gancho. El arcabuz, como el mosquete de que trataremos despues, tenía las desventajas de que en los días de lluvia no podía usarse porque se mojaba la pólvora del cebo y se apagaban las mechas de cuerda que servían para dar fuego; en las sorpresas y servicios nocturnos delataba la presencia de los arcabuceros el fuego de las mechas, y eran tantos en fin los inconvenientes para municionar y usarlos, que no es de extrañar que eminentes generales y escritores de aquella época y hasta muy posteriores, prefiriesen la pica á un arma tan incómoda y pesada, que necesitaba una horquilla para dispararse, los requisitos del buen tiempo, y otras cosas que en la guerra no siempre pueden proporcionarse; aunque los soldados que usaban armas de fuego, siguieran llamándose arcabuceros y aún existían algunas de estas armas, parece fuera de duda que lo que se usó en Pavía fué el mosquete, cuya descripción, por referirse en ella al acontecimiento que motiva estas líneas, tomamos del «Tratado de armas portátiles» del señor brigadier Barrios, que dice así:

« Mosquetes.— Los adelantos de la industria permitieron forjar de una sola pieza de hierro el cañon y la recámara, resultando un arma mucho mas ligera, semejante al arcabuz y más larga y de más efecto, siendo su tiro hasta los 300 metros ó más.

Se les dió el nombre de mosquetes y no siendo aun bastante manejables para servirse de ellos sin más auxilio que las manos, se llevaba una horquilla que apoyada en tierra ayudaba á sostener el arma cuando se hacía fuego. El mosquete fué introducido por Cárlos I en 1521, y en esta época constaba la infantería de dos tercios (serán terceras partes) de arcabuceros ó mosqueteros y el resto de piqueros.»

«El triunfo de Pavía en 1525 se atribuye por muchos autores al acertado fuego de los arcabuceros españoles, que conteniendo y haciendo ineficaz la carga dada por Francisco I á la cabeza de su nobleza, fué de sus resultados hecho prisionero.»

Los mosquetes eran de distintas longitudes y se diferenciaban de los arcabuces en la forma casi recta de la culata ó parte posterior de la caja; y aunque los primeros eran muy pesados y necesitaban de la horquilla, como ya hemos dicho, fueron sucesivamente aligerándose y disminuyendo el calibre, hasta el punto de poder hacer fuego sin más que apoyarlos contra el hombro y dejarlos descansar por la parte anterior sobre la mano izquierda. El calibre de los primeros era de diez balas en libra y de diez y seis el de los últimos, de modo que pesaba una onza de plomo ó hierro cada bala.

Respecto á táctica y organizacion, estaba en uso toda-

vía la del Gran Capitan, segun la cual, la coronelia, que tambien se la llamaba escuadron aunque fuese de gente de á pié, constaba de seis mil hombres, que se distribuían en doce capitanías ó batalladas, de á quinientos hombres cada una; de éstas llevaban pico doscientos soldados, doscientos con rodelas y espadas y los cien restantes arcabuces de mecha; de las doce capitanías, diez se hallaban constituídas del modo dicho, pero las dos restantes se llamaban extraordinarias y no había en ellas más que piqueros.

El coronel mandaba el escuadron y un capitan la capitania ó compañía; en cada una de estas había cinco cabos de batalla, encargados del mando de cien hombres; cada division de cien tenía diez cabos encargados cada uno de diez soldados, con lo cual el mando estaba muy subdividido, como hoy sucede.

La unidad de fuerza era la capitania: para la marcha de ella se usaba la columna prolongada muy semejante á la marcha de flanco usada actualmente. Formábase tambien en batalla pero en muchas filas, de modo que éste orden podría llamarse batalla profunda, las filas se ponian unidas colocándose unas detrás de otras, pecho con espalda, y generalmente eran ocho aunque su número no era fijo, y á veces formaban tambien en diez y seis ó más. En los cuadros que existen de aquella época, colocados en los corredores bajos de algunos patios del Real monasterio de San Lorenzo del Escorial, pueden verse las órdenes y formaciones en batalla, existiendo tambien algunos en el Museo de Pinturas, aunque no tan abundantes en este género. Además se formaban los cuadros

llenos y vacíos para resistir á la caballería, y en este caso las picas más largas se colocaban en la primera y segunda fila intercaladas con la arcabucería; otras veces la primera fila era de arcabuceros arrodillados y las demás de piqueros.

Las dos capitanías llamadas de picas extraordinarias por carecer de armas de fuego, se colocaban en los sitios de mayor peligro, cubriendo los puestos más amenazados por el enemigo; también se formaba con todos los de esta clase un cuerpo escogido cuando se creía preciso.

La táctica empleada por los suizos, á quienes se consideraba más instruidos en el arte de combatir con infantería, tenía como formación normal una disposición de combate en forma de cruz, colocando algunos arcabuceros en los vértices de los cuatro ángulos entrantes. Existía también otra formación en círculos concéntricos, situándose el capitán y la bandera en el punto céntrico rodeándolos los armados de rodelas, que formaban un círculo en varias líneas, según su fuerza; estos en seguida eran ceñidos por los armados de picas, y delante de todos se colocaban los arcabuceños arrodillados en una ó dos filas; todas las formaciones de los suizos y con especialidad las descritas, pasaron á formar parte de la táctica empleada por el Gran Capitán en aquellas guerras.

La fuerza de caballería, cuya unidad táctica se llamaba también escuadrón, palabra bastante elástica por lo que vemos, se componía de seiscientos jinetes, de los cuales la mitad eran ligeros y la otra mitad hombres de armas.

Al disponer un ejército en orden para dar batalla, se

procuraba que el general en jefe tuviese en su mano todos los resortes de la máquina (1), ó lo, que es igual, que conservase su influjo en todas las armas, cuerpos y lugares donde se encontrasen sus tropas durante la lucha y procuraban que no perdiesen los diferentes elementos la constante y mútua proteccion, ni la cohesion necesaria para resistir los ímpetus más violentos. No se daba la importancia suficiente á la artillería, porque no siendo conocidos aún los fuegos oblicuos ni los efectos del rebote en los proyectiles, podía evitarse el daño que estos pudieran causar por medio de maniobras ingeniosas como las empleadas en Mirabel por Pescara, ó por combinaciones en las cuales jugaban gran papel los pliegues y accidentes del terreno; además de esto, la mucha aglomeracion de piezas dificultaba sumamente las marchas y no podían con ella darse golpes de mano, ni tomar la guerra el carácter de velocidad y de ligereza que tanto contribuyó á que las armas españolas quedasen vencedoras en Italia.

El estudio del arte de la guerra tomaba como buenos modelos la organizacion y táctica de los griegos y romanos; discutíanse como en los primeros tiempos las ventajas en el empleo de la falange y la legion, y reconocida esta última como superior, en armonía con las opiniones de los romanos, se ideó ajustar á su composicion la de creacion de los tercios; como lo prueban los escritos de don Sancho de Londoño, quien compara esta organizacion con la legionaria, aunque sus fuerzas va-

(1) Segun Lloid.

riaban, porque el tercio tuvo siempre ménos que la legion, y llegó á ver muy mermadas sus filas á consecuencia de las guerras sostenidas en Flandes é Italia casi sin interrupcion por muchos años.

El jefe de un ejército, parecía ser su verdadero propietario, obrando en todo con mucha independencia: su talento podía desarrollarse en un vasto campo obrando con libertad para poner en práctica el plan de campaña que hubiese ideado, siendo exactísimo que los reyes abandonaban con lamentable frecuencia la obligacion de mantener y pagar sus ejércitos, en cambio rara vez pedían cuenta del uso que se hacía de las contribuciones impuestas á los países donde se dominaba y que proporcionaban recursos, ni de los rescates, subsidios, botin cogido al enemigo en los combates y otros medios que hubiera de reunir fondos. A pesar de esto, no dejaba de haber empleados para el arreglo y buen orden de todo, los cuales concluían por hacerse ricos, como hoy se ve algunas veces, por más que entónces lo hacían aprovechando la ignorancia de las gentes de guerra.

Ya se ha visto que cuando el marqués de Pescara logró reunir el dinero de los españoles para pagar á los alemanes; cada capitán recogió los que de su compañía contribuyeron, tomándolo por cuenta y memoria, para que despues Angiliberto, escribano de raciones ó contratador del ejército, tuviese cuidado de hacerlos pagar, etc..., luego existía una especie de administracion militar que por sus empleós se confundía en muchas ocasiones con la de justicia, puesto que el encargado ó encargados de los fondos, contabilidad y distribucion, eran escribanos, jueces y contadores.

La justicia era tambien administrada por los jefes del ejército, sin necesidad de letrados ni expedientes en todos los delitos militares y comunes, siendo su voluntad ley, é imponiéndose la pena que el general ordenaba, inclusa la de muerte, sin apelacion. Los demás capitanes y jefes tenían la facultad de ordenar castigos corporales, pero no privar de la vida á ninguno de sus inferiores, sino en virtud de sentencia que aprobaba el jefe del ejército.

En los asuntos espirituales era donde estaba arreglado todo con más lujo, puesto que cada compañía, que constaba de 250 hombres, tenía su capellan (véanse las notas del final), de manera que al ménos podían dejarse preparados los negocios para cuando fuera preciso morir. Las versiones de los historiadores de la época sobre los actos de piedad y devocion á que se entregaban los ejércitos españoles nos parecen algo exageradas. Refiere Sandoval que la noche ántes de la batalla, se confesaron todos los soldados católicos del ejército con los capellanes de sus compañías, y al siguiente día, ya frente al enemigo, cuando despues de sufrir los efectos de su artillería vieron venir sobre ellos á los franceses, se arrodillaron todos, pidiendo á Dios les concediese la victoria, en una sentida plegaria, y luego, levantándose, les atacaron bravamente: el carácter sacerdotal del autor de aquella crónica, es el que sin duda alguna le hace decir cosas semejantes, presentándonos luego cuadros de tal ferocidad, que son un contraste con la piedad con que resaltar debía entre todas la religion cristiana, que tan bien practicaban, puesto que él mismo prueba en el adjunto párrafo

que la sangre no se derramaba por necesidad, sino por gusto.

«Aunque salían, dice, de la batalla y se rendían á quien pensaba les salvaría las vidas y para esto prometían un gran rescate, no tenían remedio porque llegaban los arcabuceros y sin compasion alguna los mataban: de esta manera vió, quien escribe esto, morir á Mr. de la Paliza, caballero anciano y muy estimado, que se había rendido al capitán Chuchar y prometídole veinte mil ducados de tallas» sin embargo de lo cual, el respeto que á sus jefes tenían los soldados era tan escaso en el combate, que no bastaron los esfuerzos del capitán para librarlo, y fué muerto por un arcabucero.

Algunos trataban de enmendar su vida pasada y el mismo Sandoval cita el casamiento del capitán Alonso Córdoba, con una mujer de quien tenía dos hijos é iba con el ejército, el día ántes del combate: lo de las prácticas religiosas nos parece poco probable, porque este mismo ejército entró dos años más tarde por asalto en Roma y se entregó en los mismos templos á los más denigrantes excesos, sin tener respeto ni temor alguno á las cosas sagradas.

Sensible es demostrar la verdad desnuda, pero cuando se relatan los episodios de un suceso histórico, no deben estar envueltos en el manto de la gloria de tal modo que se presenten desfiguradas las costumbres de la época; los vicios de la organización de entónces disculpan esos lunares comunes á todos los ejércitos del mundo, y á pesar de ellos los adelantos en la ciencia de la guerra, el talento y el genio lucieron á través de sus inevitables hor-

rores. Si hemos citado los defectos para que los corrija-
mos si es posible, la historia, gran maestra del porvenir,
ensalzará también el valor, la caballerosidad y virtudes,
cuyo recuerdo nos enorgullece y llega como herencia de
nuestros antepasados á la época en que vivimos.

La destrucción del enemigo es dolorosa, pero muy
necesaria para que no pueda reorganizarse y recobrar lo
perdido; no es buena desgraciadamente la máxima de
«al enemigo que huye puente de plata;» esto que la hu-
manidad aconseja, lo reprueba la razón en la guerra
para evitar mayores males. Después de perder los fran-
ceses la batalla de Waterloo, era necesario aniquilar su
ejército en la huida, porque el genio guerrero de Napo-
leon podía reorganizarlo y volver á recobrar lo perdido,
pero al enemigo rendido, al prisionero ó al herido no
debe tratarse del mismo modo, y es prueba de hidal-
guía y nobleza en toda época evitar derramamientos de
sangre que á nada conducen.

- Sólo nos falta hablar del servicio sanitario para termi-
nar este imperfecto cuadro. Algunos cirujanos (Cereceda
les llama cirúrgicos) escasos en número y en ciencia lle-
naban este cometido acompañando á los ejércitos, ó acu-
diendo desde las ciudades inmediatas á prestar sus servi-
cios después de una batalla; no existían botiquines,
material sanitario ni camillas: el muerto no necesitaba
auxilio alguno, y el que caía gravemente herido, con
estoica resignación esperaba la muerte sin ser atendido
por nadie; pocos cirujanos debía llevar consigo en Pavía
el ejército imperial cuando el escudero del marqués de
Pescara, fué, según convienen todos los escritores de estos

sucesos el que le estrajo la bala de arcabuz que tenía entre la armadura y el cuerpo y le vendó también las heridas.

Como según antiguo adagio «lo cortés no quita á lo valiente» es justo pagar aquí á la civilización actual un tributo de admiración y agradecimiento. Hoy los mejores ejércitos de Europa, los que más número de soldados y mayores elementos cuentan de destrucción, son los que mejor establecido tienen el servicio sanitario y tienen también mayor número de médicos; ejemplo reciente de esto es la guerra franco-prusiana, en que se combatía con sin igual furia, pero terminada la batalla llenábanse los campos de camillas, no sólo del ejército sino también de asociaciones caritativas, que como la cruz roja y otras atendían con igual solicitud á los dos bandos; honrando á nuestro siglo, en el que se procura aliviar el infortunio, haciendo menor el sufrimiento de los heridos, de lo cual se han ocupado congresos europeos por convenios internacionales.

No tuvieron la culpa los actores de los sucesos descritos si no nacieron en tiempos más civilizados; hágase ahora un estudio comparativo de aquellas naciones, y se verá por él, que jamás ganaron á los españoles, enemigos ni aliados, en caballería, valor ni nobleza en el modo de proceder. En Italia se sufría con gusto el dominio español y se odiaba el francés; los historiadores del país dominado, como Guicciardini, Fernando Navajero y el mismo César Cantú de nuestra época, nos tratan como enemigos y dominadores de su patria, y aunque hagan resaltar los defectos de aquella valiente raza española,

con más ó ménos razon, no pueden ménos de hacer justicia á su proverbial hidalguía. Cantú inserta en su obra una noticia de los ejércitos que invadieron á Italia, escrita en aquella época por Navajero, quien despues de hablar muy mal de los alemanes y flamencos, dice con respecto á los españoles, á los que tampoco quiere, lo que sigue:

«Son gente sufridísima á propósito para el sitio de las ciudades por la agilidad y destreza del cuerpo para las escaramuzas, por la bondad de su ingenio en extremo despierto, y para reunir con honor las fuerzas dispersas cuando han experimentado una derrota. Son corteses en sus modales y conversacion si pertenecen á inferior clase, dignos en el vestido y en todas las cosas aparentes, deseosos de enriquecerse, sobrios y parcos en la comida y en la bebida. El ejercicio de las armas, aunque lo profesan, no es el suyo habitual, pero lo aprenden con facilidad, y los que han estado á las órdenes del César, se han acostumbrado á las guerras de Italia y á las demás extranjeras.

»El emperador podrá servirse siempre de los españoles en corto número fuera de España, porque siendo hoy tan fácil la navegacion á la India, donde con ménos peligro y fatiga se tiene la probabilidad de ganar mucho y enriquecerse, los que siguen la carrera de las armas, por carecer de otro medio de vivir, prefieren emprender estos viajes. Es verdad que de salir á alguna guerra fuera de su patria, lo harian con más gusto á Italia, porque teniendo en ella todo lo que el emperador les da en España, les parece en cierto modo estar en sus casas y vivir á su

manera. De estas tres naciones permanecen más tiempo juntos el italiano y el español que el alemán, el cual es enemigo de los dos primeros, y una de las mayores alegrías del alemán en la guerra de Francia fué que el emperador se encontrase sin italianos, y con tan pocos españoles que pudiesen darles la ley.»

Así escribían nuestros enemigos ó quienes como á tales nos consideraban; y he copiado el anterior párrafo, porque sienta mejor en extraños y enemigos nuestro elogio que en autores españoles. Iguales recuerdos dejaron en cuantas naciones peleaban, y ellos son una protesta viva contra las frases injuriosas que nos dedica el historiador inglés Willian Prescott, en su historia de la «Conquista del Perú,» en la que inculpa á los españoles de faltas que quiere hacer criminales, que no eran suyas, sino de la época en que vivían, y con notoria injusticia coloca á sus compatriotas en mejor terreno.

Al terminar este juicio comparativo, histórico y militar, hacemos fervientes votos porque la nacion española vuelva á ser poderosa y temida, y que al vigor varonil de aquellos tiempos reunan nuestros sucesores las cualidades de sabios, humanitarios é instruidos, y de este modo se elevará el pabellon de la patria con noble orgullo sobre los demás de Europa, á cuyas naciones vencerá otra vez, no sólo con las armas, sino con las ciencias, la civilizacion y el talento. Esto se conseguirá de seguro el día que haya más abnegacion, y ménos bastardas ambiciones, cuya primera virtud matará el egoismo personal que hoy está tan arraigado con menoscabo de la prosperidad comun.

Aquí pensábamos terminar, pero aún debemos hacer constar una circunstancia que demuestra la popularidad del hecho descrito en estas páginas, y que su recuerdo no muere nunca.

En la «Correspondencia de España» del día 13 de Abril de 1879 (día que escribimos estas líneas), se lee el suelto siguiente en la «edición de la tarde:»

«Parece que el señor marqués del Vasto y de Pescara, heredero del vencedor de Pavía, ha regalado á S. M. el Rey la tienda y espada que usó Francisco I, cuyos objetos serán destinados á uno de nuestros museos.» Es de suponer que la espada sería de su uso ántes ó despues de la batalla, y otra distinta de la que entregó al ser prisionero.

VI.

NOTAS PARA ILUSTRAR LA NARRACION.

I.

Relacion individual de los personajes franceses muertos ó prisioneros en la batalla de Pavía, sacada de los documentos oficiales publicados de órden del rey Luís Felipe de Francia en 1847.

PRÍNCIPES Y SEÑORES MUERTOS.

El duque de Suffoelt, á quien pertenecía el reino de Inglaterra.

Francisco, señor de Lorena.

Luís, duque de Longueville.

El mariscal de la Tremouillé.

El conde de Tonnerre.

El mariscal de Chavannes, primer mariscal de Francia.

El mariscal de Foix, hermano del almirante Lautrect.

El príncipe bastardo de Saboya, gran maestro de Francia.

El general Bounivet, almirante de Francia y gobernador del Delfinado.

Monsieur de Buxi d'Amboise.

Monsieur de Chaumont d'Amboise.

Morsieur de Saint-Mesmes.

Monsieur de Tournon.

Monsieur Chataigne.

Monsieur de Morette.

El bastardo de Lupé, preboste de palacio.

El señor de Saint-Severin, gran escudero de Francia.

El señor de Laval de Bretagne.

PRÍNCIPES Y CAPITANES PRISIONEROS.

El rey de Francia, Francisco I.

El rey de Navarra (príncipe Enrique de Albret).

Luís, señor de Nevers.

Francisco, señor de Saluces.

El príncipe de Talemond.

Monsieur de Aubigny.

El mariscal-duque de Montmorency.

El señor de Rieux.

Monsieur de Chartres.

El señor Gallas Visconti.

El señor Federico de Banges.

El conde de Saint-Paul, hermano del duque de Vendome.

El hijo del bastardo de Saboya.

Monsieur de Brion.

El gobernador del Limosin.

El baron de Bierry.

Monsieur de Bonneval.

El Baile de Paris.

Monsieur de Viot.

Monsieur de Charrot.

El Baile de Bugeney.

El Señor de Chartre.

Monsieur de Boixi.

Monsieur de Lorges.

Monsieur de Morni

Monsieur de Crest.

Monsieur de Guiche.

Monsieur de Montigent.

Monsieur de Saint-Marsant.

El Senescal de Armaignac.

El vizconde de Lavedan.

Monsieur de Clartte.

Monsieur de Patou.

Monsieur de Changy.

Monsieur de Aubigou.

Monsieur de Aunebaut.

El hijo de Monsieur de Tournon.

La Roche Aymond.

La Roche du Meine.

Monsieur de Clermont.

Monsieur de Saint-Jean d'Ambornay.

Monsieur de Vatilhien.

Monsieur de Silans.

Monsieur de Boutieres.

Monsieur de Barbesieux.

El poeta Clemente Marat.

Y los capitanes auxiliares : Chaudion, Laval, Lambricourt, Gallazo, Bernabé Visconti y Federico Bazzolo.

Tambien figuran entre los muertos, el coronel jefe de los suizos y el hijo del rey de Escocia.

II.

LA ARMADURA DE FRANCISCO I.

Despojado el rey prisionero de sus armas, como uno de los trofeos más preciados de la victoria, le fueron remitidos al emperador Cárlos V, quedando depositada la espada, de que se ha tratado, en el alcázar de Toledo : y respecto á su armadura de cuerpo, mandó fuese llevada á Alemania para que se conservára allí como un recuerdo del valor de aquellos súbditos suyos, que habian contribuido á ganar la batalla. Desde entónces se hallaba en el museo de Inspruck, donde estuvo hasta que en 1806 la recobró el príncipe de Neuf-Chatel, remitiéndola á Francia con gran ceremonia. El emperador Napoleon I hizo colocar esta armadura en el museo de arti-

llería de Paris, en donde puede verse todavía, al lado de la espada. Si cada nacion de las que han invadido la Francia, se hubiera llevado los efectos que allí se conservan, perdidos en antiguos descalabros, dicho museo estaria hoy vacío de los recuerdos que tanto envanecen á nuestros jactanciosos vecinos, que á pesar de su sistema de evitar cuanto en las demás naciones pueda considerarles rebajados, no podrán borrar con igual facilidad los hechos consignados en la historia.

III.

ORGANIZACION DE LA INFANTERÍA

DEL EMPERADOR.

Hasta el año de 1534 no se organizaron los tercios españoles, flamencos y alemanes, de modo que las fuerzas que combatieron en Pavia estaban formadas por compañías sueltas; constituyendo cada veinte de éstas una colunela ó coronelía; la fuerza de una compañía y su haber ó coste mensual era el que á continuacion se expresa, segun fuesen de piqueros ó arcabuceros, debiendo significarse que el furriel que figura en cada compañía servia para hacer el alojamiento de la tropa, sacar el pan y llevar el servicio: á cargo del sargento corria la distribucion de los aposentos ó reparticion del alojamiento; eran tambien sus funciones las de adiestrar la gente en la táctica y enseñarles el manejo de las armas blancas y de fuego.

DE ARCABUCEROS		DE PIQUEROS	
PLAZAS.	HABER Escud	PLAZAS.	HABER Escud
1 Capitan.	15	1 Capitan.	15
1 Paje.	4	1 Paje.	4
1 Alférez.	12	1 Alférez.	12
1 Sargento	5	1 Sargento.	5
1 Furriel.	3	1 Furriel.	3
1 Tambor.	3	1 Tambor.	3
1 Pífano.	3	1 Pífano.	3
1 Capellan.	10	1 Capellan.	10
10 Cabos de escuadra á 3 y 1 de ventajas.	40	10 Cabos á 3 y 1 de ven- tajas.	40
240 Arcabuceros á 3 y 1 de ventajas con un toston para celada	1032	240 Piqueros á 3 escudos	720
		258	
258 TOTAL. . .	1127	TOTAL. . .	815

IV.

HISTORIADORES EXTRANJEROS

Y ENEMIGOS DEL EMPERADOR QUE HAN TRATADO DE ESTOS
SUCESOS.

El más notable de todos, quizás por ser el único contemporáneo, es Guicciardini. En la biblioteca nacional de Madrid puede verse su obra titulada « La Historia d'Italia di M. Francesco Guicciardini yentil'uomo fiorentino. Nuovamente con somma diligenza ristampata e da molti errore ricorretta, con la adggiunta de' somma-

rii à libro per libro é con la annotattioni in margine delle cose piú notabili.—Fatte dal reverendo padre Remigio Fiorentino che s'e mesa ancora una copiosissima tavola per maggior comodita dei lettori — In Venetia appresso Niccolo Benalacqua—anno 1568.»

En dicha obra que se halla encuadrada en pergami-
no perfectamente conservada, y de la cual han toma-
do muchos escritores los sucesos descritos en esta, se
hallan explicados tan á la ligera, que por su poca exten-
sion consideramos de oportunidad copiarlos en lo refe-
rente sólo á la batalla, que usando del laconismo ma-
yor, dice así:

FATTO D'ARME DI PAVIA.

«Il medesimo giorno natale di Cesare, deliberati d'an-
dare à Mirabello, dove alloggiavamo alcune compagnie
di cavalli ed i fanti, con intentioni non si movendo i
francesi d'aver liberato l'assedio di Pavia, e moven-
dosi tentare la fortuna della giornata, però avendo fatto
dare nelle prime parti della notte piú volte all'armi per
stroccare i francesi, fingendo volergli assaltare verso il
Po, Tessino e San Lazaro, dipoi à mezza notte essendos,
per comandamento dei capitani tutti i soldati messi una
camiccia bianca sopra l'armi, per segno di riconoscersi;
da i francesi fatto, due squadre di cavalli e quattro di
fanti; nella prima sei mila fanti divisi en parti eguali di
tedeschi, spagnuoli e italiani sotto il marchese del Guas-
to; la seconda solo di fanti spagnuoli sotto il marchese di
Pescara, la terza e la quarta di tedeschi guidata dal vi-

ce-rè e dal Duca di Borbone; e arrivati al muro del barco con muratori e etiandio con aiuto dei soldati, essendo qualche ora innanzi : giorno gitaronno in terra sessanta braccia di muro e entrati nel barco la prima squadra andò alla volta di Mirabello, il resto dell'exercito alla volta del campo; ma il re intesa l'entrata nel barco, pensando andasimo à Mirabello uscì degli alloggiamenti per combattere sulla campagna aperta a l'espianata, desideroso di combattere più presto quivi che altrove per la superiorità dei cavalli, ordinando nel medesimo tempo che l'artiglierie si volgesimo verso gl'inimici, il quali batendo gli per fianco facciono qualche danno al retroguardo.

Urtosi in questo mezzo ferocemente la bataglia imperiale, con lo squadrone del rè, che ordinariamente era la bataglia, ma secondo caminavano gli spagnuoli fu l'avanguardia dove egli combattendo egregiamente, sostenevano l'impeto de gl'inimici da' quali i suoi furono costretti per lo furore de gli scoppietti à piegare infino à tanto che sopravvenendo gli suizzeri, gli spagnuoli furono ribatutti da loro e da la cavalleria che gli assaltò per fianco; ma chiamato dal marchese de Pescara il Vice-rè e sopraviniendo coi fanti tedeschi, ruppero facilmente e con molta uccisione gli suizzeri i quali non corrisposono quel giorno in parte alcuna al valore solito à dimostrarsi da loro nell'altre bataglia e essendo il rè con grande numero di genti d'armi nel mezzo della bataglia, e sforzandosi fermare i suoi doppo avere combatutto molto ammazzatogli il cavallo e egli benchè leggiermente ferito nel volto e nella mano, caduto in terra, fu preso da cinque soldati che non lo conoscevano, ma sopravvenendo il Vice-rè,

dandosi à cognoscere e egli bacciatoli con molta riverenza la mano, lo (rende) riceve, prigionero in nome dell'Imperatore. Nel qual tempo il Guasto con la prima squadra aveva rotto i cavalli che erano à Mirabello, e il Leiva, il quale secondo dicono alcuni, aveva à questo efetto gitatto in terra tanto spatio di muro che potevano uscirne in un tempo medesimo cento cincuenta cavalli; uscito di Pavia aveva assaltato i francesi alle spalle, in modo che tutti si messono in fuga e quasi tutti fualigiati eccetto il retroguardo dei cavalli; il quale sotto Alenzon nel principio della bataglia, si ritiró intero. Fu constante opinione che in questa giornata morirono tra di ferro ed essere afogatti fugendo nel Tessino più d'otto mila nel campo francese é fortemente dei primi signori di Francia ect.^a

El historiador inglés Robertson refiere con más ligereza todavia esta batalla; su obra es bastante conocida y existe traducida al castellano por D. Félix Ramon Alvarado, impresa en Madrid año 1821. Léase el tomo 2.º de esta obra, página 257, y se verá que ocupa tres páginas en 4.º menor para describirla, y contiene en su descripción bastantes inexactitudes.

Mr. de l'Austrect, en su folleto titulado «Priuse et assault de Pavie» (sic), impreso en 1527, nada de notable dice, y como francés es algo parcial; y aunque existen muchos otros autores extranjeros que se han ocupado en la historia de aquella guerra, los más dignos de mención que hemos encontrado son los tres que van citados, que respectivamente son italiano, inglés y francés, estando considerados como enemigos de la casa de Austria más que como historiadores imparciales.

VII.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

Son tan conocidos los principales personajes que figuran en la época que hemos descrito, que creemos bastará con una ligera noticia de sus hechos, fijándonos en muchos de éstos, cuya notoriedad histórica no está muy aclarada; sus vicisitudes y puntos salientes biográficos, son los que se indican á continuación en corto extracto.

I.

CÁRLOS I. REY DE ESPAÑA Y V. EMPERADOR DE ALEMANIA.

Era hijo mayor de Don Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, y de la reina de Castilla Doña Juana; nació en Gante el año 1500, heredando el trono en 1517, y desembarcó en Villaviciosa de Asturias en 19 de Octubre de dicho año. En 1519, con motivo de la muerte de su abuelo Maximiliano, fué elegido emperador de Alemania, tomando el título de majestad, que desde entonces vienen usando los reyes en vez del de alteza que ántes se les daba. Tuvieron lugar en Castilla en su tiempo la guerra civil de las Comunidades y en Valencia la de las Germanías, sosteniendo en el trascurso de su reinado continuas luchas con Francisco I, rey de Francia, á quien hemos presentado en Pavia derrotado y prisionero; más adelante deshizo la liga formada contra él por el papa

Clemente VIII, y su ejército tomó por asalto á Roma, cogiendo prisionero al pontifice y saqueando la Ciudad Eterna. Devolvió la libertad al rey de Francia en virtud del tratado de Cambray, llamado tambien Paz de las Damas, porque fué ajustado entre Margarita y Luísa de Saboya. Pasó á Milan con objeto de dar la investidura de este ducado á Francisco Esforcia, y marchando despues á Alemania, hizo coronar rey de Romanos á su hermano Fernando.

Combatió con gloria al sultan de Turquía, Soliman, que había introducido sus armas en esta parte de Europa. Luchó luego con gran éxito contra el pirata Barbaroja, que no cesaba en sus sangrientas correrías sobre la costa de Italia. Pasó personalmente al Africa en 1535 con un ejército de 50,000 hombres, en el que figuraba el conquistador de Méjico, tomando por asalto la plaza de la Goleta y conquistando á Tunez. Pidió permiso para atravesar la Francia de paso para Gante, y fué regiamente obsequiado por su émulo. Más adelante volvió á luchar con Francisco por haber renovado sus pretensiones sobre el Milanesado á la muerte de Francisco Esforcia, y de nuevo fueron vencidos los franceses por el ejército imperial y obligados á solicitar la paz de Crespi en 1544. Tambien presidió la Dieta alemana donde se trataron cuestiones religiosas, sostuvo larga y porfiada lucha contra los luteranos, en la que fué vencedor unas veces y vencido otras. En su reinado dió la vuelta al mundo el portugués Fernando de Magallanes con naves españolas, pasando el estrecho que lleva su apellido en 1518, terminando la navegacion el vascongado Juan

Sebastian Delcazo. Cortés conquistó á Méjico, Pizarro el Perú y Valdivia á Chile, siguiendo á estos dominios otros de América, siendo muchas sus conquistas en Europa y Africa. Atormentado por las enfermedades é impresionado por algunos triunfos que sobre sus tropas alcanzó Enrique II de Francia, pronunció aquellas célebres palabras: «La fortuna es favorita de los jóvenes,» y abdicó en su hijo Felipe las coronas de España y Flandes con las posesiones de Italia y las de América y Africa, y en su hermano Fernando, el imperio de Alemania, retirándose al monasterio de Yuste en Plasencia el año 1556, en que tambien murió demente en Tordesillas la reina Doña Juana, su madre. Ocurrió el fallecimiento de este gran monarca en el citado monasterio el día 21 de Setiembre de 1558. Fué tal la actividad de que dió muestras durante su reinado, que hizo en una época, en que las circunstancias eran malas, nueve viajes á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra y dôs al Africa. En su tiempo no sólo hay que admirar las brillantes campañas, sino tambien el progreso de las ciencias y las bellas artes, á cuyo fomento ayudó en cuanto estuvo de su parte.

II.

FRANCISCO I, REY DE FRANCIA.

Era hijo de Cárlos de Angulema, primo hermano de Luís XII, nació en 1494, recibiendo una educacion guerrera, á la que le inclinaban sus caballerescos instintos.

Se casó en 1514 con Claudia, la hija del rey, y sucedió á éste en el trono á su fallecimiento en 1515. En el mismo año pasó los Alpes al frente de su ejército, inaugurando su reinado con la batalla de Marignon, en la que derrotó á los suizos, reputados como los mejores soldados del mundo. Conquistó más tarde el Milanesado, firmando en 1516 un concordato con Leon X, y un tratado con los suizos y Carlos de Austria. A la muerte de Maximiliano en 1519 trató de hacerse elegir emperador de Alemania, y al siguiente año tuvo con Enrique VIII de Inglaterra la entrevista del «Campo de la tela de Oro,» como dijimos ántes. Empezó la guerra con Carlos I en 1521 y con Enrique VIII en 1522, siendo esta campaña la descrita, cuyos principales sucesos son la batalla de Bicoca, la irrupcion de ingleses y flamencos en Picardía, el sitio de Marsella por los españoles y la campaña de Pavía. A su vuelta á Francia, despues de quedar en libertad, hizo alianza con Enrique VIII y ambos declararon la guerra á Carlos I; pero *el rey caballero* había quedado escarmentado y no volvió á tomar personalmente mando de tropas; derrotados los aliados firmaron la paz de Cambray en 1529. Pasó, sin embargo, el resto de su reinado en suscitar enemistades á Carlos y en perseguir á luteranos y reformistas. Mostróse luego protector de los sabios é introdujo en Francia las letras y las artes, florecientes entónces en Italia. Su vida particular era en extremo licenciosa y su cóрте una especie de serrallo, en donde cambiaba de queridas con frecuencia; estos excesos aceleraron su fin, falleciendo á causa de ellos en 1547, en cuyo año le sucedió su hijo Enrique II, que heredó con

el tronó las guerras y rencores del padre contra el emperador Carlos V.

III.

EL MARQUÉS DE PESCARA.

Don Fernando de Avalos (ó Dávalos) era oriundo de Castilla, pero había nacido en Nápoles, donde sus antepasados se establecieron en tiempos de Alfonso el Viejo. El marqués, apreciando las virtudes militares de los españoles de quienes era decidido partidario, deploraba muchas veces no haber nacido en la patria española.

Asistió durante su vida á multitud de hechos de armas al lado de los españoles, siendo los más notables el haber tomado por asalto á Milan, obligando al almirante Bou-nivet á retirarse á Francia. Ya se ha tratado de esto y de la generosa asistencia y entierro solemne que hizo al caballero Bayardo muerto en la retirada. Cuando la invasion de la Provenza, puso sitio á Marsella, pero avisado de la llegada de un fuerte ejército de franceses mandados por el rey Francisco I, levantó el sitio y se retiró á Italia. Trató entónces de defender á Milan con su ejército, pero reducido este á muy poco, se vió obligado á abandonar la plaza por la llegada repentina de los franceses, refugiándose en Lodi á espaldas del Adda; su prestigio era tal, que aunque no recibian sus pagas los españoles á sus órdenes, no proferian queja alguna, llegando el caso, no sólo de servir y batirse sin pagas, sino de entregar cuanto poseian para satisfacer las de los alemanes.

El triunfo de Pavía se debe en primer término á este ilustre caudillo, porque hizo prevalecer su opinion de dar la batalla y por su heróico comportamiento en ella, en donde se batió como cualquier soldado, dirigiendo las maniobras y combinando las fuerzas como hábil y entendido general.

Causó en él profundo disgusto que el virey Lannoy se llevase á España al rey prisionero sin contar con él ni consultarle, y excitado por Gerónimo Moron, secretario de Sforza, entró en una conjuracion que tenía por objeto la independenciam de Italia, cuya trama deshizo descubriendo la intriga al emperador; segun lo pactado se le ofreció investirle la corona de Nápoles, si se atraia ó exterminaba las tropas imperiales que estaban á sus órdenes. Conocida la trama hizo prender á los principales conjurados, cesando el peligro en que estuvieron aquellos dominios de perderse.

Falleció el marqués poco más de un año despues de la batalla de Pavía á los treinta y seis de edad. Su temprana muerte fué la señal para los franceses de renovar la lucha, y con él perdieron el emperador y España uno de los capitanes en quien se fundaban las mayores esperanzas; á su edad ya era su nombre temido y respetado, habiéndose ilustrado con hechos dignos de eterno renombre, que recuerdan los de los capitanes célebres de la antigüedad, por lo rápidos y felices.

IV.

ANTONIO DE LEIVA.

Era reputado por sus contemporáneos como el general más hábil de su época. Nació en una pequeña aldea de Vizcaya á mediados del siglo xv. Su familia era ilustre y bien acomodada; sin embargo, algunos biógrafos, creyendo con esto realzar su mérito, le suponen hijo de un zapatero.

Después de haber asistido á la guerra de Granada, dond  empezó á hacerse notable, pasó aún en su juventud á Italia con Gonzalo de Córdoba, ingresando en aquel ejército como teniente de la compañía de hombres de armas, que mandaba su tío el capitán Sancho Martín Leiva, que habia sido mayordomo del rey Don Fernando el Católico.

Pronto le distinguieron por su intrepidez y por la exactitud en el desempeño de sus deberes.

Participó de los laureles que las tropas españolas alcanzaron sobre Aubiguí en la célebre batalla de Séminara, y aprendió en la escuela de los grandes talentos militares de su juventud el difícil arte de la guerra, llevando á cabo con grande acierto las escogidas maniobras empleadas por el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba y sus aguerridos generales que dieron siempre el resultado de vencer al enemigo. Su talento natural, poco cultivado pero penetrante y poderoso, le hizo comprender bien pronto los principios militares que se iban desenvolviendo bajo el poderoso génio de su maestro; no

tardó en hacerse notable, sobresaliendo en difíciles operaciones que requerían gran pericia, y su carácter enérgico hasta rayar en obstinacion, le proporcionó un ascendiente irresistible entre sus compañeros y un gran prestigio en el corazon de sus soldados.

Ya hemos visto su modo de obrar en Pavía y en la guerra de Lombardía; tan larga sería la simple reseña de los muchos hechos de armas á que asistió, que necesitaría muchos volúmenes y un gran espacio su sola enumeracion.

Cuando el emperador fué á Italia en 1529 presentósele Leiva en ademan respetuoso y con el sombrero en la mano, mas el monarca le mandó aproximarse y le dijo: «Cubrios y sentaos Leiva, que bien merece estar cubierto y sentado delante de un emperador de veinte y nueve años, un guerrero que ha sabido vencer á sus enemigos durante cuarenta.» Despues de tan honorífico recibimiento, le concedió Cárlos los principados de Aciala y Amena.

Tenía en tanta estimacion su parecer en las cosas de guerra, que siempre que era necesario consultarle se adheria por completo á él.

Murió este ilustre veterano al finalizar el año 1536 durante la tentativa de apoderarse de Marsella, á consecuencia de la peste que se declaró en el ejército, cuando de nuevo la tenían asediada los imperiales. Esta terrible enfermedad, producida por el desórden y vicios de los alemanes, y la muerte de este caudillo ilustre, fueron la señal para levantar el sitio, renunciando otra vez á apoderarse de la plaza.

El nombre de Leiva es célebre por más de un concepto

en la historia de Italia, y trae seguidamente á la memoria el de Pavía, cuya poblacion no sólo defendió bizarramente durante cinco meses, en medio de las mayores privaciones y calamidades, sino que tambien con posterioridad tomó á dicha plaza por asalto, cuando en las guerras siguientes hubo caido en poder de los enemigos del emperador, que nunca supieron sostenerse tras sus débiles muros.

V.

CÁRLOS DE LANNOY.

Experimentado y célebre capitán al servicio del emperador Carlos V, sábese que era descendiente de una antigua y noble familia alemana y nació en el año 1470. Acreditado su valor, arrojo y pericia militar en diferentes campañas, recibió el nombramiento hecho á su favor por el emperador de virey de Nápoles y posteriormente generalísimo de los ejércitos imperiales de Italia despues de la muerte de Próspero Colonna. El era el verdadero jefe del ejército que venció en Pavía, por más que hubiese delegado parte de su autoridad en el duque de Borbon y el marqués de Pescara, alma de aquella gloriosa jornada; los disgustos que tuvo con este último á consecuencia de la venida á España de Francisco I, que aseguran se efectuó sin su consentimiento y otras circunstancias, fueron la causa de una grave enfermedad que le ocasionó la muerte en 1527, dos años despues de su victoria.

VI.

EL MARQUÉS DEL VASTO.

Don Alfonso de Avalos ó Davalos, era hijo de Don Iñigo, hermano del marqués de Pescara, que estuvo primero al servicio de Federico de Nápoles y tomó partido por España contra los franceses cuando se emprendió la lucha peleando á las órdenes de Gonzalo de Córdoba, recibiendo por sus brillantes hechos el título de marqués del Vasto. Siguió Don Alfonso como su padre al servicio de Carlos V, hallándose en la campaña de Lombardía contra el francés, á las órdenes de su primo el de Pescara; éste fué su aprendizaje y contribuyó con su valor y su brazo á la victoria de Pavía. Despues acompañó á Nápoles al virey Carlos Lannoy, y habiendo sido cogido su buque en alta mar por la escuadra de Andrea Doria, veneciano, entónces al servicio de Francia, fué prisionero; pero con su influencia y grandes ofertas logró no sólo quedar en libertad, sino que aquella poderosa escuadra con su jefe abandonara la alianza francesa y abrazase la causa del emperador.

Cuando la expedicion á Túnez, fué encargado de organizar y mandar el ejército, acompañando allí al emperador y dirigiendo el sitio y asalto de la Goleta, así como la batalla que ganaron los españoles cerca de la ciudad de Túnez, haciendo su entrada en la poblacion. Vuelto á Nápoles, marchó con el ejército que invadió la Provenza, asistió al segundo sitio de Marsella y reemplazó en el mando á Antonio de Leiva, muerto por la peste durante

el asedio. Fué despues nombrado gobernador del estado de Milan. Perdió la batalla de Cerisoles en 1514 ocasionándole los franceses una sensible derrota; de resultas de la cual cuando vino á España fué recibido bastante mal por el emperador que le trató con mucha frialdad; á su vuelta á Italia se estableció en sus posesiones de Lombardía, y ya disgustado con muchos achaques adquiridos en la guerra, falleció en 1546 á consecuencia de una fiebre maligna, siendo muy sentido por sus súbditos que le hicieron brillantes exéquias.

VII.

HERNANDO DE ALARCON.

Fué general de la infantería española, marqués de Valle Siciliana en el reino de Nápoles y gobernador de Castilnovo. El apellido de Alarcon lo adquirió uno de sus abuelos por haberse señalado en la toma de la Villa de este nombre en tiempos de Alfonso IX. Era hijo legítimo de Diego Ruiz de Alarcon y de Doña María Illanes y nació en Palomares de Huete el año de 1466; su familia era ilustre y bien acomodada. Progresó poco en sus estudios, porque su carácter le inclinaba más á caballescadas aventuras y á seguir la carrera de las armas. Su tio Pedro Ruiz de Alarcon, que favorecia sus intenciones, lo llevó consigo á la guerra de Granada que iniciaba entónces con tan brillantes auspicios Don Rodrigo Ponce de Leon marqués de Cádiz. Sólo contaba diez y seis años cuando asistió como espectador á los sitios de Alhama

y Loja y rendicion de Coin, en cuyo último punto murió su tío. La primera vez que peleó fué en Guejar en un alboroto que sosegó el conde de Tendilla, y tanto él como Antonio de Leiva fueron llamados á presencia del conde que les dió las gracias por su comportamiento. Servia en el ejército otro tío suyo llamado Martin de Alarcon en clase de capitan, y á su lado como teniente pasó algunos años, en que acrecentó su fama y dió á conocer su valor y buenas cualidades.

Llegaron sus aventuras á oídos de Gonzalo de Córdoba y quiso llevarle á la guerra de Nápoles, haciéndole al efecto capitan de cien jinetes; esta prueba de afecto del gran capitan le enorgulleció. Su primer hecho de armas fué en Seminara, donde prestó servicios importantes; hizo luego la campaña de Terranova, y formando parte del ejército del gran capitan, señalóse en el sitio de Cefalonia y rindió el castillo de San Jorge. Batió á las tropas de Mr. Alegre que deseaba entrar con él en combate, y derrotó despues al conde de Mérito; siempre se le encomendaban los servicios más difíciles y penosos. Concurrió al destrozo del ejército francés en el Garellano y defendió á Garicé hallándose tambien en todos los puntos de peligro.

Por este tiempo le concedió el rey el título de *Señor*, como á Antonio de Leiva, y el gran Capitan les distinguia llamándoles el Señor Hernando y el Señor Antonio.

Confiriósele el gobierno de Taranto y pasó á Nápoles donde ya en paz se dedicó á justas, torneos y aventuras amorosas, una de las que fué causa de que el rey le sepa-

rase de allí llamándole á España, hasta que encendida de nuevo la guerra en Italia volvió á ella.

Acampando nuestro ejército cerca de Rávena, se trató de levantar el sitio que tenían puesto á la plaza los franceses. Mandaba las tropas españolas el virey Don Ramon de Cardona y tomó una posicion ventajosa desde la que cortaba los víveres al enemigo, y hubiera logrado aniquilarle, si Pedro Navarro no le aconsejara que presentase la batalla. Alarcon y Fabricio Colona no fueron de este parecer en el consejo de guerra, pero Cardona, ambicioso de gloria, avanzó con ánimo de tomar las trincheras enemigas. Lo que en Pavía ocasionó el triunfo, fué aquí causa de la derrota; peleóse bravamente y con encarnizamiento, pero la victoria fué para los franceses, que superiores en número combatían detrás de sus parapetos. Alarcon se había sostenido contra el desórden, cuando fué gravemente herido, arrojado del caballo y hecho prisionero; pocos dias despues fué rescatado y se restableció de sus heridas. Fué siempre muy querido de sus soldados y en más de una ocasion vendió sus alhajas para poderles pagar, conteniéndoles siempre en el debido respeto y obediencia.

En Pavía mandó la vanguardia compuesta de doscientas lanzas y se batió como un leon, perdiendo su caballo, encontrándose muchas veces envuelto por el enemigo que le hubiese acorralado y muerto si sus tropas no le hubieran defendido, y librádole del inminente peligro de ser muerto, un arcabucero natural de Sevilla llamado Jorge. Cuando terminó la batalla fué encargado de la custodia del rey de Francia Francisco I, que no perdonó medio para conseguir su libertad, estrellándose sus ten-

tivas ante la firmeza de Alarcon, que le dijo ofendido: «No quiera Dios que estas mis canas nacidas en servicio de mi rey, las manche yo con afrenta mia por todo el oro del mundo.» Acompañó luego á su real prisionero á la córte de España y le tuvo bajo su custodia hasta que marchó en libertad.

Por su buen comportamiento en Pavia y en esta delicada comision le confirió el emperador el título de marqués de Valle Siciliana, y reincorporado luego al ejército de Italia cuando volvió á encenderse la guerra despues del asalto de Roma, tuvo tambien bajo su custodia prisionero al papa al que trató con mucho decoro y cortesia.

Setenta años contaba Alarcon cuando fué llamado á Túnez por el emperador, que le daba el nombre de padre en atencion á su ancianidad; los soldados recibieron con entusiasmo al vencedor de cien combates; se tomaba su consejo para todo, y con el fin de evitar rivalidades el emperador mandaba en jefe y se hacía entre Alarcon y el marqués del Vasto lo que consideraban necesario. Asistió á la toma del castillo de la Goleta que parecía inexpugnable y luego á la batalla que les presentó Barbaroja con 80,000 infantes y 20,000 caballos, los que fueron derrotados, cayendo Túnez en poder del emperador; y siguiendo la persecucion del ejército vencido, le obligó á emprender la retirada al interior con direccion á Bona. Tan brillante campaña se debió en parte á la experiencia y acierto del anciano Alarcon, á quien los años y fatigas iban debilitando el ardor guerrero, por lo cual pidió permiso al emperador para retirarse á Castilnovo, dejando el virei-

nato de Sicilia con que le habían agraciado despues de la conquista de Túnez.

Retirado en Nápoles, fué atacado pronto de una aguda enfermedad y falleció el 17 de Enero de 1540. Fué muy sentido de sus soldados que le veneraban como á uno de nuestros mejores capitanes y por el mismo emperador que perdió con él, un súbdito leal y un valiente defensor de su trono.

VIII.

EL DUQUE DE ALENZON.

Fué el único personaje francés que por estar colocado á retaguardia de las líneas de combate se salvó con toda su gente de ser prisionero ó muerto en la memorable batalla del parque de Pavía.

Era conocido en su ducado de Francia con el nombre de Carlos IV y fué hijo de aquel célebre René condenado por Luis XI á la confiscacion de todos sus bienes, siendo más adelante restablecido en sus estados por el rey Carlos VIII.

Había contraído matrimonio con Margarita, hermana de Francisco I, y falleció sin dejar sucesion, seis semanas despues de la batalla de Pavía. Con él terminó la rama colateral de los Valois, que remontaba su origen desde Carlos, el hermano de Felipe el Hermoso.

IX.

GUILLERMO GOUFFIER DE BONNIVET.

Almirante de Francia y favorito de Francisco I; procedía de una antigua y respetable familia francesa y nació en 1488, recibiendo la guerrera educación de los caballeros de aquella época. Los hechos de armas más distinguidos de su historia son el sitio de Jenera en 1507 y la jornada de las Espuelas en 1513. Desempeñó el cargo de embajador de Inglaterra desde el cual fué llamado por el rey para invadir á España con un ejército cuyo mando se le confió y con el cual tomó la plaza de Fuenterrabía en 1512; estas victorias le hicieron merecedor del título de almirante; pero fueron las últimas que logró, empezando á decaer su prestigio y fortuna militar desde esta época. Por influencias de la reina madre Luisa de Saboya se le dió el mando del ejército de Italia en 1523, y en él cometió grandes faltas, que fueron causa de la evacuación del Milanésado y la muerte del caballero Bayardo. Acompañó luego á Francisco I en la campaña de Pavía, aconsejándole el sitio de la ciudad y la batalla que se libró frente á ella en la que murió como bueno, combatiendo al lado de su rey, al cual no abandonó mientras tuvo vida.

X.

EL SEÑOR DE LA TREMOUILLE.

Luis II, vizconde de Touars y príncipe de Talmout, nació en 1460. Fué enviado por Carlos VIII á la cabeza de

un ejército contra el Duque de Bretaña y ganó la batalla de Saint Aubin de Cornier en 1488; empezó á darse á conocer por su valor y genio militar en Italia, donde sirvió luego conquistando la Lombardía en tiempo de Luis XII. Encargado de invadir el reino de Nápoles fué vencido por el Gran capitán Gonzalo de Córdoba. Distinguióse en la batalla de Aguadel; fué derrotado por los suizos en la de Novara el año 1513. Asistió con Francisco I á la batalla de Marignan y pereció en la de Pavía á los 65 años de edad.

XI.

DIEGO DE AVILA.

Que recibió el estoque del rey de Francia y una de sus manoplas, siguió al servicio del emperador en clase de alferez y fué el primero que clavó su bandera en el castillo de la Goleta cerca de Túnez, y animaba á grandes voces á sus soldados cuando cayó muerto, atravesado por un diluvio de balas.

Se había batido en cuantas guerras sostuvo el emperador, y en el archivo de Simancas, en el negociado de mercedes y privilegios, se halla un pergamino confiriéndole nobleza por su comportamiento en Pavía, cuyo documento dice así:

«Número 7.—Título de nobleza de Diego de Avila.— Don Carlos por la divina clemencia electo emperador siempre augusto rey de Alemania etc. Por cuanto es cosa justa e razonable á los emperadores reyes ó príncipes hacer gracia é mercedes á sus súbditos é naturales, especial-

mente aquellos que bien e lealmente le sirven, e aman su servicio, por que ellos y los que de ellos descendieren sean más honrados, ennoblecidos en sus personas e linage, e otros tomen ejemplo e se animen para los servir e demas de los muchos e buenos e leales servicios que vos Diego de Avila, vecino de la ciudad de Granada nos habeis hecho en las guerras de Italia en las cuales muchas veces ofrecistes e aventurastes vuestra persona por nos servir á todo peligro en la batalla que delante de la villa de Pavía, que es en Lombardía dió nuestro ejército de que eran capitanes generales el duque de Borbon y D. Charles de Lannoy nuestro visorey que era del reino de Nápoles y el marques de Pescara al rey de Francia e al suyo el dia de San Matías del año pasado de 1525, siendo vos hombre darmas en la capitanía de dicho nuestro visorey de Nápoles, peleando esforzadamente e señalando vuestra persona no con poco peligro e llegaste á donde el dicho rey de Francia estaba peleando e le derrocaste del caballo, e se os rindió por prisionero, e os dió en señal de darseos por tal la manopla derecha y el estoque con que peleaba, de lo cual estamos bien ciertos e certificados, por relacion de los dichos capitanes generales del dicho nuestro ejército e de otras personas que en dicha batalla se hallaron é por una certificacion que de ellos os dió el dicho rey de Francia firmada de su mano, que antes nos presentastes e por mayor certificacion de ello tragiste la dicha manopla y estoque á estos nuestros reinos é los disteis e entregasteis á mi el Rey en mis manos en la ciudad de Toledo el año pasado de quinientos e veinte y cinco e quedaron e están en mi cámara; por

ende por vos hacer bien merced, acatando considerando los dichos vuestros servicios, especialmente el susodicho, e porque de el haya ó que perpetúa memoria, e los que esperamos que nos hareis de aquí en adelante, y en enmienda é remuneracion de ello, por la presente de nuestro propio motu é cierta ciencia e poderío real absoluto, hacemos á vos el dicho de Avila hijo-dalgo de solar conocido, dándoos por armas etc., etc.

El privilegio del hombre de armas gallego Pita da Veiga del que hemos tenido una copia perteneciente á uno de sus descendientes, es como el anterior, expresándose en él, que el rey le dió la manopla izquierda y el cordon de San Miguel; y en él dice que le ayudó á salir de debajo del caballo defendiéndole luego con su persona de los ataques y agresiones que contra dicho rey se dirigian, hasta entregarle prisionero. Tambien le nombró hijo-dalgo el emperador, concediéndole un gran escudo de armas, que encabeza el título de nobleza, donde figuran, la manopla, el San Miguel y otros cuarteles. Se concede por el privilegio una pension vitalicia, por la devolucion del collar. La extension de dicho título, nos hace no copiarlo para no ocupar mayor espacio.

XII.

JUAN DE URBIETA.

La publicacion de los documentos de este ilustre soldado, el cual fué el primero que en Pavía rindió prisionero al rey de Francia, se debe á la generosidad de D. Fermín de la Sala, el cual posee los originales como sucesor

que es del célebre campeon: se hallan en la coleccion de documentos inéditos para la historia de España, publicada por los señores marqués de Pidal y de Miraflores y D. Miguel Salvá, individuo de la academia de Historia impresa en Madrid el año de 1861, que los dan á conocer, y son:

El testamento de Juan de Urbietta otorgado en la villa de Hernani á 22 de Agosto de 1553 puede verse en la página 533 del tomo 38º y su mucha extension nos priva del deseo de copiarle y además se encuentran en dicho tomo los dos adjuntos documentos de bastante interés. Cédula de Francisco I en que declara haber sido Juan de Urbietta uno de los que le prendieron en la jornada de Pavia.

«En la ciudad de Valladolid á quince dias del mes de Julio de 1615 ante el señor licenciado Baraona Encinillas teniente de corregidor de esta ciudad por el rey nuestro señor y por ante mí Joan Baptista Guillen, escribano del rey nuestro señor público del número de esta ciudad, pareció presente Doña María de Alcayzaga, viuda del capitan Sebastian de Urbietta entretenido en las galeras de Nápoles, é hizo demostracion de una certificacion del rey Francisco de Francia escripto en pergamino y en lengua francesa, lo cual dijo tenía necesidad se tradujese en la nuestra castellana y pidió al dicho señor Teniente la mande traducir y de ella se le dé un traslado, dos ó más, para en guarda del derecho del dicho Don Sebastian de Urbietta su hijo, interponiendo su autoridad y decreto judicial en forma y pidió justicia. E visto por el dicho señor Teniente, mandó que la dicha certificacion se en-

tregue à Manuel Dacosta procurador de la real chancillería de esta ciudad, que por mandado de su merced hace las mismas traducciones, para que se traduzca la dicha certificacion en lengua castellana; el cual haga juramento de hacerlo bien y fielmente; y hecha la dicha traduccion, yo el presente escribano dé uno ó mas traslados á la dicha Doña María de Alcayzaga y así lo mandó y firmó y se entregó el original á la parte.—El licenciado.—Baraona Encinillas.—Pasó ante mí.—Juan Baptista Guillen.»

Yo Manuel Dacosta, procurador del número de la real chancillería etc., hago la traduccion de lengua francesa en nuestro vulgar castellano de la manera siguiente: «Francisco, por la gracia de Dios, rey de Francia: Hacemos saber á todos á quienes tocare, que Juan de Urbieta hombre de armas del señor D. Hugo de Moncada, fué de los primeros que se hallaron en mi riesgo cuando fuimos presos delante de Pavía, y nos ayudó con todo su poder á salvar la vida; en que le estamos en obligacion y entonces nos pidió diésemos libertad al dicho señor Hugo de Moncada su amo, nuestro prisionero. Y por que es verdad hemos firmado la presente de nuestra mano en Pisqueton (Pizziqqitone) á cuatro dias del mes de Marzo de mil quinientos veinte y cinco.—Francisco.»—La cual dicha traduccion va bien y fielmente hecha y concuerda con su original que me fué entregado, y en fé de ello lo firmo de mi nombre en Valladolid á 16 de Julio de 1615 Manuel Dacosta.—Yo Juan Baptista Guillen, escribano público fuí presente á lo que de mí se hace mencion y

del dicho pedimento y de mandamiento del dicho teniente que aquí firma lo hice escribir y signé Licenciado Baraona Encinillas.—En testimonio de verdad, Juan Baptista Guillen.

Licencia concedida al Ayuntamiento de Hernani por el visitador general del obispado de Pamplona para levantar un mausoleo en la iglesia parroquial de aquella villa en memoria de Juan de Urbietta,

Peticion.—Ilustrísimo Señor.—Domingo de Sasaeta alcalde y concejales etc. decimos: que la dicha villa desea hacer ciertas obras para mayor servicio del culto divino en la parroquial, así en la fábrica del coro de ella como en las del campanario, traslaciones de los altares colaterales de la capilla mayor de ella y nicho ó mausoleo para los güesos del capitán Juan de Urbietta, caballero de la orden de Santiago, vecino y natural que fué de esta villa, porque quede en lugar señalado y haya memoria de la singular hazaña que el susodicho hizo en la prision del rey Francisco de Francia, sobre el cerco de Pavía y que para ello una la de su permiso y Licencia.—Don Juan de Mener.—Domingo de Sansoro.—Juan Lopez de Miner.—Domingo de Saroeta.—Nicolas de Arbizas.

Y vista por nos la dicha peticion, dimos la presente, por cuyo tenor concedemos y damos licencia para que las obras que fueren en utilidad propia de la iglesia, se hagan por cuenta de las rentas de ellas y el nicho ó mausoleo referido en dicha peticion, permitimos se haga con calidad que no sea por cuenta de la iglesia, y sin que esto perjudique á otros entierros que hubiese permitentes en ella. Y con estas condiciones y no de otra manera

concedemos la referida licencia. Dada en la villa de Hernani á 28 de Setiembre de 1849.—Licenciado Don Marcos Muñoz de Castill-Blanque.—Por mandado de su merced.—Juan de Azcárate.

A pesar de la pesadez de las fórmulas curialescas hemos copiado estos documentos por creerlos curiosos é interesantes.

XIII.

EL SEÑOR DE LA PALIZA

Con el duque de Nemours y el señor d'Aubigni fueron á Italia, cuando pactaron Luis XII y Fernando el Católico, repartirse el reino de Nápoles, los más esforzados campeones de la caballería francesa, siendo entre ellos digno de especial mencion, Santiago de Chabaunes, señor de la Paliza, favorito del rey Luis XII y digno por su mérito de serlo.

Intimada por el duque de Nemours al gran Capitan la órden de evacuar el territorio que ocupaba en Nápoles en el plazo de 24 horas, éste le contestó «que aquellos dominios eran de su rey y lo haría bueno contra los franceses y contra todo el mundo.» Despues de esto se apeló á las armas, y terminadas las disputas ocurridas entre los caudillos franceses sobre el plan de campaña, se determinó bloquear la plaza de Barleta, donde Gonzalo se había retirado con sus escasas fuerzas, tomando antes á Canosa, plaza que defendió con 600 hombres Pedro Navarro, quien despues de rechazar los dos asaltos dirigidos

por la Paliza y Bayardo, capituló por mandato expreso del gran Capitan retirándose á aquella plaza.

Cuando los habitantes de la Castellana, pueblo inmediato á Tarento, se entregaron á los españoles que se hallaban reducidos á Barleta, enfurecido el duque de Nemours, marchó con todas sus fuerzas á tomar venganza de aquel pequeño pueblo, dejando las guarniciones de las plazas inmediatas expuestas á los ataques de tan vigilante enemigo. Cuando llegó esto á noticia de Gonzalo resolvió atacar la ciudad de Ruvo, distante unas doce millas y defendida por el bravo la Paliza con un cuerpo de trescientas lanzas francesas y otros tantos infantes. El general español salió de Barleta la noche del 22 de Febrero de 1503, llevando consigo 3,000 peones y 1,000 caballos, que eran todos los que pudo reunir, y llegando al rayar el dia mandó romper un vivo fuego de cañon contra sus viejas murallas, en las que abrió una gran brecha en ménos de cuatro horas, ordenando despues el ataque, y él mismo dirigió y guió á los que habían de asaltar la brecha, y confió con otra division al forzado Diego García de Paredes el encargo de escalar las murallas.

A pesar del número reducido de la guarnicion la resistencia fué grandísima y terrible, porque lanzándose á la brecha la Paliza con sus hombres de armas desmontados y cubiertos de acero, rechazaron á los españoles cuantas veces intentaron penetrar por las destrozadas murallas, mientras que los arqueros gascones desde las almenas lanzaban una lluvia de dardos y saetas sobre los acometedores, que se hallaban á cuerpo descubierto; pero la superioridad numérica lo arrolló todo, y penetraron al

fin por la brecha, cediendo el terreno palmo á palmo la guarnición, que se defendió con encarnizamiento en las calles y casas. El intrépido y jóven la Paliza se retiró haciendo frente al enemigo que le acosaba, y viéndose detenido por una pared, apoyó en ella su espalda y sostuvo todo el choque de sus numerosos acometedores, hasta que lleno de heridas y rendido de fatiga, cayó en poder de los españoles, conservando todavía bastante presencia de ánimo para arrojar léjos su espada por no entregarla á la soldadesca que le rodeaba. Una vez prisionero la Paliza cesó toda resistencia, y aunque él y los jefes principales fueron tratados con el mayor miramiento, sus gentes se destinaron á remar á las galeras de España. Continuó prisionero curando sus heridas, y despues de la célebre campaña del Garellano, segun lo estipulado en 1.º de Enero de 1504, fué puesto en libertad con los demás prisioneros de ambas campañas, retirándose entónces á su país.

Cuando en 1507 fué á Saona el rey de Francia Luis XII á esperar al de Aragon D. Fernando el Católico, que se había casado con su sobrina Germana de Foix, llevaba entre su comitiva al marqués de Mántua, D'Aubigni y al señor de la Paliza, quienes saludaron afectuosamente al gran Capitan que acompañaba al rey Católico, conociéndose allí personalmente los que tanto se habían batido en los campos de Italia, pues el caballero D'Aubigni había ganado al Gran Capitan la única batalla que perdió en toda su vida.

Entablada más tarde la guerra otra vez en Italia, contribuyó eficazmente con sus consejos, pericia y brazo, á

la derrota de los españoles en la sangrienta batalla de Rávena.

El 6 de Junio de 1513 se encontró en la sangrienta y tambien empeñada batalla que dieron las fuerzas del ejército de los franceses á los suizos, cerca de Novara, en donde los antiguos galos y francos fueron derrotados, á pesar del valor desplegado por todos y de los prodigiosos esfuerzos de La Paliza, que trató de recoger los restos de sus tropas, y tal vez los suizos hubieran llegado á ponerse ante los muros de París, si por la parte de Borgoña no hubiesen sido detenidos y batidos por el ejército que mandaba el mariscal de la Tremouillé.

Ya hemos visto el comportamiento del ilustre veterano La Paliza en las campañas de Lombardía, sus consejos á Francisco I para que no diese la batalla, y finalmente, su muerte en el parque de Pavía, dada por un arcabucero español, despues de haberse rendido al capitán español Chuchar, á quien había ofrecido un gran rescate si le salvaba, lo que no pudo aquel conseguir.

XIV.

EL DUQUE DE BORBON.

Poco despues de la elevacion al trono de Francia del duque de Orleans, Luis XII, casó la hija única de Ana de Beaujou con Cárlos, conde de Montpensier, hijo de Gilbert de Montpensier, muerto en el reino de Nápoles en 1496. Gilbert (padre del duque de Borbon), había nacido de la union de Luis I (en sus Estados) y de la here-

dera de los Delfines de Auvernia, y este Luis era á su vez hijo segundo de Juan I, duque de Borbon; para comprender estos enlaces, precisa recordar el origen de todas las ramas francesas de la nobleza de Auvernia, de Montpensier y el Borbonesado. En favor de Cárlos (que luego fué duque y condestable de Borbon), renunció la Corona los derechos estipulados por Luis XI, segun los cuales se reunian al patrimonio real los dominios de esta casa, en el caso de que Ana ó su marido no tuviesen hijos varones.

Cárlos (tercero en su ducado), conde de Montpensier, había llegado à reunir por su matrimonio con Susana, gran número de Estados que formaban su casa, puesto que su esposa era hija de Pedro II, duque de Borbon, y de Ana de Beaujou; poseia, pues, contando los de su esposa y los de sus títulos, la Marca, el Borbonesado, la Auvernia, el Forez, el Beaujolais, etc.

Luis XI no había tenido intencion de destruir el poder de esta casa, dócil siempre y muy fiel á los Valois, y se la atrajo aún más casando á su hija Ana con el señor de Beaujou: Cárlos VIII y Luis XII la habian tambien distinguido mucho; pero en el reinado de los aduladores y de las cortesanas disolutas, se pensaba en desembarazar al poder tiránico de Francisco I, de la sombra que pudie-
ra hacerle vasallo tan poderoso.

Era Cárlos, el condestable de Borbon, hombre respetable, valiente, con gran talento y disposicion para la guerra, pero soberbio, colérico y vengativo; despreciaba altamente á la córte de Francisco con sus queridas y favoritos, y odiaba á la madre del rey por su carácter intransigente. Y en su amor propio exagerado, estaba celoso de

que el rey distinguiera más que á él á sus privados y cortesanos; envidiaba la direccion de los negocios que estaban casi á cargo de la reina Luisa, madre de Francisco, y hasta á éste mismo le consideraba como á un rival, á causa de su fama de gran capitán.

Favoreciendo las pretensiones del conde de la Marca, Roberto, sostuvo la primera guerra en el ducado del Luxemburgo, ayudado por los caballeros de la Marca y Bayardo, contra las fuerzas del emperador, cuyo mandamiento el duque de Nassau, regresando despues de terminada por los buenos officios del rey de Inglaterra, que no sirvieron sino para suspenderla en aquel sitio y continuarla en Italia.

El año de 1521 falleció Susana su esposa, haciéndole donacion de los bienes que le pertenecieron, y entónces la reina madre, dicen llegó á ofrecerle su mano, que el de Borbon rechazó con entereza y altivez, profiriendo expresiones que hirieron el orgullo y amor propio de la reina, la cual juró consumir la ruina del condestable, y no paró hasta desposeerle por medio de un pleito injusto de los bienes pertenecientes á la casa de Borbon, adjudicándose ella misma una parte del patrimonio, como heredera de la difunta duquesa.

El condestable, llena la cabeza con sus ideas de feudalismo y desconociendo los sagrados principios del amor á su patria, creyése en situacion de obrar y tomó un partido desesperado. Creia que el proceder inícuo que habian tenido con él le daba derecho á todo, y entabló inteligencias y tratos con el emperador, ofreciéndole su brazo para conquistar la Francia.

Cárlos no vaciló un instante en aceptar tan buen ofrecimiento, y para más obligar al condestable, le propuso el matrimonio con su hermana doña Leonor, viuda del rey D. Manuel de Portugal, que había regresado á Castilla, y de acuerdo con el rey de Inglaterra, se proyectó darle los condados de Provenza y del Delfinado, con el título de rey.

El plan de la conjuracion era invadir simultáneamente la Francia, cuando Francisco hubiera pasado los Alpes para hacer la guerra en el Milanésado. Cárlos V debía entrar por los Pirineos con los españoles, el monarca inglés con los flamencos por la Picardía, y 12.000 alemanes pagados por ambos, ocupar la Borgoña y obrar de acuerdo con un cuerpo de 6.000 hombres que el de Borbon se proponía levantar entre sus vasallos y parciales.

En otra parte se ha dicho ya, que denunciada la conspiracion al rey, pasó á Monlius, donde se había fingido enfermo el condestable para evitar de acompañarle á Italia; el duque lo negó todo, dando palabra de reunírsele, con lo que el rey marchó tranquilo á Lyon, mientras el condestable, aunque le siguió al principio, variando de camino, atravesó el Ródano y se metió en Italia, y allí ya vimos que dirigió las operaciones del ejército imperial que mandaba Lannoy y contribuyó á la derrota de los franceses en las orillas del Sessia, donde Bonnivét fué herido y deshechas sus tropas.

Estimuló luego á Cárlos para que invadiera la Francia, como se verificó, pasando á sitiarse á Marsella, desde donde tuvo que retroceder á Milan, y desde allí, perseguido por los franceses, se replegó á Lodi y él marchó

sólo á Alemania, desde donde volvió con 12.000 lansquenets, con los que reforzado el ejército, dió la batalla en el parque de Pavia, dónde fué derrotado el ejército francés y hecho prisionero su rey Francisco I.

Poco despues de la llegada á Madrid de este monarca, partió para España con el fin de mirar por sus propios intereses: la corte estaba entónces en Toledo, y el emperador salió á recibirle, haciéndole una magnífica acogida, en la que le llamó su hermano, echándole al cuello los brazos con efusion.

La nobleza castellana miróle á pesar de esto con odiosa prevencion, y el conde de Benavente, en cuyo palacio se hospedó por orden del monarca, le hizo arder, segun se asegura, tan pronto marchó el duque, para que no quedase ni el recuerdo de haber dado asilo á un vasallo rebelde y traidor.

En su entrevista alcanzó del emperador la donacion del ducado de Milan y el mando del ejército de Italia, pues el desposeido Francisco Sforza, había entrado en la confederacion contra el emperador, que le había devuelto su ducado, aliándose con el rey de Francia.

La guerra empezó otra vez, pero la inaccion de Francisco I había comprometido á los confederados, y más que á nadie al duque, que cercado por los imperiales en el castillo de Milan y mal auxiliado por el duque de Urbino, general de los aliados, tuvo que entregar la fortaleza al de Borbon, que llegó con tropas de refresco el 24 de Julio de 1526, pudiendo él escapar á incorporarse al ejército aliado.

De este modo quedó el de Borbon en posesion del du-

cado de Milan con que el emperador le había investido, y al mismo tiempo que lanzaba del Milanésado á las tropas pontificias, recibieron los imperiales el importante refuerzo de 12,000 alemanes, reclutados por el valeroso y acreditado capitán Jorge Trondsberg, lo que vino á ser una desgracia, pues agotado el Tesoro de Alemania y negándose las Córtes españolas á conceder nuevos subsidios, el ejército tenía que vivir sobre el país, y el duque de Borbon, nada escrupuloso en este punto, se entregó á todo género de violencias y arbitrariedades para sacar dinero. Esquilmando el país en poco tiempo, pensó en la necesidad de sacar de allí su ejército, reducido á vivir del merodeo; pero no era posible emprender la marcha sin dar á los soldados alguna paga y animarlos con la perspectiva de un rico botín. Para lo primero, obligó al canciller Moron, preso en el castillo de Pavía y condenado á muerte, á comprar su vida y libertad por 20,000 ducados, y lo más raro es que dicho canciller, después de estar libre, se quedó al lado de los imperiales, dispuesto á ayudarles con sus consejos y sagacidad, habiendo sido confidente del duque de Borbon, que le nombró secretario suyo.

Dió después el gobierno de Milan á Antonio de Leiva, y al fin logró sacar de allí el ejército á fines de Enero de 1527; sufrieron sus soldados toda clase de penalidades en los meses de Febrero y Marzo, permitiéndoseles por necesidad el saqueo de alguna de las poblaciones por donde pasaban, y cuando el pontífice, después de hacer con Lannoy un tratado para alejar aquella nube, suponía en Toscana al ejército imperial, supo que des-

pues de dirigirse á Florencia había cambiado de direccion y se dirigia á Roma, hallándose ya cerca de sus muros.

Confiaba aún entónces en que un ejército sin artillería no se atrevería á acometer la ciudad de los Césares. Sin embargo, los imperiales iban resueltos á aprovechar las ventajas que tan penosa marcha podia proporcionarles. Una densa niebla ocultaba sus movimientos al aproximarse al muro. Borbon se vistió un traje blanco sobre su armadura para que todos pudieran verle aún de léjos. Dividió su ejército en tres cuerpos: uno de alemanes, otro de españoles y el otro de italianos, y á cada uno le destinó á asaltar un lado de la muralla.

«Ea, compañeros y hermanos, les dijo: vais á combatir á Roma, la cabeza del mundo y la dominadora de las gentes; ved que la honra del emperader está en vuestras manos, y espero que correspondereis á la fama que siempre tuvisteis de ser los mejores y más bravos soldados que se conocen.»

«Era el 6 de Mayo de 1527, y dada la voz de asalto, arrojáronse todos escala en mano á trepar por la muralla. Los primeros asaltantes caian casi todos al nutrido fuego de arcabucería con que los recibian los veteranos y la guardia suiza del papa. Viendo esto el duque de Borbon, arranca una escala de las manos de un soldado, se adelanta á todos, «seguidme compañeros,» les dice: clava la escala en el muro, y trepa por él denodadamente. Pero en este instante, un tiro de u osquete le atraviesa el cuerpo y le derriba al foso. El se siente herido de muerte y manda que cubran su cuerpo con una capa para que los soldados no le conozcan y no se desalienten. A los pocos

momentos dejó de existir el condestable de Borbon.

»Ni se pudo ocultar su muerte á los soldados, ni éstos desmayaron por verse sin general; antes creciendo su rabia y valor, se arrojan como furiosos leones sobre el muro, los españoles al grito de ¡España! ¡imperio! y todos al de ¡sangre! y ¡venganza! y muriendo y matando, se apoderan de la muralla; los lansquenets alemanes arrancaron la artillería á los del papa, y abriendo paso á los españoles é italianos, derramáronse por la ciudad degollando á los romanos con sus coporioni y tiñendo sus espadas en la sangre de los 200 suizos de la guardia del pontífice dentro de la iglesia misma de San Pedro. El papa huyó al castillo de Saint Angelo, y los soldados despues de degollar 6 ó 7,000 romanos, recorrieron las calles, plazas y templos, robando, saqueando, violando y degollando, sin perdonar edad, sexo ni clase (1).»

La Europa cristiana se indignó con el atropello cometido en la ciudad, residencia del jefe de la Iglesia; abultáronse mucho los hechos, y lo que era moneda corriente en las guerras de aquella época, se tomó muy á mal por tratarse de Roma, y aún hoy en dia, aunque ménos dominados que antes por la teocracia, se recarga con negras tintas aquel cuadro, que no negamos lo fuera de horrores, pero no estamos conformes con los que siguen calificándolo de mancha que anubla las glorias militares del duque de Borbon, que selló con su sangre y su vida esta jornada, y las campañas de los imperiales en Italia, coronadas más de una vez con la victoria.

(1) Lafuente.

Creemos firmemente, que de haber sucedido esto contra cualquiera otra ciudad, siempre se hubiera mirado como una página gloriosa, teniendo en cuenta la organización de aquellos ejércitos, que su único sueldo solia ser el botin cogido al enemigo, y que lo acaecido en Roma sucedia tambien en todas las ciudades que se entraban por asalto, sin que causara esto reparo ni extrañeza, puesto que en todas las guerras ha ocurrido; y en el presente siglo, el emperador Napoleon, cuya gloria militar llenó los ámbitos del mundo, toleró y hasta ordenó los mismos desmanes en el siglo presente en sus campañas en Rusia y hasta en la misma Italia, cosa que no aprobamos, pero que demuestra que la guerra es originaria á semejantes crueldades.

XV.

JUAN DE ALDANA.

Coronel sargento mayor de la infantería, que tuvo mando de los italianos en la batalla de Pavía, no es posible dejar de consignarle, porque existe un privilegio expedido en latin por el emperador Cárlos V en el campamento, cerca de Túnez, el 20 de Julio de 1535, del cual se sacó una copia en Tortosa en 1564 con todas las formalidades legales, la cual existe entre los documentos de la Real Armería, constando por él, que Juan de Aldana, militar valeroso, hizo eminentes servicios al emperador, que se detallan en dicho privilegio, por los cuales le honró con la orden y dignidad de la caballería. Uno de estos servicios fué su comportamiento en la batalla de

Pavía, que traducido del texto en su parte más esencial dice:

«..... de tal suerte pelearon, que no sabemos por qué destino suyo cayó el rey en manos de los nuestros, quedando los demás, así capitanes como soldados, muertos, prisioneros ó heridos; en cuya accion desempeñabas tú el cargo de mayor coronel, animando á los italianos que servian á sueldo nuestro, con los cuales y tú que embestistes valerosamente, cayó la dicha parte de la muralla. Con ímpetu singular entraste el primero con la demás tropa, y acometiendo todos al primer trozo de caballería en que estaba el rey, dísteis una carga furiosa. Peleando el rey cayó en tus manos y las de otros soldados, y tú recibístes del mismo rey su espada y puñal, muy excelentes y cual corresponde á un rey, y un rico collar con la insignia de la órden del Toison de Oro, el cual collar, habiendo casado despues á Leonor, nuestra hermana, con el mismo rey, procuramos que se le restituyera..... etc.» Esta última parte existe tambien en el privilegio de Pita, cuyo documento y el de Diego de Avila, convienen con las relaciones de los dos testigos presenciales que describieron aquella rendicion; soldados Martin García Cereceda, arcabucero de la compañía de Villaturiel, y Juan Oznaga, paje de lanza del marqués del Vasto. De este último tomó el obispo Sandoval la descripcion de aquel hecho, y causa bastante confusion y extrañeza el documento de Aldana por varias razones, que son: las de existir en castellano los demás privilegios, y éste por excepcion, en latin; tampoco parece bien se tardasen más de diez años en conceder premio á un hecho tan ruidoso,

que en el mismo año ó en el siguiente fué para los demás objeto de recompensa; y si á esto se agrega que el documento original no es como los anteriores del dominio público y sí tan solo unas copias sacadas de otra que se mandó extender treinta años despues de dado el original, hace miremos con algun recelo, cuando ménos, el documento latino referente al mayor Aldana.

Existen, además, en él graves inexactitudes, como la de llamar Toison al cordon de la orden de San Miguel, que era lo que llevaba al cuello Francisco I, puesto que la primera condecoracion era la usada por el emperador, con otras faltas no ménos notables, puesto que si siempre lo son las que se han indicado, parecen más graves tratándose de tan interesante asunto en un documento de este género, al que su antigüedad y tono oficial, parecen dar un carácter de veracidad indiscutible.

XVI.

BAYARDO.

Aunque murió antes de la batalla de Pavia, la fama de este caballero es tan grande que debemos dedicarle algunas líneas. Pedro de Terrail, señor de Bayard, llamado más comunmente Bayardo ó el caballero sin miedo y sin tacha, fué célebre por su lealtad y valor, y quizás el último de aquellos legendarios tipos caballerescos de la edad media.

Nació en 1746, sirviendo durante su vido á tres reyes de Francia, que lo fueron Cárlos VIII, Luis XII y Fran-

cisco I. Su hecho más señalado de valor fué el que llevó á cabo en el puente del Garellano, donde él solo detuvo largo rato á un ejército entero, como uno de los héroes de la mitología griega. En la batalla de Marignan combatió como un leon, haciendo prodigios de valor al lado del rey Francisco I, que aquella misma tarde despues de la pelea quiso ser armado caballero por él.

En la retirada de Romañano, cerca del rio Sessia, salvó al ejército francés de una segura derrota, á que lo condujeron las torpezas del favorito Bonnivet; cubrió la retirada, falleciendo de una herida ocasionada por una bala de arcabuz, despues de echar en cara su deslealtad al duque de Borbon.

XVII.

DON HUGO DE MONCADA.

Tambien hemos hablado incidentalmente de este célebre caballero, que se encontraba prisionero y fué puesto en libertad por consecuencia de la victoria de Pavía. Su apellido, que es de los más ilustres de España, trae su origen de los antiguos duques de Baviera, remontándose al año 738. Uno de los más afamados individuos de tan ilustre familia fué este D. Hugo, valiente capitan, experto marino y caballero de la Orden de San Juan de Jerusalem, que se hizo célebre por sus hechos de armas; sirvió á Carlos VIII de Francia, César Borgia, Gonzalo de Córdoba y los Colonnas, de quienes fué un gran amigo; hizo la guerra á Clemente VIII, se halló en el asalto y saqueo

de Roma por los imperiales, y tomó el mando de aquel ejército despues de la muerte del duque de Borbon; más adelante fué nombrado virey de Nápoles, en cuya ciudad murió el año 1588 defendiéndola contra los franceses mandados por Lautrec, siendo ya su edad de las más avanzadas.

CAPITANES

QUE APARECEN NOTABLES EN LOS SUCEOS DESCRITOS.

ESPAÑOLES.

Coroneles mayores: Pasarte y Juan de Aldana, capitanes; Francisco del Arco y Juan Salamanca, de caballería ligera; Diego de Mendoza, Luis de Viacampo, Juan Herrera, Tomás Gayoso, José Santa Cruz, de arcabuceros; Pedro Salcedo, Alonso Arriano, Tomás Aguayo, Juan Chuchar, de piqueros; Alonso Córdoba, Rodrigo Ripalda, Pedro Fernandez de Quesada, Rodrigo de Peñalosa, Juan Villaturiel y Pedro Arias Dávila. Soldados y hombres de armas: Diego de Avila, Juan de Urbietta, Pedro Pita da Veiga, Juan de Pernia, Rui Gomez, Cristóbal Cortesía, Juan de Oznaya, Martin García Cereceda, Jorge Alejo. Capitanes en Pavía: Juan Aponte, Pedro de Bracamonte, Cristóbal Poval de Torralva, José García Manrique y maestro de campo el comendador Don Gonzalo Urrias.

ITALIANOS.

Capitanes napolitanos: Cesaro, Papapode, Alejandro Bentiboglio, Pirro Gonzaga, Juan de Virago, Gaspar del Maino, milanés.

ALEMANES.

Enzor, coronel de caballos ligeros; Jorge Freunsparg ó Tronsberg; el conde Festtefriz, coronel muerto en Pavía; Coradin, capitán alemán; Juan Bautista de Ladron, capitán alemán.

OBRAS QUE SE HAN CONSULTADO PARA ESCRIBIR

ESTOS SUCESOS.

1.^a *Relacion auténtica de la batalla de Pavía*, publicada por el consejo del emperador y rey Carlos V, en Marzo de 1525, y reimpressa para perpetuarla conforme al ejemplar que posee el editor, amante ciudadano de su patria.—Madrid 1839, imprenta y librería de D. Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8. Existe un ejemplar en la biblioteca de artillería, palacio de Buenavista.

2.^a *La misma relacion*, original, en la biblioteca Nacional.

3.^a *El pabellon español*, por D. Ignacio Colonge y Perez, capellan del colegio de infantería; diccionario de todas las batallas en que los españoles han tomado parte desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, tres tomos en 4.^o. En la biblioteca de Ingenieros.

4.^a *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V* (varias ediciones; la última de nueve volúmenes en 8.^o, es de 1847), escrita por el maestro don Fray Prudencio de Sandoval; existe en la biblioteca de Ingenieros.

5.^a *Prinse et assault de Pavie*, por M. de L'Austret, (sic) en 1527; biblioteca particular.

6.^a *García Cereceda ó Zereceda (Martin)*, tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del emperador Carlos V en Italia, Francia, Austria, Berbería y Grecia, desde 1521 á 1645, por Martin García Zereceda, cordobés, soldado en aquellos ejércitos. Publicado por la sociedad de bibliófilos españoles.—Madrid, Aribau y Compañía, 1873 á 76, tres volúmenes en 4.^o; existen en la biblioteca Nacional.

7.^a *Comentarios de las batallas*, ligas y escritos con todos los otros acontecimientos que en Italia, Francia, Austria, Berbería y otras partes ha tenido el ejército de la majestad cesárea desde el día de San Pedro y San Pablo del año de 1521 hasta el 17 de Noviembre de 1545. Códice en la biblioteca del Escorial, por Cereceda, del cual se ha publicado la obra marcada al núm. 6.

8.^a *Historia de la guerra de Lombardia*, batalla de Pavía y prision del rey Francisco de Francia: manuscritos en las bibliotecas Nacional, del Escorial y de Osuna. Sandoval dice, que su autor Juan de Oznaya ú Oznaga, se llamaba en el mundo Juan de Carvajal. Se sabe, á pesar de la escasez de datos biográficos, que fué testigo ocular como paje de lanza de Don Alfonso de Avalós, marqués del Vasto, y que despues entró en la religion de Santo Domingo. La dedicatoria, es de 1544. Existen ocho relaciones manuscritas de diferentes épocas en la biblioteca Nacional.

9.^a *Coleccion de documentos inéditos* para la historia de España, publicados por los señores académicos de

la Historia, Salvá y marqués de Pidal; tomos 9.º y 38, en la biblioteca Nacional.

10. *Historia de Italia* que abraza desde 1492 á 1532, por M. Francisco Guicchiardini, en italiano, impresa in Venetia appreso Nicolo Benilaqua, 1568. Hermosa edicion encuadernada en pergamino, que existe perfectamente conservada en la biblioteca Nacional.

11. *Historia del emperador Cárlos V*, escrita en inglés, por J. Robertson; traduccion anónima al francés, en París, 1771; cinco volúmenes en 12º; traducida al castellano, por D. Félix Ramon Alvarado.—Madrid, 1821; en la biblioteca Nacional.

12. *Bibliografía militar de España*, por el excelentísimo Sr. D. José Almirante, brigadier de ingenieros, en lo referente á buscar obras que tratasen de los sucesos históricos y sitios en que existen dichas obras.

13. *Historia orgánica* de las armas de infantería y caballería, por el excelentísimo señor teniente general, conde de Cleonard; tomo 3.º

14. *Lafuente*.—*Historia general de España*. Este historiador relata los hechos tomándolos de la historia de Sandoval, quien á su vez copia lo escrito por fray Juan de Oznaya.

15. *César Cantú*. — *Historia Universal*. Tomos 5.º y 8.º

16. *Capitanes ilustres españoles*, por D. Manuel Juan Diana, en lo referente á la biografía de Hernando de Alarcon; la obra existia en la biblioteca del ministerio de la Guerra.

17. *Histoire des français*, por Theophill Lavallée, tome deuxième (sous les Valois) 1328-1589.

18. *Apuntes para un libro* de historia militar, por D. Cándido Varona.

19. *Reflexiones militares*, por el marqués de Santa Cruz de Marcenado.

20. *La profesion militar*, por el brigadier Sanchez Osorio.

21. *Guía del oficial en campaña*, por el brigadier D. José Almirante. Esta obra y las tres que anteceden, sólo se han consultado para algunas citas sobre arte militar.

22. *Estudios literarios*, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Madrid, 1868; tomo 2.º, en la biblioteca Nacional. Contiene el plano de Pavia.

FIN.



ERRATAS MAS IMPORTANTES.

PÁG.	LÍNEAS.	DICE.	DEBE DECIR.
72	6	con los de dentro de la	los de dentro de la
89	20	un estoque	el estoque
91	10	lavarse la mano	besarle la mano
96	21	una regenta	una regente
98	26	castillo de Sizzighitone	castillo de Pizzigitone
102	18 y 19	D. Rodrigo Señalosa	D. Rodrigo de Peñalosa
103	5	out veut	ont veut
132	14	la contraria francesa	la artillería francesa
132	21	fué atravesado por las mismas filas	fué atravesado por las mismas picas de las filas
138	5	llevaban pico	llevaban pica
141	17	areglo	arreglo
141	24 y 25	contratador	contador
159	16 y 17	circunstancias	comunicaciones
160	4	batalla de Marignon	batalla de Marignan
179	14	Santiago de Chabaunes	Santiago de Chabannes
192	26	durante su vido	durante su vida





